

CONTRA VIOLENTA

# Criminalología Moderna.

DIRECTOR  
Dr. PEDRO GORI

ADMINISTRADOR  
M. PATIÑO.

REDACTOR EN JEFE:  
Dr. RICARDO DEL CAMPO

## COLABORADORES DEL EXTERIOR

A. Alsterne  
Roberto Ardigó — C. Alderman  
Juan Bovio  
P. Bournet — Napoleón Colajanni  
N. Capitan—Pedro Cogliolo  
Victor De Greef  
Guillermo Ferrero—Enrique Ferri—L. Ferriani  
Maurice de Fleury  
Rafael Garofalo  
A. Hamon — Antonio Labriola — G. Landaver  
César Lombroso  
Luis Maino — Pablo Mantegazza  
Enrique De Marinis  
Enrique Morselli — Romeo Manzoni  
S. Ottolenghi  
S. Sighele — C. Steevens  
G. Saint Paul — Pio Viazzi  
A. Zerboglio

SECRETARIO DE LA REDACCIÓN  
M. A. LANCELOTTI.

## COLABORADORES LOCALES

Guillermo Achával — J. L. Aguirre  
Jorge Argerich—L. H. Albasio—M. Alvarez Comas—Victor Arreguine  
Manuel Carlés—C. Cherubini—Miguel Costa  
Antonio Dellepiane — Luis M. Drago — C. del Campo  
Eduardo French—Alejandro Tedeschi  
Servando A. Gallegos—Amadeo Gras Goyena—José Ingegnieros  
Alberto M. Larroque — M. Mujica Farias  
Cárlas Malagarriga  
V. Grandis — Enrique Navarro Viola — Osvaldo M. Piñero  
Manuel T. Podestá — J. M. Ramos Mejia  
N. Rodríguez Bustamante  
J. T. Sojo — Marcelino Torino  
Cárlas M. Urien  
Juan Vucetich—Tomás de Veyga  
Francisco de Veyga

SUMARIO: — Nuestra obra — Colaboraciones exteriores: de César Lombroso, Turin; EL JUEGO ENTRE LOS CRIMINALES Y ENTRE LOS SALVAJES: de Lino Ferriani, Como; EL DERECHO Á LA FAMILIA: de Pedro Figari, Montevideo; UN PARRAFO DE LOMBROSO.—El Recurso de revisión en Materia Penal; N. Rodríguez Bustamante.—El dinamismo social; Antonio Dellepiane.—La amplitud psicológica en LA ORTODOXIA Y HETERODOXIA CIENTÍFICAS; José Ingegnieros.—La herencia del delito; Ricardo del Campo.—Francisco Carrara y LA MODERNA CRIMINALOGÍA; Pedro Gori.—Civilización y delito, M. A. Lancelotti.—El prejuicio patriótico, Victor Arreguine.—Folletines judiciales, Cárlas Malagarriga.—Nuestros Compañeros de trabajo.—Una carta del Dr. Servando A. Gallegos.—Criminalología é Higiene, Ferruccio Mercanti.—Estudios grafológicos, Adolfo Aldao.—Una carta, del Dr. A. M. Larroque.—El Jurado en materia criminal, M. Ruiz Moreno.—Peología, V. Mercanti.—Jurisprudencia criminal, Cárlas Malagarriga.—Notas Bibliográficas: C. del Campo, M. A. Lancelotti, José Censi, José Ingegnieros.—García Moreno, N. de la R.—Estadística de la Capital—La Reforma Judicial.



Número Extraordinario.



# Criminalología Moderna

Año II.

Buenos Aires, Noviembre y Diciembre de 1899

Nºs 13 y 14

## NUESTRA OBRA

Volviendo al trabajo para inaugurar con solemnidad fraternal el segundo año de vida de nuestra Revista, los selectos colaboradores que de todas partes del mundo nos han enviado su contribución intelectual, pueden complacerse de este esfuerzo colectivo coronado hoy por un hecho consumado: la vitalidad sana y fecunda de esta publicación.

La misión científica y social que CRIMINALOGÍA MODERNA se propuso, al conquistar en este vigoroso florecimiento de la civilización sudamericana, un puesto especial entre las publicaciones periódicas en la variada y orgánica elaboración del pensamiento moderno, sobre la base racional de la división del trabajo,—la utilidad doctrinaria y práctica aportada por ella á la cultura jurídica nacional en relación al delito y á las penas, estudiados ambos con métodos experimentales y positivos,—no fueron ni serán la obra impresionista y aparente que caracteriza esa pirotecnia periodística que deslumbra á las masas incultas, pero que no deja en el espíritu público huella alguna profunda ó duradera.

La contribución que nuestra Revista aportará al estudio del formidable problema y de las medidas científicas de profilaxis contra la creciente criminalidad, no será quizá apreciable por el grueso de la opinión, y los benéficos efectos del método positivo en la criminalología, tanto en la República Argentina como en cualquiera otra parte, no podrán manifestarse sino cuando la lenta infiltración de las nuevas doctrinas haya roto la corteza de las vetustas hábitos mentales, y vencido el misoneismo tras del cual se refugia la erudita ignorancia de las Academias.

No obstante, aún en el breve año inicial de nuestro trabajo, hemos podido constatar cuán práctico y útil es en la lucha contra el delito, el método experimental sostenido por esta Revista.

Al programa inaugural de nuestro primer número, que hoy cumple un año, nada tenemos que agregar, que no sea una confirmación triunfal, basada en la propia experiencia.

¡Guerra al delito! repetimos con renovada fé, y en esta frase, con la cual empeñamos la primera batalla, ponemos hoy toda la sinceridad de un doble ideal; contribuir, por nuestra parte, al estudio de la clínica del delito cuando sus factores sean de índole antropológica, y de eliminar hasta donde sea posible todos los elementos criminógenos que pululan en el subsuelo de la sociedad.

El delito biológica y sociológicamente considerado, en el delincuente y en el mundo que lo circunda, no es más que la resultante fatal de múltiples causas, muchas de las cuales podrían suprimirse con gran facilidad.

Y es por la formación de esta conciencia jurídica, que debe combatirse el delito en sus factores de diversa índole; para evitar que el derecho penal y las instituciones que le corresponden se esterilicen, jugando el rol de los carabineros de Offembach que siempre llegan demasiado tarde, y en fin, por el arraigo y desenvolvimiento de una escuela Argentina de Criminalología positiva, trabaja esta Revista, solicitando la cooperación de los maestros europeos y nacionales, acogiendo el pensamiento de las inteligencias jóvenes que estudian y adelantan el edificio del saber colectivo, trayéndonos la obra viva de las observaciones directas y un material humano de hechos que cimenten sólidamente los principios de esta austera ciencia.

Con este número extraordinario sobre cuyo material llamamos muy especialmente la atención del lector, CRIMINALOGÍA MODERNA inicia su segundo año de vida científicamente próspera y fecunda, saludando agradecida á sus amigos próximos ó lejanos, á los humildes ó ilustres obre-



ros de la ciencia, que le prestaron el apoyo de sus estudios y de su inteligencia, y á la prensa Sud-Americana que le fué pródiga en estímulos y aplausos.

Al público, sólo promete hacerse cada vez más digna de su benevolencia creciente y de la trascendental misión emprendida.

## Colaboraciones Exteriores

Especiales y exclusivas para «Criminalología Moderna»

DE CESAR LOMBROSO.—TURIN



### El juego entre los criminales y entre los salvajes



Prof. César Lombroso

En la serie animal, el juego, según Romanés, habría aparecido ante todo entre los pescados (1); pero observadores más recientes han reconocido que aquel tomaba origen en clases más inferiores de animales.

«He observado, escribe Jas Weir (2) entre los actinóforos rizópodos, movimientos y ac-

tos que ninguna relación tienen con los deseos sexuales ó con el hambre y que me hacen creer que estos protozoarios tienen también sus juegos y sus pasatiempos.

Los he visto amenudo correrse unos á otros, alrededor de su microscópico mar.—Parecían jugar á perseguirse, como los niños. El primero trata de alcanzar al segundo, este al tercero y así sucesivamente. Por lo general, cuatro ó cinco actinóforos toman parte en el juego.

He observado entre los rotíferos, una especie de danza de un solo paso que se hace por turnos; en este ejercicio, los rotíferos van hacia adelante y hacia atrás y parecen dar vueltas á una invisible cuerda de saltar. Continúan así por algunos minutos y luego descansan.

Estos mismos animales poseen otra especie de juego: Con un gancho de que está provista la extremidad de su cola, se suspenden de un alga ú otra planta y se arrojan de arriba abajo en el agua.

«Continuamente se vé á enjambres de dípteros, bailar á los rayos del sol.»

(1) Romanés.—La evolución mental entre los animales—pág. 352

(2) "American Naturalist"—Octubre 1894.

«He observado, un hecho malicioso en que dos moscas eran protagonistas: Una de ellas dormía bajo una pierna de un perro; vino otra que se paró á la vista de la que dormía; quedóse tranquila por algunos segundos; luego saltó de repente sobre la cabeza de la otra y huyó seguida de ella.»

Brehem (1) describe una fiesta que precede á las nupcias celebradas por una pareja de arácnidos, que consiste en una especie de lucha con saltos, sin objeto sexual directo, palpaciones, etc. que fatigan al macho hasta el punto de dejarlo inerte por todo ese día y la mañana del siguiente.

Las hormigas sostienen verdaderas luchas, y muchos observadores como Huber, Brehem, Lübel, etc. están de acuerdo en las descripciones que de ellas dan. Se alzan sobre las extremidades posteriores, pasan las anteriores alrededor del cuerpo de sus compañeros, se toman de las antenas (que son las partes más sensibles) tratan de morderse, ruedan por tierra, se arrastran en el nido y así por ese estilo.

Una docena de jóvenes reinas, refiere Mad. Cook, (2) hallándose echadas y con la cara al viento, se empujaban y picoteaban para entretenerse.

Las hormigas obreras no toman parte en esas distracciones.

Los pollitos de un mes ó seis semanas se lanzan, uno contra otro, en pequeños simulacros de combates inofensivos.

El macho de los faisanes cupido (tetras cupido) en los Estados Unidos, en la época de la reproducción y mientras las hembras incuban, se reúnen al alba, en número de 40 ó 50, como para un torneo: Parecen primero competir en magestad: se pavonean, se pasan el uno por el costado del otro, arrojándose miradas provocativas, y se atacan por fin, con una impetuosidad y un rigor increíble, elevándose á uno ó dos pies del suelo y exhalando gritos secos y agudos.

Los perros chicos se provocan y se corren, fingiendo morderse y asaltarse.

Las cabras se alzan una contra la otra, sobre las patas posteriores, en son de juego, y se hieren á veces, dando frente con frente.

Los perros, los gatos y demás animales de presa, se muerden, se arañan, al principio por juego, pero excitados amenudo por la lucha y el dolor, llegan los jugadores á combatir seriamente.

El juego de los animales superiores, dice Spencer, consiste en simular los actos útiles á su existencia ó á la de su especie; en realidad,

(1) Vida y costumbres de los animales—vol. I, pág. 300.

(2) Citada por Romanés. L'intelligence des animaux. Pág. 83-84



siendo estos actos habituales, ofrecen además de fuerzas nerviosas, una fácil vía de adaptación.

El gato y el león juegan con una bola, la levantan y la hacen rodar bajo sus pies; es la comedia del combate.

El perro corre tras una presa imaginaria, ó finge combatir con otros perros, simula irritarse, muestra los dientes y muerde superficialmente.

La lucha por la vida tan solo aparente ó meramente simulada, se ha hecho, pues, un juego.

Además del placer de la imitación, ella tiene la ventaja de poner en acción energías aun inactivas é instintos inherentes á la raza.

Y en efecto, estas clases de juego se encuentran particularmente entre las especies de animales en cuya vida tiene también lugar una lucha semejante.

Entre los pájaros, por el contrario, en que la lucha asume formas menos belicosas, no se encuentra en sus juegos estos caracteres generales.

Nada más común, dice Darwin, que el hecho de algunos animales que experimentan vivo placer al practicar un acto instintivo cualquiera, que en otras circunstancias ellos ejecutan con un fin útil.

La lucha continua en medio de la cual se desarrolla su vida, suscita en ellos los instintos de crueldad; los carnívoros, los mamíferos, los pájaros, los reptiles, los peces, etc. solo consideran la presa viva, como su subsistencia.

Son insensibles á sus sufrimientos que, por el contrario, constituyen en ellos un goce, porque ellos, por decirlo así, hacen sensible, cierta y completa la victoria que es la condición necesaria de su existencia.

Los lobos y los zorros juegan mucho tiempo con la presa y se ejercitan en darle caza (1).

El gato, después de haber herido al ratón, lo suelta y vuelve á cazarlo; el águila de cabeza blanca (*falco leuco cephalus*) lanza un grito de gozo cuando siente las últimas convulsiones de su víctima (2).

1. *Salvajes*.—Ahora, si de los animales nos elevamos al hombre salvaje, no hallamos un salto brusco, sino una continuidad funcional que responde perfectamente á la continuidad orgánica.

Los salvajes, como los animales, repiten actos útiles á su vida real, actos de lucha y de violencia.

Combaten, dice Lübböck (3) hablando de algunas tribus salvajes, por el solo placer de combatir.

La lucha forma parte de todas sus diversiones, bailes, cantos.

Los negros de Africa representan en sus bailes una batalla furiosa en la que dos adversarios fingen luchar, armados de garrotes y azagayas (1).

En sus juegos infantiles, los niños de los salvajes emplean amenudo las armas y especialmente la lanza (2).

Allí donde está en uso la caza á las cabezas, los niños ejecutan un baile que representa esa caza y en el que las cabezas son reemplazadas por nueces de coco.

Cuando durante el baile consiguen apoderarse de un cráneo, le ofrecen en mofa, tabaco y betel.

Los bailes guerreros, en forma de duelo están en uso especialmente entre los affures (Ratzel l. c. pág. 424).

Entre los Duallas está en uso una fiesta pintoresca llamada *parra parra*, que consiste en una serie de luchas en las cuales una comunidad provoca á otra, y tiene sin duda una significación religiosa.

Las luchas tienen lugar, según ciertas reglas y con jueces de campo.

En las grandes representaciones mímicas después de las danzas, se representa una disputa que acaba en lucha.

En tiempo de Cook y de Havai, las mismas doncellas participaban en los juegos de guerra, de armas, en las carreras y en las luchas (Ratzel, l. c. pág. 144).

En Queensland (Australia Meridional) se ejecutan danzas en las cuales se esgrimen lanzas y tisonos, con gestos feroces y á veces con actos obscenos.

Los Mic-Mais (Nueva Escocia) tienen una leyenda (3) la que refiere que mientras ellos asistían á una fiesta de un pueblo vecino—los Kwedeche—y los niños jugaban entre ellos, un niño Mic-Mais fué asesinado.

Se creyó en un accidente y nadie volvió á hablar de él, pero el hecho no fué olvidado.

Poco tiempo después, los Kwedeche fueron invitados á una fiesta por los Mic-Mais, y mientras saltaban danzaban y jugaban á la pelota con el mayor entusiasmo, los niños de los Mic-Mais hallaron la ocasión de vengar la muerte de su compañero, matando, como por accidente, dos niños Kwedeche. También este hecho pareció pasar desapercibido, pero los corazones conservaron el deseo de la futura venganza.

(1) Bernardin de St. Pierre.—Les harmonies de la nature.

(2) Ratzel.

(3) Archivos para la antropología y la etnología 1894. Entrega III—Vol. XXIV.

(1) Brehm—obra cit. vol. I, pág. 453.

(2) Audubon. Ornithological biography—Vol. I, pág. 161.

(3) Lübböck.—Los tiempos prehistóricos



Poco después tuvo lugar, en efecto, un combate que debía decidir la cuestión. Los guerreros de los dos pueblos encontráronse, bajo apariencias amigables primero, estrechándose las manos, informándose mutuamente de su salud y expresando el deseo de organizar juntos una fiesta. Los Mic-Mais propusieron á los jóvenes ir á jugar sobre el hielo, lo que fué aceptado cordialmente por el jefe Kwedeches.

Las danzas de guerra empezaron y bajo sus pies se elevaba y descendía el hielo como las olas de un mar tempestuoso. De pronto el juego se hace violento; se encarnizan, luchan y el vencedor hiere á su víctima en el corazón.

Así fueron muertos todos los guerreros Kwedeches.

Esta leyenda prueba el estrecho vínculo que existe entre los juegos de lucha y los combates reales: ante todo las muertes que sobrevienen en los juegos son consideradas como hechos ordinarios y no suscitan una reacción inmediata.

El combate real, empieza en seguida bajo la forma de juego, reuniendo en un solo acto las dos manifestaciones como se han reunido ya para el Génesis.

Los salvajes, en la satisfacción de su placer por el combate, no tienen respeto alguno por la vida ni por la personalidad humana, ya se trate de sus inferiores, de sus iguales ó de ellos mismos.

Matar, dice Williams, no es para los Fidgions un hecho excepcional sinó habitual, porque están acostumbrados desde la infancia, á golpear á la madre, matar á los compañeros y comer carne humana.

Para el australiano, dice Ratzel, morir luchando es la única muerte natural (pág. 78).

Precisamente, de la insensibilidad al dolor físico y psíquico que es para los salvajes una de las condiciones necesarias de existencia, deriva —como lo hemos visto en los animales— no solo el uso sinó también la complacencia en estos actos que tan crueles nos parecen y acerca de los cuales nos refieren los viajeros cosas horribles.

En Senegambia, escribe Letourneau (1) y otro tanto podrá decirse de todos los pueblos salvajes, se tiene una gran complacencia por los sufrimientos ajenos.

Por lo demás, el sentimiento de respeto á la vida y á la integridad personal que nos parece tan instintivo y tan poderoso, solo se ha formado lentamente, y en épocas y pueblos muy cercanos á nosotros no se ha sentido ni respetado más que entre los salvajes, y aún hoy mismo, personas de toda raza y de todo rango social, asisten no solo con indiferencia, sino hasta con placer á los sufrimientos de otros.

(1) Sociologie, pág. 148.

Así, al lado de los juegos indolentes del Oriente en relación con el carácter de esos pueblos, florecían las sangrientas fiestas de Brama, de Budha y de Yagernat en Asia.

Las grandes cacerías organizadas como verdaderas expediciones militares, llenas de peligros, eran unas de las más tenaces y antiguas costumbres de los habitantes de las regiones elevadas del Asia Oriental y de los pueblos nómades que vivían en Europa hace catorce siglos, como de los nómades tártaros, kirghises y árabes de nuestros días que exponen su vida por pura diversión.

Las fiestas de los gladiadores romanos, en una de las cuales Trajano hizo decapitar á diez mil gladiadores y once mil animales; y muchos de los célebres juegos griegos, no tenían más objeto que la satisfacción de esa voluptuosidad de la violencia y de la sangre.

Las ciudades italianas de la Edad Media destrazadas sin cesar, por sus discordias intestinas, se dividían también en fracciones para los juegos. (1)

En la turbulenta Francia de los Valois y de los Hugonotes, las diversiones de los pueblos y de los grandes, eran las cacerías, los pases de armas y los torneos.

En 1212 se hacían en Italia numerosas justas en las que morían jóvenes de familias ricas y principescas. Sobre el escudo de un caballero, estaba escrita ésta divisa: «Si me ahogo en sangre, cuán dulce muertel»

En la época de las comunas, los juegos preferidos entre los pueblos, eran los pujilatos, los puntapiés, la pelota, la liza, etc.

En una corrida de toros en Roma, en 1333 hubo 18 muertos y 9 heridos! En Pisa en conmemoración de la derrota de los Sarracenos—siglo XI—celebrábase el 1° de Enero del *Pout*. La ciudad se dividía en dos campos, el de los *Bambu*, y el de *Borgo*; combatían con grandes escudos de madera: la victoria era de los que escapando á su adversario, quedaban dueños del *pout* (2).

Agnelli habla, en su «Vida de los Arzobispos», de un juego popular en Ravena, para el cual viejos y jóvenes, mujeres y niñas, salían de la ciudad y combatían ferozmente entre ellos, y observa que en 690 hubo tantos muertos como si se hubiese tratado de una batalla verdadera (Manzi, l. c.)

Hállanse vestigios de ésta clase de juegos en las bromas crueles y peligrosas que estaban en uso hace aún poco tiempo, en Ravena y en toda la Romagna, de que nos habla Ferrero (3).

(1) Boccardo—Feste, giuochi e spettacoli.

(2) Mauri, Discurso sobre los espectáculos, las fiestas y el lujo de los italianos en el siglo XIV.

(3) El mundo criminal italiano. Serie I, pág. 283.



En España, donde los niños juegan á los toros, dándose golpes de cabeza y de palo, un grupo de niños de Valencia, reemplazó el palo que representa la pica, por un cuchillo, poniendo otros dos en la cabeza del que representaba al toro, á guisa de cuernos. El juego se efectuó así, á golpes de cuchillo y hubo en él muertos y heridos, derramándose un lago de sangre, sin que nadie se opusiese á la *massacre* (1).

Todos estos juegos, son un resto de animalidad batalladora y cruel que la civilización no ha extinguido en el hombre moderno y que reaparece en toda su brutalidad desde que no es refrenada por las leyes morales y sociales.

Tan es así, que, como sucede á menudo, en los juegos de los animales, ella se despierta por el mismo furor de la falsa batalla, ó según una ley muy conocida en psicopatología, por la actitud externa que provoca sentimientos internos correlativos.

Los juegos se transforman, entonces, en reales y sangrientas batallas, hasta el punto de que en 1548, la Comuna de Génova, pedía á voz en cuello la prohibición de los juegos de lucha, porque muy amenudo se recurría á las piedras con perjuicio de los combatientes.

Según Muratori, desde 1199, San Pedro Brenso exhortaba á los orvietanos á abstenerse de cometer homicidios en ocasión de juegos.

II. *El juego en los niños.*—Se observa en los niños dos tendencias: ejercitar todo lo posible la energía muscular por los gritos, las carreras y las luchas, y la crueldad, la necesidad de hacer el mal por el mal mismo. Así, uno de sus mayores placeres es perseguir á los ancianos á los inválidos, insensatos y débiles, torturar á los animales, quemar los escarabajos, desplumar pájaros, tirarse unos á otros con algunos animales, como conejos, etc.; cazar mariposas, ahogar aves, cubrir de cera á los escarabajos. En España, torturar á los toros moribundos.

En nuestra época misma, en una nación civilizada como la Alemania, los individuos cultos, como los estudiantes, emplean todavía el duelo sin objeto, por pura diversión, según los caprichos del jefe del cuerpo al cual ellos pertenecen, y los más radiantes é intrépidos duelistas son considerados entre esas sociedades como el más bello ornamento.

Ellos someten también á esos duelos, á los novicios llamados *Fuchs*, para probar su valor y su resistencia al dolor, si ellos no se muestran valerosos, quedan *fuchs* y no son considerados en las asociaciones en el mismo rango de sus compañeros, de la misma manera que los salvajes sometían á pruebas dolorosas los niños en la época de la pubertad antes de admitirlos entre los hombres.

(1) De Amicis, *La España*. Pág. 482.

Los estudiantes Alemanes hacen alarde ó consideran gloria las heridas recibidas en duelo; son sus títulos nobiliarios, llegan algunos hasta oponerse á recibir aplicaciones de ácidos, mientras ellas están todavía frescas, con el fin de que las cicatrices sean más profundas y más notables á la vista.

Se encuentran así mismo esos juegos de lucha también dolorosas, en los colegios de jóvenes que por su incompleto desarrollo físico se aproximan mucho á las condiciones de la existencia primitiva, pero ellas se manifiestan siempre en formas más suaves que las que yo he observado entre los criminales.

Hasta hace poco tiempo se encontraban en vigencia todavía en París costumbres análogas que son evidentemente vestigio de ese mundo bárbaro en el cual el más insensible al dolor tenía las más grandes probabilidades de victoria y era, por consiguiente, admirado y respetado por los demás, vestigios cuya existencia es inexplicable en una época como la nuestra, en la que una exquisita sensibilidad debe, al contrario, ser apreciada como la más favorable condición de lucha.

Fleuit que ha estudiado últimamente la curiosa organización de los clubs de delincuentes en América (1) hace notar que los clubs formados por los delincuentes adultos (en argot, *indijénés*) pasan su tiempo en batirse con los clubs rivales.

Ellos se ejercitan en esas luchas en sus sitios de reunión, estudiando tácticas especiales. Fleuit habla de un encuentro entre dos clubs en que la lucha no dura más que un cuarto de hora, pero en que hay un sin número de ropas ó vestidos arrancados, de narices rotas y ojos vaciados.

III. *Criminales.* Yo he obtenido de algunos detenidos la descripción de varios juegos que ellos organizan y practican en las casas de corrección, prisiones etc., apenas se relaja un poco la vigilancia.

Todas las pesquisas y las precauciones resultan inútiles, particularmente en los establecimiento en que los detenidos trabajan, ellos procuran siempre proveerse de clavos agudos, de pequeñas puntas de acero y también de cuchillos que ocultan muy ingeniosamente para utilizarlos en los momentos oportunos y sobretodo en los juegos.

Uno de los juegos que me parece más característico es el que en argot llaman de la *patta*. Uno de los jugadores toma en cada mano un pequeño palo sobre el cual está fijada una punta metálica aguda; él tiene los brazos extendidos y golpea el uno contra el otro, la habilidad de los otros jugadores consiste en pasar la cabeza en medio de las puntas sin ser tocado por ellas.

(1) *Revue des revues*. Abril 1895.



En el caso contrario, ellos reciben atroces punzadas en las sienes y en la cara y algunos no se retiran del juego sino después de haber recibido 15 ó 16 golpes de los cuales conservan por mucho tiempo las marcas.

En otro juego, uno de los jugadores con los ojos vendados coloca la palma de la mano sobre la mesa con los dedos extendidos y el otro golpea sucesiva y rápidamente con el mismo instrumento de punta en los espacios interdigitales, si como sucede á menudo por la rapidez con la cual deben ser dados los golpes, la punta, por el contrario, golpea los dedos, los roles entre los jugadores se cambian y se separa ó despide á quien se rehusa. Ellos afirman que las heridas en los dedos no son ni muy profundas ni muy graves, puesto que las puntas metálicas son cortas y no penetran profundamente.

El juego de la rueda no es menos cruel; 20 ó 30 muchachos se colocan en rueda y corren rápidamente uno detrás del otro, uno de ellos queda fuera de la rueda armado de un pesado bastón ó palo ó de un pedazo de hierro con el cual trata de pegar á uno ú otro de los corredores mientras estos últimos aceleran ó disminuyen su carrera, se agachan, desvían, etc. para evitar los golpes.

Aún los mismos juegos inocentes de nuestros niños, asumen á su respecto un carácter feroz. Un niño, con los ojos vendados (*Colin-Maillard*) va en busca de sus camaradas, armado de un pañuelo, en una de cuyas puntas se ha atado una piedra ó bola de madera, de hierro y también de miga de pan seca, y no bien cree que tiene á alguien cerca, lanza contra él el arma, hiriéndolo á menudo con su proyectil.

Lo mismo sucede en el juego llamado de *porta-gallotti*, en el cual el individuo que tiene los ojos vendados debe adivinar quien es la persona que ha conseguido agarrar, pero en lugar de las habituales é inocentes penitencias en que incurre el que se equivoca, se le golpea con tanta violencia en las manos, que á veces es necesario recurrir al médico para curarles las manos hinchadas y ensangrentadas.

Además del dolor que necesariamente debe acompañar á este castigo por un error de juego, debe notarse la localización de la pena precisamente en la mano que ha cometido la equivocación, lo cual es una reminiscencia de los estados primitivos en que las diferentes partes del cuerpo eran consideradas como actuando independientemente, y por lo tanto, como separadamente responsables de sus actos, más bien que como partes constitutivas de una entidad orgánica y solidaria.

Así, el juego *raton y gato*, que practican también los niños normales, asume entre ellos el carácter de una verdadera lucha, cuando el

pseudo-gato caza su ratón y se aprovecha de la ficción para golpear á su compañero, hasta hacerle sangre.

En otro juego, cada individuo encorvado hacia adelante, lanza con fuerza una bola de madera que hace pasar entre sus piernas y que más á menudo es una piedra anudada á un pañuelo, como se ha explicado ya. El vencedor es el que ha arrojado el proyectil más lejos, y tiene derecho de golpear con él á los perdedores.

En el juego de *Scaricabarile* uno de los jugadores lleva á otro sobre las espaldas, y le pregunta: «Cabeza ó pies?» Si el desgraciado responde: «cabeza», su portador, de un brusco movimiento, lo arroja al suelo cabeza abajo.

En el simple salto de la cuerda, se hacen á veces lesiones muy graves, á juzgar por el temor con que este juego es recordado. Cuando el jugador se ha lanzado ya para el salto, la cuerda, tenida por dos compañeros, se eleva de golpe y el saltarin se enreda y cae.

Otro tanto pasa en el juego de la *stirabuccola*, cuando cada uno salta—como en el juego á *califourchon*—sobre las espaldas de otro agachado al efecto, y que se levanta de repente de modo á hacer desmontar á su jinete que cae así de espaldas.

De la lucha primitiva y de sus ardores que explican sino justifican estas crueldades, no ha quedado vestigio alguno.

No hay en ello más que un lazo vil y cruel que pone de manifiesto las anomalías morales de los delincuentes cuyos juegos son fieles espejos de las mismas.

El mismo doblez se manifiesta en su manera de hacer los honores á los recién llegados ignorantes de los usos del lugar.

Hay muchos juegos destinados á ese objeto. En el del *debate* el novicio es conducido ante un tribunal improvisado; se extiende á sus pies una manta; el tribunal juzga las culpas reales ó supuestas, y apenas se pronuncia la inevitable condena, la manta es tirada bajo los pies de la víctima que cae con violencia.

En el juego del *contrabandista*, el recién llegado es alzado en andas por un compañero que finge llevar al hombro una bolsa de mercaderías de contrabando y tratar de pasar las barreras, pero los compañeros, diciéndose empleados de aduana, lo detienen, preguntándole qué lleva en la bolsa, y cuando aquel, tras una breve discusión, pronuncia la frase convencional: «llevo nueces», todos los compañeros, empleados de aduana y contrabandistas, se lanzan sobre el desventurado novicio y lo atontan á golpes de puño. El mismo carácter de duplicidad, encuéntrase en otra broma más complicada que se hace también con los inexpertos.



En ciertos taburetes que tienen el asiento perforado con clavos, se introduce una aguja enhebrada cuyo hilo se hace pasar por otro agujero y se deja al alcance de la mano; cuando algún compañero se sienta, otro tira del hilo y la aguja pincha al que está sentado, desapareciendo á veces, en sus carnes.

En otros juegos, la resistencia al dolor es condición absoluta de victoria. Así, uno de los jugadores pone los puños cerrados sobre la mesa, teniendo en cada mano una aguja bien apretada de la que solo deja sobresalir la punta. El otro jugador golpea con sus puños en los del primero, y se juega así á quien resista más los golpes ó los pinchazos de la aguja.

Por lo demás, ellos mismos se encargan de demostrar semejante analgesia, porque tienen la costumbre de lastimarse los dedos por hacer gala de valor.

Se hacen tajos oblicuos en el índice, aíslan una pequeña parte de tejido pellizcándose y dejándose un espacio vacío y una cicatriz que en esas sociedades es un orgullo y un ornamento, como entre nosotros las heridas recibidas en los campos de batalla.

En circunstancias en que un fakir indio ejecutaba en un teatro de Turin, algunas experiencias de insensibilidad provocada por un estado especial de fascinación, los jóvenes de una casa de corrección local, repetían sin preparación alguna, estas mismas experiencias, traspasándose con agujas la lengua, las mejillas, los brazos y los dedos.

El carácter principal de todos estos juegos que constituyen casi exclusivamente las diversiones de los criminales detenidos, es el amor al combate y muy posiblemente el deseo de procurarse las más dolorosas heridas.

Ahora bien; siendo considerado el juego como debido á una actividad superflua para las necesidades de la vida, es evidente que entre los criminales, esta actividad es esencialmente motriz.

Habiase notado ya en ellos una agilidad y una ligereza simianas en los movimientos, que acusan un desarrollo superior de los centros motores y á menudo de los otros centros centrales, pero las más de las veces esta energía física que no es utilizada proporcionalmente en la vida, encuentra en los juegos una salida y un empleo.

El triunfo de la fuerza física brutal y la admiración que ella les inspira, son por lo demás fenómenos comunes en la vida y en la psicología de los criminales, que constituyen una concesión de un estado primitivo de civilización que se manifiesta característicamente en la docilidad con que se someten á la brutali-

dad del vencedor. También en estos juegos se conoce la supremacía de la fuerza física y el derecho del más fuerte en músculos.

El proverbio popular había constatado ya que «juego de manos es de villanos». (1)

Los camorristas tienen un juego en que la declaración de amor se combina con las heridas.

Cuando sus amantes tratan de sustraerse á su dominio, las marcan en la cara con una herida aunque sin desfigurarla; esto es considerado como una broma y como sello de su amor.

El juego tiene así una parte tan grande en su actividad criminal, que como sucede en los animales y en los salvajes, degenera fácilmente en delito.

Una prueba de ello la tenemos en el caso del criminal citado por Mac Donald, que empezó por arrojar bolas de nieve contra una vieja, y luego excitado por sus quejas, apeló á las piedras, la hizo caer, rompióle un brazo, hirióla en la cabeza y no cesó hasta que intervino un tercero.

Es precisamente porque los criminales sienten menos, que no pueden representarse sinó imperfectamente las sensaciones ajenas y ejecutan con indiferencia ó satisfacción, actos que nos parecen inúltimente crueles.

Así como el bebedor cuyo gusto gastado por el abuso de los alcoholes, siente la necesidad de un estimulante cada vez más fuerte, los criminales, estando insensibilizado su sistema nervioso y su psiquis para las impresiones comunes, tienen necesidad de ser estimulados por las excitaciones más dolorosas.

Por esta razón, sus juegos presentan en grado exajerado los caracteres crueles que hemos observado en los salvajes y en los niños que gozan en atormentar á los débiles y á los animales.

Además, si los criminales escogen la crueldad como forma electiva de su actividad, es simplemente porque ella corresponde á su íntima naturaleza psíquica rebelde á todo progreso del sentido moral; y es que, en suma, ellos encuentran en este modo de proceder esa satisfacción que produce en cada organismo el ejercicio de una función que le es propia.

(1) Existen además los proverbios: "el juego es guerra", "el juego tiene el diablo en el corazón". Giusti: Colección de proverbios toscanos, pag. 141.

*Leopoldo Linares*



## El derecho á la familia

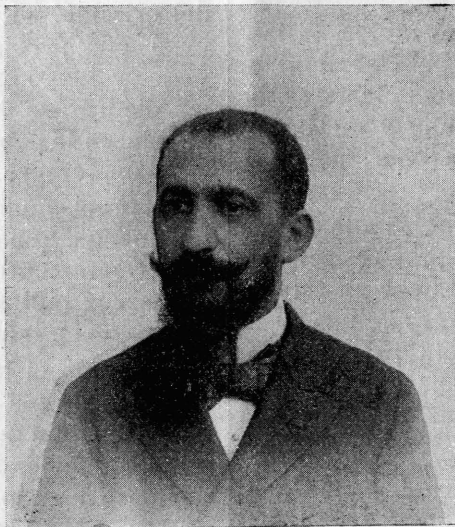
DE LINO FERRIANI—*Como (Italia).*

Quien ha seguido, con ánimo sereno, los florecientes estudios de la escuela positiva criminal, habrá, reparado ciertamente, como uno de sus caracteres predominantes sea el de prevenir las explosiones criminales y en general, todo lo que puede dañar al ente social. La ciencia de la prevención surge límpida é imponente de las poderosas obras de Lombroso, Ferri, Garófalo—por no citar más que los principales;—y no podía ser diversamente puesto que de ella despuntan las verdaderas y sanas raíces de la defensa social. El hecho de limitarse á reprimir el acto antijurídico y anti-social, es obra infecunda: sus efectos son sólo momentáneos. Se destruye, ó mejor, se atenua transitoriamente el efecto, pero se deja viva y latente la causa. Ahora bien, el agricultor más modesto, no ignora que, cuando el árbol se halla gastado en los órganos á quienes debe su existencia, es en vano hacer en él un corte parcial. Podrá asumir el árbol una apariencia vigorosa, pero el mal que lo insidia no consiente ilusiones; solo un remedio se impone: extirparlo.

El extenso programa, entonces, de la defensa social no se explica—como algunos así han querido entenderlo—con el odio hacia el delincuente, pero sí impidiendo que éste, lesione, de cualquier modo, los derechos ajenos. Pero para ello la ley penal, rectamente entendida y aplicada, no debe funcionar sino como un corolario de un coordinado y prudente sistema preventivo, apto para quebrar las energías criminales antes que exploten, acarreando daño y ruína. De todo esto, no se desprenden, ciertamente, corrientes odiosas hacia el delincuente, sino al contrario, sentimientos irradiados por una filosofía humanitaria y en armonía con las necesidades de la vida real y por lo tanto desvinculada de las teorías académicas de la vieja y nueva metafísica. (Seguramente, existe también la nueva que aún cuando hábilmente disfrazada, es fácil reconocer por quien no se deja desviar por ciertas miasmas ético-filántrópicas sumerjidas en las rosadas nubes de las ilusiones).

Sentadas estas consideraciones, creemos por

nuestra parte, que la ciencia de la prevención ha de aplicarse con criterios amplios y levantarse contra todas las dificultades creadas por la costumbre y principalmente por ciertos prejuicios obstinados que estorban la prevención del mal, por más que este mal se revele cada día con desnudez repugnante como un ultraje, propio á aquella moral que por otros es invocada por oponerse á una radical reforma de la institución familiar. Y es precisamente de esto que pienso ocuparme, por que no he concebido jamás una moral á dos caras que se preste á dos roles tan reñidos entre ellos. Il *laisser-aller* de la vieja escuela quietista hubo de haber hecho su época: pero no es así; la soñolienta moda aun perdura, mientras después, entre un bostezo y otro, se promueven entusiastas llamadas á la



Lino Ferriani—(Procurador Fiscal).

moral que ha de reformar las costumbres. ¿Pero cuál? No ciertamente aquella que decantan con viril conciencia social, Ardigó, Trezza, Spencer; sino más bien la otra, la ética de adorno, que vive de la declamación, de la retórica retumbante y que quiere corregir las costumbres, mejorar las razas con los paliativos almibarados. Buena gente que rehuye hasta de una de las formas más prácticas de la represión social: el divorcio, reconocido por todos los que no son sordos á las lamentaciones de las víctimas, como una válvula de seguridad y un obstá-

culo—como bien llama Ferri á aquellas explosiones criminales fatalmente destinadas á verificarse. La estadística de los uxoricidios no existe. Es verdad que los jurados absuelven, pero es también cierto—como lo notó Miraglia—que la pena de muerte abolida por el vigente código penal, entra triunfante por las ventanas de las Cortes de Assises, abiertas por la enfermiza piedad de nuestros buenos jurados.

Entonces, pues, no más divorcios, ni medidas radicales tendentes á reformar la institución de la familia, por más peligroso que sea y pueda paragonarse á una pobre nave acosada por los vientos, haciendo agua por todas partes y próxima á sumergirse. Y sin embargo la familia por los ideales que encarna, por la misión civil que le incumbe, por las funciones de higiene social que debe ejercer, es el organismo fundamental del Estado; es el centro de donde deben partir los rayos luminosos de la gloriosa vía del progreso humano. Ninguna escuela sensata que yo me



sepa, ha considerado jamás de otro modo á la familia, que cuenta con una espléndida literatura, y cuyos deberes sociales fueron magistralmente sintetizados por Mazzini, esa gran mente adivinadora, iluminada por el genio filosófico. —Ahora bien, si estos grandes deberes—de los cuales surgen grandes derechos—son asumidos por individuos viciosos, corrompidos, criminales, alcoholizados, degenerados, víctimas de un organismo fisio-psíquico deformey raquítico ¿debe ó no el ente social intervenir para proclamar su veto?

*That is the question.* En otros términos: ¿aquellos que inevitablemente procrearán una prole enfermiza, sífilítica, con una psíquis criminosa, con todos los signos de la degeneración, podrán impunemente bajo el amparo de la ley, formar una familia? Las leyes sobre este particular callan, no consienten—así como están—que se responda negativamente.—El código civil indica taxativamente los casos en los cuales dos personas no pueden contraer matrimonio, pero carece de disposiciones respecto á las condiciones especiales de aquellos de quienes la sociedad recibirá una prole afecta de degeneración fisio-psíquica. Diciendo, pues, *bajo el amparo de las leyes*, queremos con ello demostrar que éstas permiten la consumación de un acto no solo inmoral sino por excelencia, delictuoso. ¿Y se puede concebir una ley que tantos males fecundiza? Macchiavelli—uno de los autores, citado muy amenudo, pero poco estudiado por los italianos, que, en general, superficialmente lo consideran como el jesuita de la política—argumentando sobre la reforma de las leyes decía que en éstas, «debe concentrarse *el bien, la salud, la paz, la justicia y el ordenado vivir de los pueblos*». Ahora bien, si Macchiavelli viviera entre nosotros y su mente estuviera nutrida por los estudios que hoy fortifican la psiquiatría, la antropología, la psicología criminal, la medicina legal y la fisiología, sería el primero en reconocer que no viven el bien, la salud, la paz, la justicia y el ordenado vivir de los pueblos, en una ley que con su culpable silencio permite el nacimiento de hijos destinados á poblar los hospitales, los manicomios á menudo, y casi siempre las casas de reclusión, como lo demostraron Lombroso, Krafft-Ebing, Moll, Näcke, Ottolenghi, Laurent, y como yo mismo, modesto pero convencido gregario de la escuela positiva experimental, demostré con ejemplos y numerosas cifras en varios de mis libros sobre psicología criminal.

Ya Dante, el sumo psicólogo, recordó como á menudo los hijos lloran las culpas de sus padres, pero qué mayor vergüenza para una sociedad, que tolerar—teniendo la ciencia segura del mal que ha de resultar—que se engendren hijos que

han de llorar más tarde—por infalible ley atávica y hereditaria—las culpas de sus padres y maldecir su nombre. Ahora bien, ¿la ley permite un hecho anormal, delictuoso? Que se cambie; que su silencio se convierta en lenguaje decisivo, que declare guerra á la corrupción físico-moral transmitida por la herencia; y que se cambie no á medias pero sí con normas sugeridas por la ciencia; porque diré todavía con Macchiavelli: «cuanto menos queda de lo viejo, tanto menos quedará de lo malo».

Entre las primeras y geniales obras de Mantegazza, recuerdo una novela higiénica titulada: «Un giorno a Madera».—El campo hereditario se halla limitado al único caso de aquellos que, siendo tísicos, pretenden contraer matrimonio, y que necesariamente transmitirán á sus hijos su enfermedad. Es fácil comprender como esta tesis parcial, por los principios que la informan, sea aplicable á todos aquellos casos que reflejen cualquier índole de transmisión hereditaria perniciosa, ni debemos esperar lo que hayan escrito en vano sobre los caracteres positivos de la herencia, del atavismo Prospero Lucas, Ribot, Lombroso, y otros; cuyas demostraciones científicas fueron también popularizadas por la vigorosa producción novelesca de Zola, y como así lo reconoció también nuestro competente Ferri.—De ahí que una ley que con su silencio autorice actos inmorales y delictuosos debe ser modificada. Las leyes sabiamente inspiradas, deben tender á mejorar la psíquis colectiva y no solamente deben reflejar un principio ético, sino derivar de postulados científicos, sin los cuales tendremos antítesis reñidas, entre la ley y las verdaderas necesidades sociales. Esto fué notado por el ilustre Saredo, en el campo administrativo: en el campo psiquiátrico-criminal, lo fué por varios, entre los cuales recordaré á Ellero, á Puglia, á Ferri, Garófalo, Sighele, Penta. Ni suceder diversamente puede, desde que, una ley que se demuestra trunca, imperfecta por un desprecio hacia las conquistas de la ciencia, es un anacronismo, una anomalía contra la cual se levantan las evidencias de la *vida real*.

Sabéis que de noche algunos ladrones intentan penetrar en la casa de vuestro vecino para robarlo ¿Qué hacéis si el sentimiento de la honestidad os habla? Haréis todo lo que está de vuestra parte para impedir el hurto, ejerciendo por lo tanto un acto de sabia prevención. ¿Y, por qué ha de procederse diversamente, esto es, no impidiendo el mal, si un alcoholizado, un ladrón reincidente, una prostituta, un pervertido sexual (ve. Moll), un pendenciero, pretenden formar su familia? Y esto que en el primer caso, es decir, dejando que se consuma el hurto, el daño social será mucho menor que aquel que germinará de la unión de gente viciosa y criminal. A este



respecto, la estadística nos dá útil enseñanza.—Goethe decía: «si las cifras no gobiernan al mundo, nos enseñan como está gobernado». Ahora bien, la estadística racional, como la llama Bovio—es aquella que no vive de un árido y ocioso trabajo aritmético, pero si de cifras que, reflejando el hecho humano—debe mostrarnos como está gobernado el mundo, y enseñarnos á gobernarlo, impidiendo así el renovamiento de errores sociales, jurídicos y morales. Esta es precisamente, la función social de la estadística que se levanta á verdadero y alto apostolado en cuanto sustituye una advertencia *preventiva*.

Y si no fuera así, qué le importaría, por ejemplo, saber que las cifras de la criminalidad sarda superan en mucho á aquellas de la delincuencia lombarda? ¿que las cifras de los alcoholistas criminales son mayores que aquellas de los delincuentes no afectos al alcohol?

Drill, Motet, Roux, Du Mesnil, ocupándose de la delincuencia precoz han recogido cifras preciosas (1) para demostrar como de padres delincuentes nacen hijos criminales. Habrá excepciones, pero ellas confirman la regla. Ni, naturalmente, llegó á conclusiones distintas el Dr. De Sarlo en su apreciable estudio sobre los candidatos á la delincuencia, cuando se ocupó de los juvenes recluidos en las llamadas casas de *correcciones*. Mis estudios experimentales recibieron una nueva confirmación visitando el instituto destinado á los hijos de la Providencia en Milan, tan amorosamente dirigido por San Martín. Supuestos 100 matrimonios contraidos por personas de constitución psíquica criminosa y supuesto que de cada matrimonio nazca un hijo, se tendrá una prole que dará un promedio de 92 por ciento á la delincuencia. Y no es todo: á ésto se une un problema económico que no puede menos, de tener en cuenta el ente social. Se sabe que los gastos carcelarios (y estos en Italia son gravosos, puesto que la criminalidad en ella es más numerosa que en otras partes donde las riquezas son mayores) hieren á los contribuyentes honestos: son las fatigas laboriosas de la gente de bien las que son agotadas para mantener en el ocio á los criminales. No discuto esta *dura lex* que podría ser en cierto modo atenuada cuando otros criterios predominaren, pero constato el hecho consolador y digo que el problema económico, en relación con los gastos que derivan de la criminalidad, no puede ser puesto aparte por el ente social. Sírvanos de ejemplo algunos estudios que se hicieron sobre este propósito. Son noticias interesantes que saco del «*Century Muskated*

(1) Véase: mi libro «MINORENNI DELINQUENTI», 2a ed. (1895) y mejor aún la traducción alemana (1896); y mis dos últimas obras «Delinquenti che scrivono» 1899; y «Nel mondo dell' Infanzia» (Milan 1899).

*Monthly Magazine*» del pasado diciembre.—Dugdale tomó en exámen los descendientes de la familia Yukes del estado de New-York: familia originada por una mujer criminal. Estos descendientes, bajo varios aspectos, invadieron todo el campo de la criminalidad, y en 75 años costaron al estado un millón y cuarto de dollars.—Se estudió también el origen y el desarrollo de una familia del Kentucky desde el año 1790 á nuestros días, y en la que se constataron 121 prostitutas y la gran mayoría de los otros descendientes fueron ladrones, mendigos, ociosos y vagabundos. La minoría se dedicó al trabajo pero con débil resultado por falta de energía y de resistencia.—Fué también objeto de estudio, una familia de Berlin, en el siglo pasado, que costó á la administración del estado una ingente suma. De dos hermanas criminales se contaron 834 descendientes, de los cuales se pudieron seguir las manifestaciones delictuosas de 709, notándose 106 hijos ilegítimos, 164 prostitutas, 17 rufianos, 142 mendigos y 64 recogidos en los asilos de mendigos; los otros 76 fueron grandes criminales.—No quiero, por lo que respeta á mí, recordar las cifras que sobre este argumento de delincuencia hereditaria expuse en otra parte; pero es oportuno citar un solo ejemplo:—De un padre homicida y de una madre ladrona y prostituta, se obtuvieron 40 descendientes: de los cuales 15 prostitutas, 2 asesinos, 6 ladrones, un loco criminal, 2 estupradores, un homicida-suicida, 8 mendigos, un incendiario, un cleptómano y tres heridores;—una descendencia como se vé que concluyó sus días en el manicomio, en las casas de reclusión, ó en las de tolerancia. No creo necesarios otros ejemplos demostrativos para ilustrar las relaciones íntimas que existen entre la criminalidad y el problema económico: problema que es resuelto por el contribuyente honesto.

De cualquier lado, pues, que se examine «el derecho á la familia» por cuanto nos lo enseñan la ciencia, la moral, se hace necesario comprender, que tal derecho, la sociedad no puede, no debe acordar á aquellos que se servirán de él, únicamente para traer daños materiales y morales á la sociedad misma. Y sino pensad un poco: es verdad ó nó que cuando se abre un concurso para un empleo público, se exige del candidato además del certificado personal, el certificado de su sana constitución física? Como se vé, no basta que el que concurre sea capaz, pero debe ser además *honesto* y *sano* para que pueda cumplir el propio deber con habilidad, rectitud y vigor físico. ¿Y no tendremos que pretender otro tanto de quien queriendo contraer un matrimonio legal se dedica á la procreación de una prole hacia la cual el Estado tiene también deberes? ¿Cree tal vez la sociedad que cumple con su



deber mandando á aquellos hijos al manicomio, al hospital, á las casas de reclusión.

El deber social—lo repito con insistencia—debe evidenciarse, impidiendo el nacimiento del delito, de la corrupción, la propagación de la sífilis, del alcoholismo, de la epilepsia, de la transmisión directa de la delincuencia; y no ejercitando la profesión del sepulturero, del enfermero, del carcelero. — Si examino los estatutos, amorosamente dictados por nuestros *sportmen*, noto como se tiende al perfeccionamiento de la raza caballar escogiendo padrillos sanos y vigorosos: ¿el *padrillo humano* debe ser tratado con menores miramientos? ¿la vida sexual humana ha de ser juzgada inferior á aquella de los animales? ¿Tendremos propiamente que decir, con pompa oficial al verdadero delincuente-nato: «Tú quieres casarte con esta prostituta, tú desees tener hijos criminales? pero sí, *buen hombre* tienes razón, es justo, ninguno puede oponerse á tu sagrado derecho á la familia. No queremos mezclarnos en tus asuntos privados: lo haremos más tarde, cuando enviaremos á la carcel ó al sífilicomio tus dignos hijos. Por ahora no queremos ocuparnos de la institución de la familia: fórmate una familia tú también y que sea el hogar de la infección física y moral».

¿Pero la sociedad puede emplear semejante lenguaje asqueroso y obscenamente cínico? No, y sin embargo, este es el lenguaje de todos los días, como que todos los días se realizan matrimonios criminales. Pero de algun feorista burocrático, rígido, se dirá: «creéis vosotros que con impedir semejantes uniones legales no se realizarán igualmente otros en las barbas de la misma ley? No sabéis cuánto ya abunda la prole ilegítima, y que es precisamente aquella de quien más se ocupa el código penal».—Contesto, y me parece victoriosamente. Seguramente, las uniones ilegales, que procrearán criminales, tendrán lugar lo mismo:—pero ¿qué importa? no tendremos la indecencia de que sean protegidas por la ley. Si otro criterio predominara, tanto valdría, por ejemplo, abolir el código penal porque á pesar de su existencia, la delincuencia continúa lo mismo. Lo que nosotros queremos es que no exista en la ley civil un vacío merced á la cual, se permita que se engendren delincuentes, como no se toleraría un vacío en la ley penal respecto á la integridad de la persona ó de la propiedad privada.

La misión social del nuevo legislador debe sobretodo revelarse sabiamente previniendo el mal, porque entonces solamente surgirá vigoroso el derecho penal; y esta alta misión regeneradora, no será jamás, á mi modo de ver, completa y saludable si no el día en que prohíba que la ley se haga cómplice necesaria de matrimonios criminales. ¿Para qué hablar del mejora-

miento de la moral y de las costumbres, si se permite que el edificio de la familia se levante sobre fundamentos inservibles, corrompidos? Visitad las cárceles italianas, contad los menores de edad condenados, tomad informaciones de sus familias, y tendréis por resultado cuánto sea cruelmente irónico el derecho que hoy la sociedad concede para formar familias legales á personas maestras en iniquidades.

Lino Ferriani

DE PEDRO FIGARI—MONTEVIDEO.

## Un párrafo de Lombroso



Dr. Pedro Figari

Los primeros pasos del genio tropiezan, aún hoy, dentro de una civilización deslumbrante, con el anatema de la mayoría. Es ya muy vieja la costumbre de condenar, sin previo juicio á los grandes innovadores. La hoguera con que los primeros creyentes quemaron á los primeros herejes ha sido sustituida por otros mil instrumentos de tortura, hasta que la evolución consagra, al presente, la indiferencia sistemada, la burla, el epigrama y los demás tormentos congéneres, que se aplican al innovador con la misma función olímpica y la misma saña de antaño.

Al estudiar la série de inventos hechos al respecto, asombra el ingenio de que hizo gala la humanidad y nos persuadimos de que si bien ha cambiado la forma de los suplicios, subsiste la



idea, el sentimiento, la causa que los hace funcionar, puesto que es instintiva.

« Pocos sinsabores,—dice el insigne criminólogo—pocas tristezas pueden compararse á las que produce la hostilidad y el vacío hecho á nuestro alrededor; es penoso sentir que la voz que uno quisiera lanzar lejos, se estrella contra la muralla de la indiferencia y la ignorancia ».

Este párrafo de un estudio de Lombroso que trata de los dolores de la inteligencia, denota desaliento allá en lo alto, tal vez el vértigo de las alturas y sugiere algunas reflexiones.

La humanidad está obligada á castigar todas las apostasías del prejuicio, obedeciendo á su instinto de propia conservación. Lo mismo que el hombre, la sociedad usa de ese derecho que nace de lo más íntimo de su naturaleza, con la espontaneidad con que aporta de sí todo aquello que le ocasiona daño ó dolor.

El sentimiento de repulsión con que fueron conocidas las conclusiones geniales de Lombroso, es de igual índole que las náuseas aristócratas producidas por las primeras protestas formuladas á nombre del pueblo frances oprimido, á fines del siglo pasado; y una y otra cosa tienen estrecha similitud con las resistencias opuestas á todos los reformadores, desde Cristo á la fecha.

Innovar es sufrir y hacer sufrir; es modificar, conmover, perturbar las armonías existentes, es amputar hábitos y el hábito es algo que forma parte integrante de nuestra síquis. Al reaccionar se requiere un esfuerzo y cada esfuerzo es un dolor. El paciente mas bien dispuesto, pone mala cara al cirujano que se apresta á extirparle un tumor; y de igual manera el hombre y la sociedad repudian por acto reflejo á todo aquel que intenta convulsionar los razonamientos corrientes, los usos y convencionalismos inveterados ó los preceptos tradicionales de la ciencia y la legislación.

Por más tentadores que sean los halagos de los postulados novedosos, cada uno de ellos implica una conmoción que trastorna, necesariamente, á esa gran mayoría que, segun Max Nordau, vive á expensas de las ideas hechas, asimiladas por el hábito; y, por lo mismo, esa mayoría es inerte como la materia, fuera de aquel circuito y ofrece al movimiento la resistencia consiguiente. Son, pues, considerables los esfuerzos requeridos para desviar la corriente de su cauce natural, modificando el funcionamiento, trastornando un gran semillero de fenómenos cerebrales para adaptarlo todo á las nuevas formas, á los nuevos juicios.

No son para causar sorpresa los formidables obstáculos que halló la escuela positivista italiana de criminalología; lo que sorprenden son los éxitos ya alcanzados.

Estábamos acostumbrados á encarar los actos criminosos de manera bien diversa. Así que teníamos conocimiento de un delito grave, nos echábamos á buscar adjetivos iracundos con que calificar, en grado superlativo, la aversión, el odio que encendía en nuestro ánimo el agente, y por lo común se agotaban las provisiones, sin haber colmado el deseo...; ¡qué cambios!—Ahora, cuanto más atroz es el suceso, más se inclina el espíritu á descubrir las causas morbosas que pudieron determinar al delincuente.

De esto á aquella execración virulenta, hay todo un abismo. El terror que inspiran los delincuentes ya, en la actualidad, tiene muchas semejanzas con el que despierta el enfermo contagioso: fenómeno más reflexivo y juicioso, por lo demás, puesto que causa mas víctimas este que aquel.

Andando el tiempo, nos prevendremos con igual serenidad de espíritu, de los enfermos y de los delincuentes.

El ilustre maestro Cesar Lombroso que puede ver cara á cara su obra monumental y vislumbrar á la vez sus extensas y luminosas proyecciones, no puede sentir desfallecimientos, aun cuando se dijera, como Maurice de Feury: «*Sachons comprendre combien lointaine est l'heure de la sérénité suprême qui conviendrait á la Justice, l'heure ou le cœur détaché de l'égoïsme étroit et de la crainte, notre esprit ne conservera pour les plus affreux assassins qu'une pitié douce et attristée!*»

Pedro Figari

## El recurso de revision

### EN MATERIA PENAL

Estudio de los artículos 551, 552, 553, 554, 555 y 556 del C. de Procedimientos Penales.

1º—Los Jueces son hombres y nada de lo que es humano puede serles extraño. Este aforismo, tan antiguo como cierto, es el fundamento principal del recurso que en el derecho de procedimiento se conoce con el nombre de *recurso de revision*. El importa un ataque á la autoridad de la *cosa juzgada*, la que debe tenerse por verdad en mira de la seguridad y estabilidad de los derechos del hombre en sociedad; y si este ataque se permite por la ley excepcional-



mente, es obedeciendo á un principio absoluto de justicia y de humanidad; al alto principio cristiano de que es más justo absolver á noventa y nueve culpables que condenar á un inocente. La condenación por error ó por malicia, si bien es muy rara, dada la organización de los tribunales en el mundo civilizado, una vez que se produce, subleva en el corazón humano el sentimiento altruista, y las ansias de que se enmiende el error es una aspiración y un deseo de todos los seres dotados de sensibilidad y de razón.

M. Arturo Desjardins, dice á este respecto: «Si se hace evidente que un inocente ha sido condenado, la sociedad debe ponerse la cuestión siguiente: ¿es menester sacrificar la justicia á la cosa juzgada? La respuesta no es dudosa: la condenación de un inocente es una desgracia publica; entre estos dos males: abandonar la cosa juzgada ó mantener el error judicial por respeto á la cosa juzgada, la sociedad debe elegir el menor y poner en cuestión la obra del Juez para retractar si hay lugar, el error del Juez. Es la voz del sentido común y el grito de la conciencia universal. El principio de la revisión, que tiende á reparar un error judicial cometido en el fondo por una sentencia, aun regular en la forma, debe pues ser inscripto en la legislación penal».

2º—Cuatro son los casos en los cuales según nuestra ley de procedimientos en lo criminal, pueden pedirse y obtenerse la anulación de una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada: 1º—Cuando resulte indudable que el delito fué cometido por una sola persona y hayan sido condenados dos ó más; 2º Cuando haya condenación por homicidio de una persona cuya existencia se acredite después de la sentencia; 3º Cuando se haya condenado á alguno por resolución cuyo fundamento haya sido un documento que después se ha declarado falso por sentencia ejecutoriada en causa criminal; ó cuando el condenado hallase ó *cobrase* documentos decisivos ignorados, extraviados ó detenidos por fuerza mayor ó por obra de la parte *acusada* y 4º Cuando una ley posterior haya declarado que no es punible el acto que antes se consideraba como tal ó haya disminuido su penalidad. (Art. 551).

Todo otro caso que no esté incluido claramente dentro de los enumerados, no podría jamás

en tribunales de derecho ser revisado: los casos de la ley deben ser interpretados restrictivamente, por la razón fundamental de que ellos son establecidos como excepción á la autoridad de la cosa juzgada. No bastaría que se demostrase con la fuerza de la evidencia que B. ha sido el autor del homicidio, del robo ó de otro delito por el cual A. fué condenado: el tribunal tendrá necesariamente que declarar, por más duro que parezca, que no es un caso de la ley, siempre que no mediasen algunas de las circunstancias del inciso tercero del Art. 551. Pero como la sociedad no tiene interés alguno en castigar inocentes, las leyes han debido prever, como en efecto han previsto el medio de reparar semejante injusticia: nuestra Carta Fundamental pone en manos del primer magistrado de la República la facultad graciable y piadosa de indultar

las penas con la única limitación de no poderlo hacer, cuando ellas hayan sido impuestas por alguna de las Cámaras del Congreso (inciso 6º del Art. 86, Constitución Nacional). Nunca mejor que entonces el Presidente de la República haría uso de esa preciosa facultad.

Pero esa reparación obtenida por el indulto no es sino parcial. «Si para mantener la autoridad de la cosa juzgada, se ofrece al condenado el recurso de gracia como medio de hacer triunfar la verdad real sobre la verdad ficticia; se olvida que el ejercicio del

derecho acordado al Jefe del Estado de indultar las penas pronunciadas por los Jueces deja subsistente la condenación; y que no es perdón, sino justicia, lo que pide el condenado por error», dice Haus.

M. Paurquery de Boisserin, decía en 1890: «El recuerdo de la deshonra, aun leve, sobrevive y sigue á una familia: la gracia, la rehabilitación, la amnistía, no lo borran».

Hemos subrayado expresamente las palabras *cobrase* y *acusada* que la ley emplea en el tercer caso de revisión, porque juzgamos que en ellas existe error de copia ó de impresión: lo que la disposición ha querido decir es *recobrase* y *acusadora*, como se nota por el simple sentido gramatical y legal de las frases.

3º—Las que tienen personería para iniciar el recursos son: según el Art. 552, el condenado, su cónyuge, sus descendientes, ascendientes ó hermanos y el Ministerio Fiscal.



N. RODRIGUEZ BUSTAMANTE



La ley no distingue si se trata de parientes legítimos ó naturales y en su silencio debe interpretarse que se refiere á ambos. Ningún otro pariente fuera de los enumerados tiene personería, pero siempre les queda el camino espedido para incitar á los representantes del Ministerio Público á que gestionen la revisión, allegándole los documentos y pruebas del caso.

La muerte del condenado, agrega el mismo artículo, no impide que se deduzca (el recurso) para rehabilitar su memoria, ó procurar el castigo del verdadero culpable.

Entendemos que al emplear la ley la frase «muerte del condenado,» se refiere únicamente al caso en que durante la condena fallezca, pero no cuando la muerte le ha sido inferida por sentencia; pues en este caso la ley hubiera usado de la frase «ejecución ó muerte del condenado» ó expresiones análogas que hagan comprender que se trata de los dos casos.

4º El procedimiento á seguirse en los casos de revisión se encuentra establecido en los artículos 553, 554 y 555.

La Suprema Corte ó la Cámara de Apelaciones, segun se trate de un delito del fuero federal ó del común, oído el Ministerio Fiscal cuando éste no sea el iniciador del recurso, conocerá de él procediendo como en los casos de apelación libre. (Tit. VII Cap. I Lib. III. Código de Procedimientos).

El Tribunal puede decretar de oficio y para mejor proveer, las diligencias que juzgue necesarias. Si el condenado no hubiese designado defensor letrado desde el primer momento, el Tribunal le nombrará de oficio.

5º Los efectos de la sentencia de revisión son distintos segun los casos.

En los casos 1º y 3º, el Tribunal anulará las sentencias y mandará que se instruya de nuevo la causa por el juez competente: en el caso 2º, anulará la sentencia y mandará poner en libertad al condenado, y en el 4º decidirá que se ponga en libertad al condenado ó que se le reduzca la pena al término ó á las condiciones establecidas por la ley nueva.

6º El Código de Procedimientos, en su artículo 556, mal ubicado seguramente, establece las condiciones bajo las cuales debe introducirse el recurso para que sea admisible: debe acompañarse el testimonio de la sentencia condenatoria, los documentos y pruebas correspondientes; disponiendo que en caso contrario, el recurso será desechado de plano.

7º El recurso que estudiamos no figuraba ni en el proyecto del Dr. Obarrio ni entre las modificaciones proyectadas por la comisión revisora de éste; es la Comisión de Códigos de la Cámara de Diputados quien lo introdujo en el

despacho presentado y que fué sancionado sin discusión alguna.

Cualesquiera que sean los defectos que puedan señalarse en la reglamentación del recurso, su implantación en nuestro procedimiento penal, ha sido una conquista de los derechos individuales.

«La justicia y la razón, dice Haus, exigen en efecto, que el condenado, pronto á demostrar su inocencia por pruebas nuevamente descubiertas, pueda indefinidamente reclamar la anulación de la sentencia condenatoria de que ha sido víctima; porque la pena debe recaer sobre el culpable y no herir jamás á un inocente».

8º Hemos hecho notar más arriba que los casos de revisión señalados en la ley, deben interpretarse restrictivamente; así lo han resuelto invariablemente los altos tribunales franceses: basta leer la historia del recurso en Francia para convencerse de ello. Los herederos de Luserque, gestionaron inutilmente durante cincuenta años la rehabilitación de la memoria de su causante que fué ejecutado siendo inocente. La condenación de Borrás, considerado inocente, produjo en Francia un gran movimiento de opinión en el pueblo, en la prensa, en el Parlamento y en el Gobierno; se hacía necesaria la reforma de la ley, salir de los casos taxativamente fijados por ella y buscar la redacción de una fórmula que comprendiera el mayor número de los casos posibles de revisión: varios proyectos se presentaron á la Cámara de Diputados desde 1890 hasta 1893 y como producto de ellos se sancionó la ley de 8 de Junio de 1895 que se incorporó como inciso cuarto del Art. 443 del Código de Instrucción Criminal.

Esa disposición desearíamos verla incorporada á nuestra ley de procedimientos, reemplazando al inciso 3 del Art. 551, el que quedaría en esta forma:

3º «Cuando después de una condena se produzca ó revele un hecho ignorado; ó cuando se presenten nuevos instrumentos de prueba, desconocidos en los debates del juicio y de tal naturaleza que demuestren la inocencia del condenado».

Al artículo 552 agregaríamos este párrafo:

«La ejecución de la pena capital no impedirá la revisión de la causa á los efectos del párrafo anterior y para que los herederos legítimos del ejecutado gestionen de la República una prudente indemnización.»

La justicia de esta agregación es evidente. Basta tener presente los perjuicios é injuria hecha á los deudos del inocente sentenciado á la pena de muerte, perjuicios é injuria que le son hechos por la sociedad misma y el Estado, por un error judicial. No puede bastarles á ellos la rehabilitación de la memoria del con-



denado ó la condenación del verdadero culpable. La condena injusta ha podido causar perjuicios irreparables á la familia bajo la faz económica, ¿y quién sino el Estado debe reparar esos perjuicios? Así lo ha entendido siempre el Gobierno de Francia, como lo prueban entre muchas otras, las indemnizaciones acordadas á los herederos de Lesurque.

Varios escritores de Francia, Bélgica, Alemania é Italia, sostienen la conveniencia de la indemnización por el Estado al individuo inculgado ó acusado absuelto.

El Congreso de Jurisconsultos alemanes de 1882, votó la siguiente proposición: «Si revisada la causa, el condenado sale absuelto ó se le impone una pena menor que la expiada, tiene derecho á pedir al Estado le conceda una indemnización por la total ó parcial expiación de la pena y la reparación de los daños ocasionados». Esta es una cuestión muy discutida, pero nos inclinamos decididamente á la modificación propuesta, la que se refiere únicamente al caso del condenado á muerte, que viene á ser un término medio entre los extremos discutidos por los autores.

La modificación solo tendría efecto por nuestra ley penal vigente, en el caso de homicidio voluntario sin circunstancias atenuantes (Artículo 94, inciso 1º y 95, inciso 1º Código Penal.

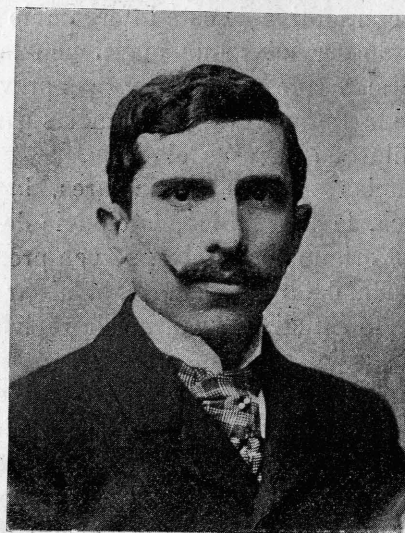
Tarea dura y penosa es la misión social de juzgar á nuestros semejantes ¡cuanta contrariedad no afluirá á la conciencia recta de los Jueces cuando se prueba que el condenado es inocente! ¡y cuánta mayor será, cuando la inflexibilidad de la ley, cierra el camino de la reparación del error!!

N. RODRIGUEZ BUSTAMANTE.

## El dinamismo social

Ningún lector, por poco al cabo que se halle del activo movimiento científico que hoy se observa en las ciencias sociales, ha de encontrar fuera de sitio en esta Revista, las consideraciones que voy á exponer, al correr de la pluma, sobre algunos tópicos que han sido objeto de mis estudios y reflexiones durante el año universitario que toca á su término. ¿Quién, que no fuera uno de esos espíritus prevenidos, uno de los tantos detractores, inconcientes ó interesados, de los modernos métodos de indagación y de análisis, se atrevería á sostener que los problemas planteados por los cultores de la filosofía social son *res inter alios acta* para aquellos que aplican su atención á la Sociología criminal,

orden de conocimientos de novísima constitución, pero elevado ya al rango de verdadera disciplina científica, merced á los diligentes y fecundos trabajos de los Ferri, Colajanni, Gori, Vaccaro y Turati, para no citar sinó á los italianos que más han descollado en esta materia?



Dr. Antonio Dellepiane

La Sociología, sin duda alguna, es una ciencia naciente; el retoño más joven, tal vez, en el árbol del saber humano. Hállase, en estos momentos, en pleno período de formación y desarrollo; se está recién delineando, y sus contornos son todavía vagos y mal definidos. Todo su contenido está en discusión: su concepto, su objeto, sus principios, su límite, su método. Todas sus teorías, todas sus hipótesis están controvertidas; y aunque algunas de las divergencias versen más bien sobre las palabras que sobre las ideas en sí mismas, es lo cierto que la disparidad de las opiniones y la multiplicidad de los puntos de vista constituyen un verdadero laberinto á través del cual se hace á veces muy difícil orientarse y encontrar el sendero que conduzca á la puerta de la verdad.

Ciencia que tiene por objeto estudiar la estructura y el movimiento de las sociedades humanas (Comte); exposición de las leyes generales según las cuales las sociedades humanas, grandes ó pequeñas, se forman, se mantienen, se transforman ó perecen (Levasseur); descripción sistemática y explicación de la sociedad considerada como un todo (Giddings); investigación de las leyes de la vida en sociedad, de las formas que esta vida puede tomar y de la sucesión de esas formas (Fouillée), la Sociología arranca su razón de ser y su derecho á la existencia



autonómica de una necesidad imperiosa é ineludible de la mente humana: la de coordinar y unificar las verdades conquistadas por las diversas ciencias, sobre todo aquellas afines, no solo para facilitar la transmisión del saber, sino como medio de acrecerle, de hallar nuevas verdades, sugeridas por estas útiles confrontaciones, evidenciadas con motivo de este intercambio de materiales y de servicios que mantienen las ciencias entre sí y que es mayor y más provechoso cuando tiene lugar entre las ciencias particulares y la filosofía de esas ciencias.

Las ciencias sociales particulares, la economía política, la lingüística, la ciencia de las religiones, la criminalología, etc., se ven precisadas, y no podrían dejar de hacerlo, á aislar los fenómenos que estudian, á mutilar la realidad considerándola solo bajo uno de sus aspectos, á contemplar, como se ha dicho muy bien, una sola de las caras del gran poliedro social; procedimiento cómodo y conveniente, desde cierto punto de vista, pero peligroso y ocasionado á falsear los hechos, desde otro. De ahí la necesidad de controlar unos con otros estos estudios, de suyo parciales é incompletos; de ahí la necesidad de considerar todos los hechos sociales en la interdependencia que guardan, en sus acciones y reacciones recíprocas; de ahí, en una palabra, la necesidad de una ciencia superior, que recoja los resultados más importantes de las ciencias sociales particulares, que los sintetice en principios más generales, y que arribe, de este, modo á la determinación de las generalizaciones más amplias de que sean susceptibles los hechos sociológicos.

Negar la existencia de la Sociología general, en virtud de las consideraciones que aduce el señor Leroy Beaulieu en su gran tratado de Economía Política, que todo lector ilustrado conoce, ocúrreseme tan ilógico y absurdo como sostener la inexistencia de la Biología y su inutilidad manifiesta en presencia de los resultados de detalle obtenidos por la Anatomía, la Fisiología, la Botánica y la Zoología.

Para contestar esas objeciones bastaría recordar la complejidad de los fenómenos sociales y su reconocido enmarañamiento; bastaría indicar que existen leyes de coexistencia en los hechos de que es teatro la sociedad y que las diversas manifestaciones de ésta son siempre correlativas. Así, las tragedias de Racine y la Corte de Luis XIV, como se ha observado por alguien, son fenómenos interdependientes y cuya explicación es menester buscar en la acción de unos

misimos factores. Dependen, ambos, del estado de los espíritus, del «clima histórico» de la Francia del siglo XVII, siendo á su vez ese estado y ese clima el resultado del concurso de condiciones distintas, del encuentro de corrientes sociales, procedentes de lugares y tiempos remotos, que han venido á tener su confluencia en el país y época indicados. Combinad el genio galo, las influencias cristianas, el renacimiento del espíritu pagano visto á través de las artes y ciencias de la antigüedad, las tendencias centralizadoras de la edad moderna, el despertar del pensamiento científico que inicia sus primeros pasos en la vía de los grandes inventos y descubrimientos, el refinamiento de las costumbres, los progresos de la cultura y su difusión por medio de la imprenta y del teatro: en suma, los mil elementos de toda clase contenidos en la atmósfera moral de esa sociedad y tendreis una idea de las causas directoras y propulsoras de los movimientos que experimenta y de las transformaciones que sufre en sus entrañas.

El dinamismo social resulta así de una complejidad extrema, á pesar de lo cual se ha intentado referirlo á otros más explorados y que se considera como más conocidos. Son las concepciones, apenas nacidas y ya tambaleantes, de la sociedad-mecanismo y de la sociedad-organismo. Para la primera, los hechos sociológicos, resultan del juego de las fuerzas sociales, aplicadas á un todo articulado, especie de sistema compuesto de motores, de palancas, de ruedas, de poleas, de todos los órganos y máquinas simples que producen, transmiten ó modifican el movimiento, en ese gran todo que se llama sociedad. Para la segunda, la preconizada y popularizada por Spencer, las sociedades constituyen verdaderos organismos, agregados provistos de órganos independientes y solidarios al propio tiempo, que desempeñan, individualmente, la función que les ha sido asignada, y que cooperan, con los demás, en ese cambio mutuo de servicios, en esa ayuda recíproca cuyo armónico consorcio da lugar á la vida. Los partidarios del primer concepto hablan de estática y de dinámica sociales, significando, con estas expresiones, no del todo aplicables al caso, el examen de la sociedad en reposo y en movimiento, la determinación de las leyes de coexistencia y correlatividad entre las partes del todo social, y las de sucesión, que rigen los cambios ó transformaciones sociales. Los spencerianos, recurriendo á la terminología biológica, se sirven de las voces estructura, función, te-



jidos, órganos, etc., y procuran describirnos la vida del organismo social, el más elevado, agregan, y el más complicado en la gerarquía de los seres orgánicos, á punto de formar un reino aparte, superior al orgánico ó super-orgánico, según el tecnicismo del maestro.

Estrechamente ligada á las concepciones de la ciencia que acabo de esbozar se encuentra la cuestión relativa al método de que debe servirse, siendo unas y otra resultado del empleo de uno mismo, el analógico, tan falaz como peligroso. Conviene, en este punto, proceder con la máxima cautela. El problema capital de la Sociología consiste en hacer ver el desarrollo de toda sociedad, cualquiera que sea la época y lugar en que florezca. ¿Cuáles son las causas que determinan la formación de las agrupaciones humanas, su organización, los fenómenos de que son teatro, los cambios que experimentan? He ahí las cuestiones que la Sociología se propone resolver. Ahora bien ¿qué camino seguirá en las exploraciones que realice con tales miras? ¿Observará las sociedades actualmente existentes, ó pidiendo auxilio á la historia, esa paleontología social, estudiará el desarrollo de sociedades que fueron para poner de manifiesto la razón de ser de los procesos sociales? ¿Aislará los fenómenos, para examinarlos más cómodamente, ya sea en la actualidad ó en el pasado, ó bien los considerará en conjunto, obrando concertadamente para producir cada estado social?

A mi ver, la Sociología no debe desdeñar el empleo de ninguno de los procedimientos mencionados ni el de otros que pudieran ofrecérsele. La observación de las sociedades vivientes, ya recurriendo á la monografía, ya á la estadística, es un medio perfectamente adecuado para poner en evidencia los factores cooperantes en el *plexus* social. Tales investigaciones constituyen lo que podría llamarse histología de las sociedades, ó, también, análisis de química social, tomando estas expresiones, naturalmente, sólo en sentido figurado.

El método histórico, el estudio del desenvolvimiento de una sociedad determinada, de una institución ó un orden dado de fenómenos es igualmente de gran provecho, sobre todo porque pone de relieve la acción constante de algunas fuerzas sociales, como ser la raza, á través de todas las vicisitudes del pueblo considerado. Este método histórico, sea que se le aplique al todo social, sea que se reduzca á una categoría de hechos sociales, cobra mayor importancia cuando se toma, no una sociedad, sino muchas.

Recibe entonces el nombre de comparativo, y se torna utilísimo para el esclarecimiento de las causas generales de los hechos humanos y de las leyes de evolución que los rigen.

Finalmente, el método deductivo puede así mismo ser usado ventajosamente en Sociología, como lo prueban los ensayos de Gumplovicks, de Vaccaro y de otros sociólogos. Obtenida una verdad por una ciencia extraña, nada obsta á que se ensaye su generalización á las relaciones inter-psíquicas, cuidando siempre de controlar estas explicaciones con la realidad viva. Así, podemos preguntarnos, como lo ha hecho Vaccaro con éxito feliz, si las leyes de selección natural y de adaptación son susceptibles de aplicarse á los hechos sociales y de explicarlos; si son aplicables, con cuales restricciones y modificaciones; cuáles son los fenómenos que caen bajo su dominio, etc.

¿Y la experimentación, que en el orden de los fenómenos físicos, químicos y biológicos, es un instrumento tan poderoso de verificación y de pesquisa?

Si todos los actos humanos tuvieran el valor de fenómenos sociológicos, y vice-versa, no cabría duda alguna sobre la posibilidad de aplicar el método experimental á la Sociología. Nuestra propia vida, en efecto, entraña una serie de experimentos sucesivos. Experimentamos cuando adquirimos y cultivamos una amistad nueva, cuando cambiamos de género de vida, cuando modificamos nuestra conducta en alguna forma, cuando ensayamos una profesión, cuando iniciamos una empresa, cuando hacemos un negocio, cuando nos lanzamos en una vía antes no recorrida, en la política, en el comercio, en el orden de las relaciones sociales.

¿Qué es la desilusión en la mayoría de los casos, sino el sentimiento de nuestra torpeza por un cálculo mal hecho, por una previsión frustrada, acompañado de la contrariedad por la circunstancia de que las cosas no hayan salido ó no sean como nosotros deseábamos que fueran?

Vivir es actuar, es ponerse en relación con los otros miembros de la sociedad, y por lo tanto, es hacer nacer en ellos deseos, creencias, aspiraciones, sentimientos de simpatía, de aversión ó de indiferencia. El juego natural de la vida nos lleva á establecer estos contactos y roces morales, en parte involuntariamente, es cierto, pero en otra de un modo deliberado, que se asemeja mucho á una experimentación, que es un procedimiento experimental verdadero. No siempre nos dejamos llevar por impulsos inconscien-



tes ó por las circunstancias que nos envuelven, sino que aspiramos, en lo posible, á gobernar nuestra vida, á vigilar nuestra conducta, á ir hacia fines que nos proponemos, por los medios y caminos que juzgamos mejores y conscientemente elegimos.

Pero lo psíquico y lo social, por grandes que sean las afinidades que ofrezcan, no se confunden sin embargo. Sin mezclarme en la contienda promovida al rededor de la *característica* de los fenómenos sociales y ateniéndome á sus rasgos más vulgares, diré así, la *generalidad* y la *colectividad*, no hallo un obstáculo invencible para el empleo de la experimentación en el campo social; y en la producción de las llamadas «corrientes de opinión», por medio de la propaganda oral y sobre todo del vehículo de la prensa, creo ver una patente demostración de la eficacia del procedimiento experimental para provocar, estimular y dirigir á voluntad hechos cuya índole sociológica nadie se atrevería á poner en tela de juicio.

Por hoy, no seguiré analizando las cuestiones que promueve el dinamismo social; cuestiones arduas, si las hay, por lo enmarañado del tejido de causas que intervienen para dar lugar á efectos que á su vez se vuelven causas de nuevos efectos, ó por la interferencia de toda clase de leyes, mecánicas, físicas, químicas, biológicas, psíquicas, que se entrecruzan de mil modos y hacen surgir los resultados más imprevistos.

Pero la extremada dificultad de estos problemas no debe ser motivo suficiente para rehuir su investigación. Sigamos alimentando la fé científica é inquiriendo pacientemente las leyes del dinamismo social, en la confianza de que tales problemas podrán estar erizados de dificultades, pero no son insolubles. Si los excelsos pensadores del siglo, los colosos del saber, han abrigado esta ilusión ¿con qué derecho nosotros, pigmeos, osaremos decretar que la luz no brillará? Y cuando ésta se haga, el proceso evolutivo de las sociedades lucirá con claridad esplendente, y recién entonces podremos darnos entera cuenta, de «cómo el hombre, de la antopografía primitiva, ha llegado á la cultura moral y social de nuestros días; del acto sexual de la bestia al amor caballeresco; del fetiquismo grosero á las sutilezas de la metafísica religiosa ó el misticismo; de los dibujos de la edad neolítica á los refinamientos del sentimiento estético y de una curiosidad estrecha y limitada al entusiasmo desinteresado por la ciencia».

ANTONIO DELLEPIANE.

## La amplitud psicológica en la Ortodoxia

### y Heterodoxia científicas

I. El ojo que indaga con fría y serena mirada el génesis y las modalidades de los fenómenos del mundo, constituyendo con sus conquistas el cuerpo de conocimientos reales, de una realidad objetiva, que es la ciencia, no puede realizar su elevada función conocitiva si algo se interpone entre él y el fenómeno que vá á descifrar. Es de evidencia que en las modalidades de la actividad superior del ser humano, en la luminosa floración de las energías de la psique, toda barrera, toda imposición, conduce á la esterilización de las fuerzas que de otro modo pudieran ser, acaso, las más fecundas.



JOSÉ INGEGNEROS

La ciencia, si debiera ser digna de su nombre, no podría señalar la órbita que el pensamiento humano debe recorrer sin excederla: su campo de investigación es ilimitado como lo desconocido, inmenso sin duda, más vasto que lo conocido. Señalarle rumbos aprioristas, en virtud de inducciones puramente subjetivas, que sin agregar nada al capital conocitivo de la humanidad puedan ser una traba á la integración conocitiva que resultaría de su orientación por otros rumbos, es un delito de lesa ciencia; y también lo es el prefiar métodos que implican la negación ó exclusión apriorista de otros métodos, posteriormente adoptables como resultado de una mayor práctica intelectual y obedeciendo á la necesidad de un progresivo perfeccionamiento de los útiles de trabajo. ¿Acaso el mé-



todo no es para el hombre de ciencia como el cincel para el escultor, como el bisturí para el cirujano, como la plomada para el albañil? Y, lo mismo que ellos, es perfectible.

Tal la concepción que, de los objetivos y los métodos científicos, llega á formarse el estudioso que analiza con desapasionado criterio este profundo problema.

II. Sin embargo, basta pasear rápidamente la mirada por sobre el movimiento científico contemporáneo—sin que ésto implique que el fenómeno sea exclusivo del presente momento histórico—para constatar que esa concepción encuentra desmentidos solemnes y frecuentes en los hechos.

Aunque la observación pudiera generalizarse á todas las ramas de la labor intelectual, porque todas están subordinadas á las mismas circunstancias en su proceso de integración progresiva, es en el terreno de la psicología y de la sociología donde reviste mayores proporciones.

Efectivamente; son los estudios psicológicos y sociológicos los que más se prestan al descubrimiento de verdades que pueden afectar gravemente los intereses del mundo oficial; la exposición de una nueva teoría, la nueva explicación de un fenómeno, puede en ese terreno determinar — ó cooperar á determinar — la bancarrota de los cimientos de la moral, de la economía ó de la política oficiales. En cambio las demás ciencias no pueden, sino excepcionalmente, desempeñar un rol *subversivo* con relación al medio social de cada momento histórico.

De ésto ha surgido la excisión del campo científico en dos grandes grupos, que representan dos grandes tendencias: el pasado y el porvenir. El mundo oficial, necesariamente conservador, tiene sus sabios ortodoxos; el mundo independiente tiene los suyos heterodoxos. Los primeros pretenden fijar límites y orientación al movimiento científico, actuando principalmente en el orden de los conocimientos sociológicos y psicológicos: yugo que sirve á las clases sociales dominantes para tener al pueblo uncido á su carro de esclavitud.

El ejemplo tendrá aquí fuerza de comprobación: no puede, sinó de una manera indirecta, serles perjudicial el descubrimiento de una ley física ó astronómica, ó el invento de un nuevo método quirúrgico; pero puede serle molesta—y en muchos casos es amenazadora—la nueva interpretación científica de un fenómeno de la vida psíquica si ella contribuye á la demolición de una falsa creencia religiosa, lo mismo que una

nueva concepción de las relaciones económicas y políticas entre los seres humanos que pueda cimentar el florecimiento de nuevas aspiraciones é ideales, ó la explicación positiva de un fenómeno ó de una ley sociológica que comprometa la estabilidad de sus instituciones morales ó jurídicas.

III. Existe, pues, una poderosa razón sociológica que, inspirando en las clases sociales dominantes un fuerte sentimiento de necesidad defensiva, determina la aparición de la «ciencia oficial» como resultante de la imposición de un apriorismo á la finalidad del conocimiento.

Pero fuera de los que constituyen el núcleo de la labor científica oficial, vive de una vida laboriosamente fecunda otro núcleo, guiado por móviles substancialmente distintos de los que inspiran la labor de los primeros.

Tendencias divergentes en la finalidad; convergentes en el génesis.

Hay pues, y difieren: sabios ortodoxos y sabios heterodoxos.

El hecho no puede ser más lógico. La ciencia es una función social; lo mismo que la sociedad progresa y se integra: revelaría ceguera intelectual el no constatar que el proceso intelectual del conocimiento guarda paralelismo con el desarrollo de las instituciones que constituyen la superestructura social. Con esta premisa es lógico que toda vez que en el seno de un agregado superorgánico se produzca una divergencia de energías, las unas en sentido de progreso, las otras en sentido de conservación, el campo científico se excinda en armonía con aquella divergencia.

En el presente momento histórico existen fuerzas antagonistas que luchan dentro del organismo social: luego de allí surge fatalmente la existencia de dos tendencias distintas en el campo de la ciencia.

IV. Existiendo dos corrientes científicas, la una ortodoxa y la otra heterodoxa, ¿cuáles, entre los hombres de ciencia de la una y de la otra, son los que están en mejores condiciones para llegar al conocimiento de los fenómenos, en su esencia genética y en sus modalidades? Esta es la proposición que dilucidamos.

Los sabios de la ciencia ortodoxa son mantenidos por el mundo oficial que primero fomenta y costea sus estudios, comprándoles más tarde sus lecciones en la burocracia intelectual de sus cátedras oficiales; ésto les obliga implícitamente á la defensa de las ideas que tienen ya la sanción del pasado, convirtiéndoles en baluartes del misoneísmo. Es de notar, sin embargo, que su



adaptación al desempeño de semejante rol dentro del movimiento científico no es tan violento como á primera vista pudiera parecer; los predestinados á esa orientación son precisamente aquellos estudiosos cuyos cerebros son más influenciados por cierta modalidad intelectual propia á los estudios oficiales, que encarrila la actividad de la psique hacia las tareas, intensas si se quiere, pero siempre orientadas por el surco anteriormente trazado. Es evidente que la resultante necesaria de esa acción es el unísono psicológico en la colectividad científica y la unilateralidad psicológica en cada uno de los individuos.

Por eso su labor es, siempre, labor más bien imitativa que integrativa; su misión es atenerse á las doctrinas que se ha convenido considerar buenas, sin agregar intuiciones propias que lejos de consolidarlas pudieran determinar su desintegración.

Los heterodoxos son, por tendencia, rebeldes intelectuales que han sabido escapar á la influencia perniciosa de la ciencia oficial, que se han confirmado en su rebeldía gracias á una educación libre, libremente dirigida según las naturales orientaciones del espíritu, con exclusión de todo rumbo señalado de antemano y sin ninguna finalidad preconcebida como término de la labor conocitiva.

En éstos la labor es principalmente integrativa; subsiste la posibilidad de la imitación aplicable á todo lo que consideren bueno en las doctrinas anteriores, pero simultáneamente existe para ellos la posibilidad de agregarles toda nueva adquisición conocitiva y de modificarlas toda vez que una más exacta comprensión de los fenómenos sea posible, lógica y necesaria.

V. Las resultantes de la acción de esas tendencias divergentes son sustancialmente distintas; las conclusiones difieren, con frecuencia, y en algunos casos llegan á asumir caracteres eminentemente antagónicos.

Sencilla es la causa del hecho; ella nos dará también el criterio para estimar cual de las partes contendientes tiene ventajas y cual desventajas.

Los ortodoxos tienen sus puntos de vista preestablecidos y, por consiguiente, el vasto panorama de los fenómenos sociales no puede dibujarse en sus retinas más que por un solo lado; así el observador encarcelado en alta torre que pretendiera desde su punto fijo estudiar la vida interior de una inmensa ciudad: la visión analítica sería forzosamente deficiente, por cuan-

to cada objeto le sería visible solamente por uno de sus lados, sin que el otro se le revelara jamás, sin que los tejados le permitieran ver el interior de las construcciones y sin que su encarcelamiento lo dejara penetrar el misterio de los subterráneos.

En cambio los heterodoxos no tienen ningún punto de vista preestablecido; encaran los problemas por el lado que mejor les conviene para intensificar mayormente sus investigaciones, pudiendo ver el panorama desde todos los puntos de vista y estudiar la realidad en todas sus modalidades intrínsecas y extrínsecas; así el observador libre en una ciudad, que la recorriera libremente de uno á otro extremo, penetrando en sus viviendas, escudriñando sus tortuosidades, observando desde todas partes su visión de conjunto lo mismo que sus más finos detalles.

Mientras aquellos están forzados á un conocimiento deficiente de los fenómenos, éstos pueden llegar á su conocimiento completo. Es así que para la ciencia de nada sirve contemplar el mundo desde la torre inmóvil del pasado: todo está animado por un perpétuo movimiento de evolución.

VI. Los portavoces del criterio científico oficial son fuerzas puestas al servicio del misoneísmo, escombros arrojados entre el engranaje de la intelección del mundo y de la vida; los independientes son los heraldos del filoneísmo, fuerzas de génesis, de innovación, pletóricos de savia fecunda y revolucionaria.

De los unos la humanidad tiene muy poco que esperar; su función consiste, sencillamente, en impedir que la ciencia—tal como debe entenderse—plante sus estandartes más allá de donde al mundo oficial puede convenir que se planten. De los otros puede y debe esperarlo todo; ellos derribarán toda barrera que intente oponerse á la libre investigación de lo desconocido.

Y en esta lucha de lo que será contra lo que es, la historia infunde vigoroso aliento con el ejemplo de su curso lleno de sabias enseñanzas.

Ella evidencia que todas las doctrinas que han señalado orientación nueva al pensamiento han sido el producto de la heterodoxia científica, combatiendo al mismo tiempo la ciencia oficial y las instituciones sociales de su ambiente; ¿nombres?: Darwin, Marx, Lombroso, . . . citando solamente los más próximos.

Y también enseña la historia que todas las doctrinas innovadoras, cimentadas por verdades científicas independientemente constatadas, aca-



ban por romper los viejos moldes del dogmatismo oficial, obligando á los sabios que tienen estrechos horizontes psicológicos y criterios científicos unilaterales, á reconocer las verdades constatadas por los que estudian con horizontes amplios y criterios independientes.

JOSÉ INGENIEROS.

## La herencia del delito

En el campo de las investigaciones científicas, la lenta pero incesante evolución de los conocimientos humanos paulatinamente adquiridos, solo se opera tras de cruentas y prolongadas batallas libradas entre las diversas tendencias ó doctrinas que se disputan siempre, con razón ó sin ella, el derecho exclusivo á la posesión de cada verdad.

Sin los prejuicios seculares, que ligan las edades modernas con las épocas bárbaras, neutralizando casi la atracción uniformemente acelerada del porvenir; sin el exclusivismo sectario de las escuelas en lucha que al proclamar la excelencia de sus respectivos métodos en la dirección de las disciplinas intelectuales, prescinden en absoluto de la sinceridad é independencia que son condiciones primordiales de toda investigación; sin la parábola escolástica y el silogismo académico que esterilizan la mente en el vértigo producido por el vacío de las especulaciones dogmáticas y metafísicas, tras de las cuales se oculta amenudo la sin razón; sin todas estas fuerzas contrarias al progreso general de la humanidad,—el camino recorrido por la civilización habría sido inconmensurablemente mayor, y la ciencia serena y positiva, no habría visto reducida su obra á la labor de la gota de agua, empleando siglos enteros en perforar la roca de los apriorismos petrificados en el espíritu, de una á otra generación.

Toda conquista del saber humano empieza por un trabajo previo de demolición—destruir para edificar—y por esta razón el verdadero

ejército de la ciencia tiene también su vanguardia de zapadores ilustres, formada por los grandes precursores de cada innovación.

Pero en tales luchas, la victoria no se consolida con facilidad, y es necesaria la estratificación secular de las nuevas conquistas para que ellas queden definitivamente incorporadas al patrimonio común.

Así, una de las leyes que mejor han sido demostradas y que, esto no obstante, son obstinadamente combatidas por algunas escuelas filosóficas y jurídicas, es la ley de la herencia, en orden á la transmisibilidad psíquica de la predisposición á delinquir.

Bien es cierto que á ello han contribuído—y no poco—las exageraciones unilaterales de las nuevas tendencias criminalológicas que acuerdan al factor antropológico, y especialmente al factor hereditario del delito, una importancia casi exclusiva, pero también es verdad que esas mismas exageraciones han sido aumentadas aún, si cabe, por la crítica apasionada, que hace de ello un arma—por cierto poco científica—contra el principio general, basado en hechos tangibles y en la más rigurosa experimentación.

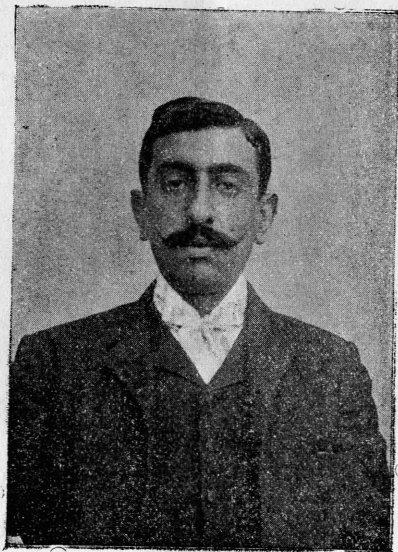
A los numerosos casos de delincuencia hereditaria observados hasta hoy, agrégase otro nuevo que he tenido ocasión de constatar.

Su estudio nos será tanto más interesante, cuanto que uno de los sujetos que han

de servirnos de base, constituye, no solo por la cantidad, sino también por la intensidad de sus estigmas degenerativos, el más acabado tipo antropológico del criminal.

José y Nicasio Liendo, padre é hijo, argentinos ambos, de 50 y 19 años de edad respectivamente, cumplen hoy sus condenas á presidio por tiempo indeterminado el primero y á seis años de la misma pena el segundo, por el delito de doble homicidio, en la Cárcel Penitenciaria de esta capital.

Por poco que se observe el retrato del padre que reproducimos á continuación, nótese en él la concurrencia y especial acentuación de todos los caracteres morfológicos degenerativos atribuidos al delincuente-nato por la moderna es-



Dr. Ricardo del Campo



cuela de antropología criminal: frente deprimida y vellosa; capacidad craneana inferior á la normal; orejas en forma de asa y con desarrollo excesivo del tubérculo de Darwin; pómulos exageradamente salientes; arcadas zigomáticas marcadísimas; enormes mandíbulas; asimetría facial (nariz torcida hacia la derecha y pronunciada diferencia entre la altura de ambas orejas); ángulo facial estrecho; ausencia completa de la barba; mirada fija y feroz.

Talla 1 m. 65 (inferior á la media común); brazos extendidos 1 m. 75, lo que arroja una diferencia de 10 centímetros entre ambas medidas que son iguales en el hombre normal; diámetro ántero-posterior de la cabeza: 17.9, diámetro transversal 14.5, lo que dá para el índice cefálico 80.22 (sub-braquicéfalo); color del iris: castaño oscuro, del pelo: negro; nariz, dorso recto, base horizontal.

El hijo posee los mismos caracteres morfológicos del padre, aún cuando no se

nota en el primero la asimetría observada en el segundo, cuyo ángulo facial es de abertura menor, siendo también más acentuados sus estigmas, en razón naturalmente de la considerable diferencia de edad.

Debe tenerse presente que el organismo humano solo alcanza su completo desarrollo á los 25 años de edad próximamente, y que las modificaciones de las líneas y de la expresión son continuas desde el nacimiento hasta la muerte.

De manera pues, que teniendo en cuenta la evolución probable porque racionalmente pasará la fisonomía de este sugeto hasta que llegue á la edad que tiene actualmente el padre, se podrá tener una idea aproximada de la identidad morfológico-fisionómica entre uno y otro criminal.

Con este propósito, y en la imposibilidad de construir gráficamente, por ese medio, el retrato

del futuro Nicasio Liendo, he buscado, sin resultado, una fotografía del padre, de época anterior, lamentando la falta de este antecedente que habría sido la más clara comprobación de la afirmación anterior.

La falta de tiempo, por otra parte, no me ha permitido adoptar el procedimiento de la fotografía compuesta, procedimiento indicado en estos casos para la formación del tipo medio común, ó sea la resultante fisonómica de la superposición de ambas fotografías.

Sus medidas son: talla 1 m. 68; brazos extendidos 1 m. 72 (diferencia: 4 centímetros sobre la proporción normal); altura del busto 87.5; diámetro ántero-posterior del craneo

18.5; diámetro transversal 15.3, lo que dá para el índice cefálico 80.74 (sub-braquicéfalo).

Construyendo ahora, sobre los datos que preceden, el cuadro comparativo entre los caracteres somáticos de uno y otro sugeto, hallamos las siguientes proporciones, entre los ras-



JOSÉ LIENDO (padre)



NICASIO LIENDO (hijo)

gos mas salientes y significativos de una y otra expresión:

#### MEDIDAS IGUALES

Altura del busto 0 m. 87.5.

Longitud del pié izquierdo 0 m. 25.5.

#### ANOMALIAS COMUNES

Sub-braquicefalía y depresión frontal; prominencia de los pómulos, zígomas y arcos supra-ciliares.

Enorme desarrollo del maxilar inferior.

Orejas de asa y tubérculo de Darwin.

Ausencia completa de la barba.

Cabello negro, duro y espeso.

Desproporción entre la talla y abertura de los brazos.

Semblanza animal.



Desde luego, impresiona fuertemente el parecido entre una y otra expresión, y la semejanza aumenta en el orden moral como lo abona la identidad del delito cometido por ambos, que demuestra en este caso la más evidente equivalencia entre la degeneración morfológica externa y la conformación psíquica interior.

La ley de la herencia no es en suma otra cosa que una manifestación biológica de la ley de causalidad.

En presencia de ejemplos vivos como el que acabo de analizar, no es posible dudar de que la transmisión hereditaria de las tendencias criminosas se opera del mismo modo y por la misma razón que se trasmite la predisposición á la tuberculosis ó la conformación orgánica exterior.

Mucho podría escribirse alrededor de tan interesantes cuestiones, pero sólo me he propuesto en este estudio presentar un notable caso antropológico de herencia fisio-psíquica, á la vez que un curioso tipo de criminal.

RICARDO DEL CAMPO.

## Francisco Carrara

### y la moderna criminalología

Con motivo de la inauguración del monumento y museo consagrados á la memoria de Francisco Carrara, se ha reanimado en Italia la polémica entre los clásicos y los positivistas de la Criminalología, acerca de la solidez científica de las respectivas doctrinas, en orden á la evolución del pensamiento moderno.

Enrique Ferri, en el penúltimo, y Nicoló Gallo en el último número de la *Nuova Antologia*, reflejan brillantemente en dos artículos densos, que bajo la apariencia expositiva, tienen toda la fogosidad de un combate, la tendencia, el método, la finalidad de ambas escuelas.

Concordes el uno y el otro en la veneración por el gran jurisconsulto, el positivista reivindica para los jóvenes el derecho de regenerar con las gallardas corrientes de la biología y de las ciencias experimentales, el estudio del delito y del delincuente y esto aún para glorificar de un modo laborioso á los viejos maestros, aumentando y transformando en su caso el patrimonio intelectual que ellos nos legaron; el otro, el es-

critor clásico, declarando no solo imperecedero el nombre del poderoso jurista toscano, sinó también invencible y casi inmutable su doctrina.

No creo faltar á la debida gratitud por el extinto maestro de quien tuve la fortuna de ser discípulo en los últimos años de su enseñanza en la Universidad de Pisa, si desde una tierra lejana y en las columnas de una revista de criminalología positiva que celebra en estos momentos su jubileo científico, tomo parte en la controversia, encabezando este artículo con el nombre del ilustre criminalista.

En las breves consideraciones que siguen no haré más que esbozar las líneas de un estudio que me propongo hacer más adelante sobre este interesante argumento, en la columnas de esta Revista.

Francisco Carrara fué, sin duda, el más alto y complejo intelecto jurídico de la escuela italiana de derecho penal, porque con el enorme material acumulado desde que Cesar Beccaria con su *obrita* «De los delitos y de las penas» inauguró la hermosa batalla contra el empirismo feroz de la edad media, supo construir el más admirable edificio, que del derecho penal, hayan podido crear la doctrina y el ingenio de un hombre de valer.

El siglo que agoniza había asistido en su primera edad no solo á la revolución por la reconstrucción de la nacionalidad, y á la tácita pero colosal transformación de los medios materiales del trabajo y de la civilización, sinó también á la lenta formación del sentido jurídico en la doctrina y en las legislaciones, con respecto al delito.

El soplo inmenso del 89 había refrescado las mentes pensadoras despertadas por aquel gran cataclismo político social, había desalojado de ellas muchas nieblas, muchas sombras y había introducido en cambio, algo del alma joven de los enciclopedistas.

La escuela jurídica del derecho penal empezaba en tanto á madurar con distintos intervalos en los diversos países de Europa, y en Italia invadía lentamente la legislación, elevándose á una verdadera altura filosófica en las lecciones de Pagano, Mori, Carmignani, para no hablar más que de los más ilustres, y desde la Cátedra difundíase hasta el foro, desde entonces, como un ortodoxia no ya peligrosa, como habíasele juzgado á su primera aparición de la obra de Beccaria.

La doctrina algo discorde aún en las tendencias de los primeros maestros, halló en la mente



lúcida de Francisco Carrara el crisol de donde salió, fundida en el bloc monolítico (verdadero monumento de jurisconsulto latino) de su *Programma di diritto criminale*.

Durante medio siglo casi fué como abogado, como escritor, como maestro, el faro de la conciencia jurídica europea en el estudio del delito y de la pena.

En el apostolado contra la pena de muerte prosiguió la noble batalla iniciada por Beccaria y venció en ella antes de morir, viendo suprimido del proyecto del código penal que rige actualmente en Italia y aún de algunos otros, el suplicio capital, conjuntamente con el hasta entonces admitido oficio de verdugo, el *asesino legal*, como él lo llamaba, asalariado por el Estado.

Con el complemento de la doctrina, con la fórmula de la *tutela jurídica* contra el delito, proclamada como fundamento del derecho de castigar, y con el análisis de las diversas figuras delictuosas, en su representación ideológica de entes jurídicos, cerró triunfalmente la enseñanza de esta escuela que fué llamada clásica y que agotó completamente la parte filosófica y doctrinaria del derecho penal. Recuerdo aún las últimas lecciones de este glorioso anciano, ciego y de cerca de noventa años de edad, allí en un aula desnuda y severa de la vieja Universidad de Pisa, donde tantos destellos de luz intelectual han reflejado los siglos.

Su voz trémula, hablando del asalto dado á las trincheras del derecho penal por la dirección positiva y experimental (librábanse entonces las primeras batallas de la joven escuela) admitía esta necesidad del espíritu humano de renovar

lo hecho ya, reforzándolo con los nuevos descubrimientos y con la enseñanza de la experiencia, con tal que no se demoliese cuanto de sano y de vital existe en las doctrinas combatidas.

La palabra del viejo maestro en aquella augusta solemnidad de las últimas lecciones, tenía los fulgores luminosos y melancólicos de una llama que está próxima á extinguirse.

Pocos años después, hablaba desde aquella misma cátedra, á una pléyade de estudiantes y

profesores, un joven que en el *Ateneo Bolognese* había señalado los *nuevos horizontes* del derecho penal, y que entonces, en la célebre escuela de Carmignani y de Carrara, enseñaba que colocar la ciencia de los delitos y de la defensa de los derechos, sobre bases positivas y experimentales, á la luz de las ciencias biológicas, no es destruir lo que contiene de sano y de vital la obra de los maestros que lo habían precedido, sino que, muy al contrario, es proseguir, mejorar, completar su trabajo.

Enrique Ferri, pues era él el joven profesor que inau-

guraba su curso de sociología criminal, respondía así, sin saberlo, á la duda melancólica de su venerable predecesor en la cátedra.

Hoy los partidarios del rumbo positivo de la criminalología, aún haciéndose heterodoxos ante la ciencia jurídica oficial que aún domina en las escuelas y en las legislaciones, parecen menos heréticos de lo que se les creía durante el período polémico, por el reciente y triunfal florecimiento de los estudios experimentales sobre el complejo organismo del hombre.

El *oportet hereses esse* como fuerza fecundante de nuevas formas de vida, aún en el campo



Dr. Pedro Gori



de la ciencia es pronunciado con menos terror por los últimos campeones de la escuela clásica.

Hoy se reconoce por todos, que, aparte de la diferencia orgánica entre las dos doctrinas—una completamente espiritualista y otra esencialmente naturalista—para la represión del delito, en cuanto estudia su naturaleza biológica, conviene el método positivo que profundiza y elimina sus causas constituyentes, esa morbosidad psíquica especial que es como el cimiento fisiopatológico de la delincuencia, completando luego su compleja indagación, con la comparación entre los elementos individuales y los vastos factores exteriores sociológicos y cósmicos.

La evolución del derecho penal, por lo que se refiere al delito objetivamente considerado, consiste en haber establecido su naturaleza sociológica, en cuanto nace de una relación de lesiones entre el individuo y la sociedad; y así sin quitarle al delito su carácter jurídico especial, tan nítidamente ilustrado por Carrara y por la escuela clásica, completa su noción abstracta, y después de haber cuidado de su profilaxis general y preventiva, organiza su represión, con los métodos racionales y científicos que solo el recto y sereno principio de la defensa social puede sugerir.

Los maravillosos progresos de la psicología experimental, de la antropología y de la psiquiatría han demostrado ya qué batalla campal podrá librar la ciencia contra el delito, en nombre de la justicia no ya metafísica, sino social, cuando se reconozca por todos que, al lado de la medicina que cura las enfermedades del organismo físico, surgirá pronto la medicina del espíritu, dirigida á estudiar y curar las enfermedades morales.

Hoy nadie que sea mediocrementemente culto, puede ignorar el vínculo que liga las manifestaciones psíquicas del hombre, al modo especial de funcionar de su sistema nervioso, considerando sus determinaciones y sus actos exteriores como la resultante compleja de los impulsos y contra-impulsos de variadísima índole que se acumulan sobre la balanza de la voluntad, que aún librándose de ellas en parte, sufre y obedece el peso de los mismos.

La ciencia del derecho y de los delitos no podía, en el pleno florecimiento de la escuela clásica, revestirse con las robustas fuerzas jóvenes brotadas después con el gran desarrollo de las ciencias bio-fisiológicas aplicadas al mundo moral y jurídico.

La natural misión científica del derecho penal

en la primera parte del siglo que espira, debía ser como en efecto lo fué, el desenvolvimiento filosófico y ético de toda la doctrina clásica, como reacción natural del humanismo, contra el feudalismo judicial que hacía de la función primitiva del Estado un simple instrumento de venganza pública en manos de los tiranuelos ó de las oligarquías.

Toda esta tendencia generosa que abatió las penas corporales, que atacó las formas feroces del procedimiento inquisitorial en cuanto habían conservado de los antiguos sistemas á base de tortura, toda esta corriente de inteligencias y sentimientos asociados para crear nuevas garantías de los derechos del individuo, aunque sea un acusado—y á defender hasta en el reo, las razones inviolables de la humanidad, toda esta esflorescencia de filósofos, pensadores, jurisconsultos que llenó con su actividad y con su luz intelectual este fin de civilización, tuvo en la mente y en la obra de Carrara su coronamiento fúlgido y triunfal.

Nosotros los jóvenes, no podemos, no debemos olvidar todo esto.

Más no podemos tampoco detenernos en el camino abierto. Los horizontes de la criminalología, como estudio clínico de patología moral y social, se han ensanchado á distancias no sospechadas antes. Un tiempo, la ciencia de los delitos y de las penas repudiaba, con sacro terror, todo parentesco con los estudios que sondaban la compleja naturaleza del hombre en las profundidades de su vida física, como si la vida de esa misteriosa actividad que se llama psiquis constituyese una autonomía dominante en la variedad del ser, y como si ella, á su vez, no se hallase en relación constante de mutua dependencia con el maravilloso engranaje total de los órganos y las funciones.

Ahora, por el contrario, con los progresos de la psico-física, el estudio del delito y del delincuente, no se hace ya á uso de la escuela ontológica, sobre las abstracciones jurídicas, sino sobre realidades positivas y tangibles.

Para la criminalología moderna, si en la evaluación del delito, el elemento objetivo ó ideológico, como lo llamaba Carrara, que es el derecho violado, tiene todavía su importancia como base jurídica del juicio, el elemento subjetivo, que es el alma del criminal, la tiene también mayor en cuanto establece aquel grado de temibilidad que, del punto de vista sociológico, es el criterio más sólido para los fines de la defensa colectiva.



Morfología y psicología del delincuente: he aquí el nuevo capítulo agregado por la escuela positiva, á la ciencia del derecho penal.

Y mientras el ojo agudo del antropólogo, del psiquiatra, del psicólogo experimental anatomiza la palpitante vida física y moral del delincuente, buscando el oculto resorte de sus acciones, en los rincones misteriosos de su sistema nervioso, como el piadoso ojo del médico que indaga en él los fenómenos de la patología común, el sociólogo criminalista completa triunfalmente la paciente y austera labor con el análisis de las causalidades criminosas debidas á las iniquidades sociales y á la ley fatal del ambiente, para llegar á establecer la suprema necesidad de combatir el delito suprimiendo ó atenuando, ante todo, las causas generales y externas, y sustituyendo la curación clínica y moral del delincuente orgánico, á los aún imperantes sistemas de pena martirizadora y pervertidora.

Así como el bacteriólogo estudia el mejor medio para sofocar los micro-organismos que amenazan la vida, mientras el higienista se dispone á prevenir su desarrollo y difusión; así también en el campo de la criminalología, á los métodos de curación físico-morales, que día á día progresan y que se dirigen á sofocar en el individuo los malos gérmenes de la tremenda enfermedad delito, el criminalista sociólogo, hace seguir las sabias proposiciones de prevención social, haciendo fáciles y agradables las condiciones de existencia, con la difusión entre las masas, de la cultura de la mente y la educación del corazón.

Francisco Carrara planteó el coronamiento de una dialéctica insuperable para dominar el edificio magestuoso que la escuela clásica ha levantado al derecho penal. La heterodoxia se hizo ortodoxa y por lo tanto, ley del Estado.

Su ciclo ha terminado. Corresponde ahora á la escuela positiva su turno de batallas, de anatemas y de inevitables victorias.

Nosotros los positivistas, desde los maestros hasta los discípulos, aunque inclinándonos ante las monumentales figuras de los jurisconsultos que, como Francisco Carrara, dejaron una indeleble huella de su paso en la historia del derecho, nos empeñamos en la fatiga de acumular pacientemente los materiales para la renovación del ya vetusto edificio, en armonía con las necesidades modernas y con los progresos de las ciencias hermanas.

El árbol del saber humano, desde el concep-

to bíblico hasta el científico, no crece ni se vigoriza sino con el cambio perpetuo de nuevos materiales de vida y transformación.

Y nosotros queremos ser sus infatigables cultivadores.—*Laboremus*.

PEDRO GORI.

## Civilización y Delito

A manera de fuerza antagónica, y como contrastando notablemente con los vertiginosos progresos realizados en las ciencias, en las artes, en las industrias, en las ramas todas del saber y de la intelectualidad, bajo sus múltiples y variadas manifestaciones, en el breve pero fecundo interregno de medio siglo á esta parte,—progreso no alcanzado en toda la lenta elaboración de las edades que han sido,—un hecho palmariamente doloroso se presenta, como un polo opuesto, en medio de tantas y tan variadas conquistas del pensamiento, sobre el tapete de las discusiones científicas, de las polémicas y de los comentarios:—el aumento constante y periódico de las acciones delictuosas, reproducido, salvo unas que otras disminuciones accidentales, con la exactitud matemática de una proporción, no decimos geométrica, para que no se nos tache de exagerados, pero si aritmética, y demostrado, hasta la evidencia, por los más notables y recientes estudios estadísticos, con todo el cortejo de sus pruebas y con toda la elocuencia avasalladora de sus números.

¿Es que á medida que el pensamiento humano se eleva á las regiones de lo ignoto para arrancarle sus misterios, el espíritu decae y toca con sus alas las aguas turbias de la materialidad de la existencia; ó es que la perfección á que han llegado en nuestros días, y con especialidad en ciertos y determinados países, los estudios estadísticos sobre la criminalidad, nos acusan un mal aparente, ya existente, mal estudiado y peor comprendido en épocas anteriores?

No optamos ni por lo uno, ni por lo otro.—Lo primero, nos conduciría á pisar los umbrales del templo del pesimismo erigido, en nuestro siglo, sobre las ruinas de las creencias pasadas; lo segundo á la exagerada doctrina optimista de los que, con la mayor candidez, piensan y creen que todo debe ocurrir del mejor modo y en el mejor de los mundos posibles.

Ante la realidad de los hechos, creemos por nuestra parte—y no quizás sin fundamento—que el constante y progresivo aumento de la actividad delictuosa, en contraposición con la actividad honesta, no es un fenómeno aparente ni mucho menos, sino un fenómeno manifestamente real y positivo que nada tiene de fantástico; como que la criminalidad es una ciencia, es un arte, es una industria—no pocas veces mucho menos arriesgada que otras y de más seguros beneficios—que sigue la ley del progreso y de la evolución, como la siguen las ciencias, las artes y las industrias que en todas los pueblos y en todas las edades han enaltecido y dignificado al hombre.

Todo evoluciona en nuestros días; todo se transforma, se cambia ó modifica; la vertiginosa carrera con la cual corre nuestro mundo moderno no permite larga existencia ni á las mismas ideas; todo sigue la espiral ascendente del pro-



greso; nuevos horizontes se despejan de la espesa niebla que los cubre, y ¿por qué en ese *todo* heterogéneo, en el que cabe lo infinitamente pequeño como lo infinitamente grande, no habría de estar comprendida también la delincuencia?

Ella ha seguido paralelamente á los progresos que constatamos á nuestro alrededor con verdadero asombro de nuestra civilización moderna, como paralelamente lo han seguido los rieles del monstruo colosal del siglo y los hechizados alambres del telégrafo, que han acercado á los pueblos y unido á los individuos de las más distintas y encontradas razas, al través de las distancias más enormes é inconcebibles por la mente humana. Ella ha penetrado, en una palabra, en el santuario de la ciencia y en las regiones del arte, ha escudriñado sus más recónditos misterios, se ha valido de ellos para despojarse del ropaje rudo, cruel y salvaje de la criminalidad atávica: de las primitivas edades, y se ha presentado luego en el vasto escenario de nuestra civilización, encubierta bajo la farisaica máscara de la hipocresía, como los pséudos caballeros de la edad media bajo los bruñidos aceros de sus armaduras.

\*  
\* \*

Asistimos pues, á este respecto, á un verdadero proceso evolutivo del delito; á una verdadera transformación de las llamadas acciones delictuosas. Asistimos, como dice Sighele, á la manifestación paralela de dos formas de criminalidad: la *criminalidad atávica*, ó sea la vuelta de algunos individuos á los medios violentos propios de las primitivas edades: homicidio, robo, estupro; y la *criminalidad evolutiva*, igualmente perversa en la intención, pero mucho más civil en los medios, como que ha sustituido á la fuerza y á la violencia, la astucia y el fraude (1).—En la primera de estas formas de criminalidad, no caen sino unos pocos: aquellos fatalmente predispuestos al delito; en la segunda, todos: todos aquellos que no poseen un carácter firme y enérgico capaz de resistir las malsanas influencias del ambiente exterior (2).

Y es precisamente esta última forma de criminalidad la característica de la criminalidad moderna: la tendencia cada vez mayor de humanizarse; á volverse menos bárbara; á refinarse, si se quiere. Con el cambio del ambiente social, las formas crueles y salvajes, propias de la criminal atávica, han tenido por fuerza que ceder ante las nuevas formas asumidas por el delito bajo la presión del pesado engranaje de nuestra moderna civilización. He aquí la única influencia bienhechora ejercida por la civilización y el progreso en el campo de la actividad criminoso: despojar al hombre de los instintos salvajes originarios y presentarnos al delito en una forma más civilizada. Asistimos, pues, á una verdadera evolución del delito: al paso de la barbarie á la civilización de las acciones delictuosas.

Los tipos de civilización que el hombre ha creado hasta hoy, escribe Guillermo Ferrero, son: la civilización á tipo de violencia y la civilización á tipo de fraude. En la primera: civilización primitiva, la lucha por la existencia es combatida con la fuerza, el poder político y la riqueza son conquistados por las armas; la concurrencia comercial entre dos pueblos, se combate con los ejércitos y con las flotas; los litigios judiciales se resuelven en duelos. En la segunda: civilización moderna, la lucha por la existencia es

combatida, en vez, con la astucia y el engaño; el poder político es conquistado, no más con escudos de hierro, sino con *escudos* de plata, el dinero es sustraído del bolsillo ajeno con fraude y con hechizos misteriosos como los juegos denominados de bolsa, y la guerra comercial es llevada á cabo, no tanto con el perfeccionamiento de los medios de producción como por los medios de engaño, es decir, con hábiles falsificaciones que dan al comprador la *ilusión* de la baratura (1).

¿Y de este paso de una criminalidad brutal y violenta á una criminalidad esencialmente moderna, falsa, fraudulenta, llena de astucia, ha sacado algo de provechoso nuestra presente civilización? ¿el fiel de la balanza se ha inclinado en el algo en el descenso de la delincuencia? en una palabra: ¿cuál ha sido la influencia de la civilización y de la actividad honesta sobre la actividad delictuosa y la moral de los individuos?

Notables criminalistas, entre ellos el italiano Francisco Polletti, han respondido, á esta difícil cuestión, de una manera más ingeniosa que científica, más seductora que exacta, pero sobre todo optimista, tan optimista que, si cierto fuera lo que ellos sostienen, habría desaparecido todo motivo de duda, todo motivo de inquietud. El movimiento de la civilización, destruye el de la criminalidad, según Polletti (2), aun reconociendo que es á ella á quien se debe el aumento de la criminalidad que se advierte en casi toda Europa; en Francia, desde 1826; y en Italia, á partir de 1863, como tendremos oportunidad de ver.—Para nosotros sucede todo lo contrario—á lo menos mientras perduren: las causas que la mantienen, las deficiencias que nuestra civilización presenta y el desequilibrio existente y no desmentido, entre los progresos materiales, los únicos verdaderos, y los progresos morales que han ido quedando, con el transcurso del tiempo, muy por debajo de aquéllos.

No entraremos á estudiar ni á discutir la ingeniosa cuanto original teoría de Polletti, por otra parte, notablemente refutada por Ferri y Garófalo, en Italia; por Tarde, en Francia; y por Piñero, en Buenos Aires. Sólo afirmaremos que, llevando cada civilización, en los distintos momentos históricos que se considere, su criminalidad propia, característica, merced al principio de transformación que en todo domina, con los progresos de la civilización sólo se ha conseguido que los papeles se trocaren: que se variarían las modalidades con las que el crimen se reviste. «Librémonos de maldecir de la civilización, afirmando que el progreso de la misma es una provocación al delito,—dice Garófalo;—el criminal no hace otra cosa que aprovecharse de ella para cambiar la forma exterior del delito. Una vez inventados los ferrocarriles, el delincuente no detiene sus coches, como en otros tiempos hacia con las diligencias en medio de los bosques; sino que viaja en ellos, en primera clase, disfrazado de caballero, y asesina al viajero que se ha dormido á su lado sin la menor desconfianza (3);» ó como muy bien dice Ferri:—«en lugar de matar con el puñal, se hará que la víctima se comprometa en aventuras peligrosas; en vez de robar en la vía pública, se harán trampas en el juego; en vez de violar, se seducirá, para abandonar después á la joven traicionada (4).» ¿Pero esto querrá decir que la acción

(1) GUILLERMO FERRERO.—*Il mondo criminale italiano*.—Milan, 1894.

(2) FRANCISCO POLLETTI.—*Il sentimento é la persona giuridica nella scienza del diritto penale*.—Udine, 1887.

(3) RAFAEL GARÓFALO.—*Criminalologia*.—Torino, 1889.

(4) ENRIQUE FERRI.—*L'omicidio*.—Torino, 1895.

(1) SCIPIO SIGHELE.—*La delinquenza settaria*.—Milan, 1897.

(2) CESARE LOMBROSO.—*L'uomo delinquente*.—5ª edc.—Torino, 1897.



greso; nuevos horizontes se despejan de la espesa niebla que los cubre, y ¿por qué en ese *todo* heterogéneo, en el que cabe lo infinitamente pequeño como lo infinitamente grande, no habría de estar comprendida también la delincuencia?

Ella ha seguido paralelamente á los progresos que constatamos á nuestro alrededor con verdadero asombro de nuestra civilización moderna, como paralelamente lo han seguido los rieles del monstruo colosal del siglo y los hechizados alambres del telégrafo, que han acercado á los pueblos y unido á los individuos de las más distintas y encontradas razas, al través de las distancias más enormes é inconcebibles por la mente humana. Ella ha penetrado, en una palabra, en el santuario de la ciencia y en las regiones del arte, ha escudriñado sus más recónditos misterios, se ha valido de ellos para despojarse del ropaje rudo, cruel y salvaje de la criminalidad atávica; de las primitivas edades, y se ha presentado luego en el vasto escenario de nuestra civilización, encubierta bajo la farisáica máscara de la hipocresía, como los pséudos caballeros de la edad media bajo los bruñidos aceros de sus armaduras.

\* \* \*

Asistimos pues, á este respecto, á un verdadero proceso evolutivo del delito; á una verdadera transformación de las llamadas acciones delictuosas. Asistimos, como dice Sighele, á la manifestación paralela de dos formas de criminalidad: la *criminalidad atávica*, ó sea la vuelta de algunos individuos á los medios violentos propios de las primitivas edades: homicidio, robo, estupro; y la *criminalidad evolutiva*, igualmente perversa en la intención, pero mucho más civil en los medios, como que ha sustituido á la fuerza y á la violencia, la astucia y el fraude (1).—En la primera de estas formas de criminalidad, no caen sino unos pocos: aquellos fatalmente predispuestos al delito; en la segunda, todos: todos aquellos que no poseen un carácter firme y enérgico capaz de resistir las malsanas influencias del ambiente exterior (2).

Y es precisamente esta última forma de criminalidad la característica de la criminalidad moderna: la tendencia cada vez mayor de humanizarse; á volverse menos bárbara; á refinarse, si se quiere. Con el cambio del ambiente social, las formas crueles y salvajes, propias de la criminal atávica, han tenido por fuerza que ceder ante las nuevas formas asumidas por el delito bajo la presión del pesado engranaje de nuestra moderna civilización. He aquí la única influencia bienhechora ejercida por la civilización y el progreso en el campo de la actividad criminal: despojar al hombre de los instintos salvajes originarios y presentarnos al delito en una forma más civilizada. Asistimos, pues, á una verdadera evolución del delito: al paso de la barbarie á la civilización de las acciones delictuosas.

Los tipos de civilización que el hombre ha creado hasta hoy, escribe Guillermo Ferrero, son: la civilización á tipo de violencia y la civilización á tipo de fraude. En la primera: civilización primitiva, la lucha por la existencia es combatida con la fuerza, el poder político y la riqueza son conquistados por las armas; la concurrencia comercial entre dos pueblos, se combate con los ejércitos y con las flotas; los litigios judiciales se resuelven en duelos. En la segunda: civilización moderna, la lucha por la existencia es

combatida, en vez, con la astucia y el engaño; el poder político es conquistado, no más con escudos de hierro, sino con *escudos* de plata, el dinero es sustraído del bolsillo ajeno con fraude y con hechizos misteriosos como los juegos denominados de bolsa, y la guerra comercial es llevada á cabo, no tanto con el perfeccionamiento de los medios de producción como por los medios de engaño, es decir, con hábiles falsificaciones que dan al comprador la *ilusión* de la baratura (1).

¿Y de este paso de una criminalidad brutal y violenta á una criminalidad esencialmente moderna, falsa, fraudulenta, llena de astucia, ha sacado algo de provechoso nuestra presente civilización? ¿el fiel de la balanza se ha inclinado en el algo en el desenso de la delincuencia? en una palabra: ¿cuál ha sido la influencia de la civilización y de la actividad honesta sobre la actividad delictuosa y la moral de los individuos?

Notables criminalistas, entre ellos el italiano Francisco Polletti, han respondido, á esta difícil cuestión, de una manera más ingeniosa que científica, más seductora que exacta, pero sobre todo optimista, tan optimista que, si cierto fuera lo que ellos sostienen, habría desaparecido todo motivo de duda, todo motivo de inquietud. El movimiento de la civilización, destruye el de la criminalidad, según Polletti (2), aun reconociendo que es á ella á quien se debe el aumento de la criminalidad que se advierte en casi toda Europa; en Francia, desde 1826; y en Italia, á partir de 1865, como tendremos oportunidad de ver.—Para nosotros sucede todo lo contrario—á lo menos mientras perduren: las causas que la mantienen, las deficiencias que nuestra civilización presenta y el desequilibrio existente y no desmentido, entre los progresos materiales, los únicos verdaderos, y los progresos morales que han ido quedando, con el transcurso del tiempo, muy por debajo de aquéllos.

No entraremos á estudiar ni á discutir la ingeniosa cuanto original teoría de Polletti, por otra parte, notablemente refutada por Ferri y Garófalo, en Italia; por Tarde, en Francia; y por Piñero, en Buenos Aires. Sólo afirmaremos que, llevando cada civilización, en los distintos momentos históricos que se considere, su criminalidad propia, característica, merced al principio de transformación que en todo domina, con los progresos de la civilización sólo se ha conseguido que los papeles se trocaran: que se variarían las modalidades con las que el crimen se reviste. «Librémonos de maldecir de la civilización, afirmando que el progreso de la misma es una provocación al delito,—dice Garófalo;—el criminal no hace otra cosa que aprovecharse de ella para cambiar la forma exterior del delito. Una vez inventados los ferrocarriles, el delincuente no detiene sus coches, como en otros tiempos hacia con las diligencias en medio de los bosques; sino que viaja en ellos, en primera clase, disfrazado de caballero, y asesina al viajero que se ha dormido á su lado sin la menor desconfianza (3);» ó como muy bien dice Ferri:—«en lugar de matar con el puñal, se hará que la víctima se comprometa en aventuras peligrosas; en vez de robar en la vía pública, se harán trampas en el juego; en vez de violar, se seducirá, para abandonar después á la joven traicionada (4).» ¿Pero esto querrá decir que la acción

(1) GUILLERMO FERRERO.—*Il mondo criminale italiano*.—Milan, 1894.

(2) FRANCISCO POLLETTI.—*Il sentimento è la persona giuridica nella scienza del diritto penale*.—Udine, 1887.

(3) RAFAEL GARÓFALO.—*Criminalologia*.—Torino, 1889.

(4) ENRIQUE FERRI.—*L'omicidio*.—Torino, 1895.

(1) SCIPIO SIGHELE.—*La delinquenza settaria*.—Milan, 1897.

(2) CESARE LOMBROSO.—*L'uomo delinquente*.—5ª edc.—Torino, 1897.



cometida no sea tan delictuosa en las primeras de dichas modalidades como en las segundas? Un asalto á mano armada, ante el derecho natural no es menos condenable, aunque no siempre lo sea ante el derecho positivo, que una estafa; pero, y he aquí donde está la diferencia: en que aquella manifestación primitiva del delito pertenece al pasado y á las clases bajas é ignorantes: á la plebe; y ésta al presente y á las clases que ocupan cierta posición social: á los *gentleman*;—y con la particularidad ésta que, al humanizarse, al civilizarse, por decir así, la criminalidad ha ido en visible y progresivo aumento, como que se ha ido despojando poco á poco, paulatina é insensiblemente de todo aquello que podía despertar cierta repugnancia en el sujeto, llegando á ser hasta encomiable, siempre que se presente encubierta bajo la arrogancia y «la brillante librea de las altas posiciones políticas y financieras». Y luego, en nuestros días, y merced á esta evolución de las formas exteriores del delito, «si para llegar á ser rico heredero de un hombre á quien nunca se ha visto,—y esto no es más que un ejemplo,—de quien nunca se ha oído hablar, y que vive en un rincón de la China, bastara empujar un botón para matarlo, ¿cuántos no empujarían este botón?...» Es por esto que el *hombre vivo*; el *hombre canalla*, diremos nosotros, producto propio y exclusivo de nuestros buenos tiempos, se halla tan multiplicado en el escenario de nuestra civilización moderna y tan confundido con la parte sana que nos presenta la actividad honesta, que no habrá quizás, nada de extraño que, entre poco, se tenga que ir como Diógenes, linterna en mano, para buscar un hombre.

\*\*\*

Si, pues, el crimen ha cambiado sus modalidades en el sentido que hemos indicado, merced, como dijimos, á ese principio de transformismo que en todo domina, y si la criminalidad ha progresado como nos lo comprueban las estadísticas, ¿quiere esto decir que hemos de atribuir este aumento progresivo del delito, única y exclusivamente al hecho de haberse vuelto menos escrupulosos los individuos para delinquir, desde que la civilización les ha proporcionado nuevas formas menos bárbaras y repugnantes que las primitivas?

Esto por sí sólo no nos explicaría todo el extraño fenómeno que nos ocupa.

El aumento de la criminalidad aunque responde á múltiples y variadas causas de índole más bien sociológicas que individuales, se halla tan íntimamente ligada á la ley de la evolución y del progreso que, no sólo ha participado de todo lo bueno que ella ha producido, sino también, y más que todo, de todo lo malo.

El progreso ha aumentado y desarrollado las ciencias, las artes, las industrias, todas las ramas en que la actividad humana se manifiesta, y ha originado con ello, los múltiples y complicados problemas que conmueven, hoy, á los países todos del mundo civilizado; ha multiplicado prodigiosamente las comodidades del hombre y nos ha traído con-

ello, la desigualdad de condiciones, el amor á los placeres, á la pereza, á la codicia, á la lujuria y el amor al lujo: en una palabra, ha avivado todas las malsanas pasiones de que es capaz el corazón humano; ha desarrollado la riqueza mueble y dado valor á los bienes de todo género, y ha multiplicado los estímulos y las ocasiones para delinquir; ha por fin multiplicado las necesidades del hombre y ha originado con ello las dificultades de la subsistencia: nos ha traído la miseria.

Como se vé, pues, la fecunda cuanto asombrosa actividad material y científica desenvuelta por el hombre de nuestro siglo, no ha podido manifestarse en todas sus múltiples relaciones sin que nos trajera con ella un virus de terrible poder infeccioso.—Nuestro siglo nos ha asombrado con verdaderos prodigios realizados por el progreso de la actividad humana en las ciencias, en las artes, en las industrias, pero no ha podido á menos que presentarnos, al lado de sus esplendores, no pocos productos gangrenados de una moral que se desmorona.—Bien se ha dicho que «no hay progreso que no traiga aparejado algún perjuicio ó peligro», merced, á que no se equilibran las distintas fuerzas de actividad que concurren á su producción: las de la actividad moral con las de la actividad productora y científica, en este caso.

Ahora bien, ante este desequilibrio siempre creciente y jamás atenuado entre los progresos materiales y los progresos morales, que nos presenta nuestra moderna civilización, ¿no sería el caso de pensar con Quetelet (1), con las reservas debidas y sin con ello desconocer la movilidad progresiva del crimen, que éste «se sucede con tanta ó más regularidad que los nacimientos y demás fenómenos biológicos, y que *podría predecirse*, con los

datos de la esta distica comparada, el número de individuos que en tal año mancharán sus manos con la sangre de sus semejantes, como también el número de ataques contra la propiedad, con variaciones tan insignificantes que apenas podrían apreciarse»;—pero en proporción al número y poder de los distintos factores que á ello concurren, como lo observa Ferri (2) en su *ley de saturación y sobresaturación criminal*, en virtud de la cual, todo ambiente social y físico, en un momento dado, encierra una forma y una cantidad determinada de delitos que no puede ser contrarrestada por las penas escritas en los códigos y aplicadas por las decisiones de los jueces? ¿Es acaso del todo errónea la conclusión á que arriba Quetelet (ob. cit.), de que la sociedad prepara la cantidad de crímenes que han de cometerse y que el culpable no es sino el instrumento que los ejecuta, esto si la sociedad no se libra de este fatalismo modificando las causas que lo generan?

(1) QUETELET.—*Physique sociale*, tomo I, pág. 95.

(2) ENRIQUE FERRI.—*Sociología Criminal*; pág. 269 y sig.—Torino 1892.



M. A. Lancelotti



El hecho es sensacional, árido y de palpitante interés. Pensamos que entre los múltiples y variados problemas sociales que se ventilan en nuestros días en el campo de las ideas, éste es uno de los que más preocupación despierta en las naciones adelantadas; pudiendo afirmarse con toda exactitud, y aunque la expresión parezca más gráfica que real, que, ante el número infinitamente asombroso de atentados y de delitos llevados á cabo de una manera verdadera y diametralmente opuesta á los progresos de nuestra moderna civilización, se ha producido una verdadera explosión de ideas, un verdadero plebiscito de discusiones, de polémicas y de comentarios. Autores políticos y escuelas filosóficas; economistas y juristas; socialistas de la cátedra y socialistas de la plaza; idealistas y positivistas; liberales y clericales; radicales y conservadores,—valiéndonos de los términos de un autor—cada cual ha dicho lo suyo; ha explicado cada uno á su modo el fenómeno social y ha propuesto los medios que según su escuela filosófica y su credo político, sostienen como los más apropiados para curar el morbo y subsanar el ambiente.

\* \*

Las estadísticas criminales de diferentes países y las investigaciones oficiales llevadas á cabo especialmente en Francia en estos últimos años, han venido á ponernos de relieve otro hecho todavía tanto ó más alarmante que el que acabamos de señalar. Nos referimos á la criminalidad de los menores, cuyas cifras han alcanzado una abultación inesperada.

Por lo visto, el aumento progresivo de la criminalidad no ha respetado nada, ni sexo, ni edad, ni condiciones: todo lo arrolló; todo lo arrastró en su vertiginoso torbellino, como que no halló á su paso más obstáculo que la incuria y la impunidad tradicional de las autoridades destinadas á velar por la tranquilidad, la seguridad y el bienestar de los individuos y de las sociedades como colectividades; y por parte de estas últimas, el terreno fecundo, el caldo de cultura de que nos habla Lacassagne, en donde con toda comodidad han podido desarrollarse los microbios de la criminalidad, y sin el cual, hubieran sido quizás elementos sin importancia: hubieran quedado acaso en un estado de criminalidad latente.—Y tan es así, que esta criminalidad evolutiva, fruto de las leyes de la evolución y del progreso, unida á la criminalidad atávica, ha afectado de tal modo á la criminalidad precoz que bien puede afirmarse en presencia de los hechos, registrados unos y no registrados otros por las estadísticas oficiales que, más de la mitad de los delitos y de los atentados que se cometen, son llevados á cabo por individuos cuya edad no ha alcanzado aún los veinte y dos años, edad prescrita por la mayor parte de las legislaciones civiles como el límite entre la menor y la mayor edad.

«Y esta precocidad no se manifiesta, por otra parte, únicamente por el lado de la delincuencia, escribe el doctor Dellepiane, sino también por el de la prostitución y el del suicidio, esas otras dos llagas que corroen á las sociedades contemporáneas.» «Hemos podido darnos cuenta, decía el Prefecto de Policía de París á la Comisión oficial que dirigía la pesquisa del año 1884, del gran número de jóvenes que se lanzan desde una edad temprana en la carrera del vicio. Los muchachos trabajan poco y viven del dinero que ganan las jóvenes. No es necesario que insista demasiado en señalar este nuevo fenómeno de la juventud, de las prostitutas y de los *souteneurs*: todo el mundo puede apercibirse de él;—y muy recientemente uno de los miembros de la

Comisión encargada en Francia de clasificar á los reincidentes en cumplimiento de la ley de 1885, escribía: «algunos de los deportables son muy jóvenes: apenas entrados á la vida han acumulado ya sobre sus cabezas la cifra de las condenas que les es necesaria para ser expatriados. El número de estos jóvenes se acrecienta de una manera que entristece. En 1887, eran 54; en 1889, eran 59. El desarrollo de la criminalidad joven es uno de los fenómenos dolorosos de nuestra época».—Por último, el suicidio se hace también cada vez más frecuente entre los jóvenes, por no decir entre los niños. El término medio de los atentados contra la propia existencia en los menores de 16 años, era en Francia de 49, hasta 1840. A partir de este año, la media ha ido elevándose hasta alcanzar en 1887 la cifra de 68 (1). No puede, pues, ponerse en duda, de que la *precocidad para el mal es uno de los rasgos característicos de nuestra época* (2).

¿Cómo explicar este fenómeno?—Muy sencillamente, contesta Joly, (loc. cit.) Las causas de la precocidad para el mal están en la licencia de las costumbres, en el desdén cada día mayor por el aprendizaje de un oficio, por la instrucción profesional, en la afición creciente por las ocupaciones fáciles é intermitentes, en una palabra, en muchos de los vicios de que adolece la educación actual, pésimamente encaminada al objeto á que se dirige.

\* \*

Que el progreso de la criminalidad en la juventud es un hecho, no requiere mayores divagaciones ni mayores comentarios. Bastan para hacer resaltar su evidencia, el estudio y las preocupaciones de que es objeto en los países más adelantados, por una parte, y por otra los datos que nos arrojan las más recientes estadísticas.

En Francia, por ejemplo, la criminalidad en los menores ha cuadruplicado en un periodo de cincuenta años:—justamente en el mismo periodo en que tantos y tan múltiples progresos se han realizado.—En Alemania, según la estadística oficial de 1888 á 1893, el número de condenados de 12 á 18 años ha aumentado en un 32 por 100. En Italia y en Estados Unidos, la proporción es aún mayor. En Inglaterra, en 1881, fueron condenados 5,433 menores de 16 años. En París, escribe Reinach, más de la mitad de los delitos son cometidos por menores de veinte y un año:—12,721 presos menores de edad sobre 20,882, en 1879; y 14,061 sobre 26,475, en 1880; y casi todos por delitos graves. ¡1,340 delincuentes de aumento en el breve espacio de un año!—En un solo año se cometieron, por menores de edad: 30 asesinatos, 39 homicidios, 3 parricidios, 2 envenenamientos, 114 infanticidios, 25 incendios, 153 estupro, 458 hurtos calificados, 4,212 heridas, y 11,862 hurtos simples... ¡Y pensar que ésto sucede en París que es considerado como el cerebro del mundo!

De nuestro país poco podemos decir, por cuanto los estudios estadísticos que en él se llevan á cabo se hallan aún en un estado, por decir así, embrionario y de lamentable abandono, no obstante existir un número considerable de menores de edad, dignos de estudio, organizados en gabinetes unos, independizados otros, que viven del producto de las raterías y del crimen, sin que se les conozca ni padres, ni tutores, ni encargados, ni domicilio fijo; que viven en los lupanares y entre individuos de pésimos antece-

(1) JOLY.—*La France criminelle*.—París, 1889, pág. 181.

(2) ANTONIO DELLEPIANE.—*Las causas del delito*.—Buenos Aires, 1892.



dentes, en el más vicioso de los ambientes, y sin ser molestados por los encargados de velar por la pública moral y de ponerlos en el camino del bien;—impunidad inexplicable, sobre todo en países que como el nuestro, se precian de marchar á la vanguardia de la civilización americana.

«Y la cuestión es gravísima para todos los países, escribe De Amicis, en una correspondencia á *La Nación* de fecha 30 de Noviembre de 1894,—porque las más recientes estadísticas prueban hasta el exceso que en todas las naciones la criminalidad precoz vá en aumento. Basta encarar apenas este estudio para persuadirse de esta dolorosa verdad: que la mayor parte de los delincuentes que contristan y deshonran nuestra sociedad civil, son una especie de *producto de fábrica*, sobre los cuales no sería más justo hacer recaer la culpa de sus crímenes que lo que sería el atribuir á los puñales ó á las pistolas la culpabilidad de los homicidios de que son instrumentos. En las sociedades presentes, se fabrican ladrones, vagabundos, falsarios, asesinos, prostitutas, del mismo modo que se fabrican pistolas y puñales, paños y medias. Existe un pueblo de niños «que mamaron poca leche y muchas lágrimas, que se alimentaron con poco pan y muchos vicios, que crecen secos bajo las palizas, en medio de humillaciones y malos ejemplos, sin caricias, sin una alegría, sin una diversión, sin una idea moral de religión y de pudor», los cuales llegan al crimen y á ser criminales por necesidad, como el líquido toma la forma del recipiente que lo contiene.

«Existen miríades de hijos de ladrones—continúa—de alcohólicos, de meretrices, de presidiarios, de padres y madres sin conciencia y sin corazón, á los que educan en el hurto, en el ocio, en la mendicidad, en el alcoholismo, en la prostitución, en la violencia, con el mismo celo, con la misma energía con que los padres honrados educan á sus hijos en la virtud y en el trabajo; miríades de pequeñas criaturas que crecen maldiciendo la vida, los hombres y á Dios mismo, y que entran en la sociedad con un «programa de delitos», armados de cuchillos y palanquetas, é impotentes para detenerse en el camino emprendido, como el hombre lanzado á la carrera por la cuesta abajo es impotente para afirmar el pie al borde del abismo abierto ante él» (1).

¿Y habrá quién entone himnos á la infancia y quién con ingenuidad se pregunte, al constatar estos hechos, de si existe, en el sentido lato de la palabra, la delincuencia precoz; de si existen seres de tal suerte que lleguen hasta la pendiente del delito antes que hayan podido ver el sol de la existencia con todas sus auroras, con todas sus tardes y con todos sus ocasos?

Jamás una negación vendría más al caso. «*Eppur si muove*», diría Galileo.

Desgraciadamente, la delincuencia precoz ha existido en todos los tiempos, en todas las edades, en todos los lugares; existe de una manera alarmante malgrado los asombrosos progresos de nuestro siglo, y existirá en lo sucesivo de un modo más alarmante aún que en nuestros días, si no se opone á ella el dique que la sana razón aconseja, mejorando los hombres, modificando sus instituciones, sus costumbres, sus hábitos, el estado de sus luces, y en general todo lo que buenamente puede influir sobre su modo particular de ser.

(1) E. DE AMICIS.—A propósito de la obra de Lino Ferriani: *Los delincuentes menores de edad*.

\*  
\*  
\*

Y si esto se dice de la criminalidad precoz, ¿qué no se ha de decir de la criminalidad aquella, por decir así, endémica, y que ha extendido su campo de acción entre los elementos más sanos y viriles de los pueblos, y cuya edad nos acusa aquella época en que la vida adquiere todo su vigor, las energías su mayor fuerza y las pasiones, por consiguiente, su mayor fogosidad?

¿Cómo explicarse esto? ¿Debemos atribuirlo á que la criminalidad se parece en este modo de multiplicarse á la animalidad, cuyos grados inferiores se distinguen por una fuerza superior de reproducción, como ha dicho ingeniosamente un autor?

«Por más que se hayan *correcionalizado* un número no despreciable de delitos, el aumento de la criminalidad es visible, escribe Tarde (1). Por otra parte, no todos los crímenes son susceptibles de correccionalización. Es imposible ó difícil, extender el beneficio de esta indulgencia á los atentados al pudor sobre niños—casi siempre cometidos por gente de edad,—á los asesinatos, á los incendios voluntarios, á las quiebras fraudulentas, y, correctamente hablando, á los crímenes dignos de este nombre y calificados de tales en el lenguaje ordinario.—En consecuencia ¿qué vemos? Que estos crímenes *aumentan constantemente*; acrecentamiento significativo y desgraciadamente ahogado en el cálculo de disminución respecto al conjunto».

La criminalidad, tomada en su conjunto—escribe el doctor Piñero—en periodos de cierta duración y salvo disminuciones accidentales en uno ú otro año, crece en casi todos los países; y crece también la reincidencia.

Esta es la pura verdad; la comprueban las estadísticas:—Las de Francia de 1826 á 1880, publicadas, con un notable y completísimo informe, por el sabio estadista Ivernés, y luminosamente estudiadas por el profesor Enrique Ferri, por Tarde, por Haussonville, por Garófalo, etc.—las de Italia, estudiadas por Lombroso, Beltrani-Scalia, Bodio, Enrique Ferri y otros, de 1863 á 1879 y de los años sucesivos respecto de los cuales existen noticias, aunque las de estos últimos acusan ligeras oscilaciones, pues en el 81 y 82 hubo cierto descenso, que no ha alterado sin embargo el crecimiento progresivo ni el resultado final;—las de Bélgica, de 1850 á 1875 y de los años anteriores y posteriores á estas fechas, según los trabajos de sábios tan eminentes como Beltrani-Scalia;—las de Prusia del 54 al 78-79;—las de Austria del 71 al 80;—las de España del 59 al 81;—las de Inglaterra de 1835 á 1882;—las de Francia aún, relativas al decenio transcurrido de 1876 á 1883, como lo demuestra el interesante análisis que Tarde ha hecho de ellas, en un número de los «Archives de l'Antropologie criminelle, etc.», dirigidos por Lacassagne, Garraud y Coutagne (2).

Hay que convenir, pues, con Tarde (op. cit.), que «uno de los primeros efectos del progreso de la instrucción y de la riqueza, y uno de los mejor demostrados por la estadística comparada de los diversos departamentos, de las diversas clases y aún de las diversas naciones, es que de él resulta que desde hace medio siglo, el número de los crímenes como el de los delitos, han experimentado un aumento considerabilísimo... Hay notablemente y de una manera aproximativa, tres veces más rebeliones contra la autoridad; cinco veces más ultrajes á los funcionarios; ocho

(1) G. TARDE.—*La criminalité comparée*.—París 1886.

(2) NORBERTO PIÑERO.—*Problemas de criminalidad*.—Buenos Aires 1888.



veces más actos de mendicidad; dos veces más golpes ó heridas; siete veces más delitos contra las costumbres—comprendiendo el proxenetismo, que apenas ha doblado, y el adulterio que es nueve veces más fuerte;—dos veces y medio más robos simples; seis veces más destrucciones de cerraduras; cerca de cuatro veces más destrucciones de plantas y de cosechas; tres veces más estafas, cuando menos, y *minimum* seis veces más abusos de confianza;—y esto sin hablar de los incendios voluntarios y de otros delitos más graves cuyas cifras van alcanzando una abultación sorprendente é inesperada:—En resumen: si se reúnen todos estos resultados, se llega, parece á esta conclusión: que la bribonería y el cinismo, ayudándose la una al otro seguramente, han hecho paralelamente progresos enormes; que la propiedad y la autoridad son respetadas cada vez menos, y que las gentes sin principios morales van multiplicándose al mismo tiempo que las gentes sin hogar....»

Y esto es incontestable. — El delito como la locura y el suicidio parece que siguieran paralelamente al progreso, disputándole la delantera en la inmensa pista donde aquel efectúa su asombrosa evolución. — La Francia, cuenta al presente con un número de delitos tres veces superior á aquel de cincuenta años atrás: — desde 1828 á 1884, los asesinatos han aumentado de 197 á 234; los infanticidios, de 102 á 194; los atentados contra el pudor de los niños, de 136 á 791; los delitos de derecho común, — es decir, con excepción de los que son objeto de leyes especiales, — de 41,000 próximamente á 163,000; las heridas y contusiones, de 8,000 á 18,000; los robos, de 9,000 á 33,000; las estafas, de 1.171 á 6.371; los delitos contra las buenas costumbres, de 497 á 3,397; la vagancia, de 3,000 á 16,000 próximamente;—«y casi todas estas cifras han aumentado en 1884, de manera que el movimiento está lejos de detenerse. Durante este tiempo, la población, que en 1826 era de 31 millones, solo ha aumentado en 7 millones, pues en 1884 era de 38 millones. Es pues evidente, dice Garófalo, (op. cit.), que el *aumento de la criminalidad no ha sido proporcionado al de la población, sino inmensamente más grande*».

El mismo fenómeno vemos reproducido en Italia. En menos de veinte años, desde 1863 á 1880, la alta delincuencia hizo progresos espantables: — las penas de muerte, de 54 ascendieron á 104; las penas á presidio indeterminado, de 158 subieron á 428; los parricidios se triplicaron y más: — 12 — 39; — los infanticidios casi se duplicaron: — 44 — 82, — los uxoricidios, de 15 subieron á 92; los asesinados, de 285 llegaron á 705, en 1880; — y no obstante, *la población de Italia durante ese breve lapso de tiempo no aumentó siquiera de un sexto*.

«Puede recorrerse, si se quiere, toda la Europa, dice Garófalo, y se advertirá casi en todas partes un aumento, aunque quizás no tan acentuado como el de Francia é Italia, pero siempre muy sensible, sobre todo, *muy superior* al crecimiento de la población. Por ejemplo, en Bélgica, es manifiesto el aumento de la criminalidad desde 1850 á 1875: de una media de 20,428 condenados en el primer periodo, se pasa, en el último á la de 25,072. En Prusia, el número de los detenidos durante el año 1878-79, comparado con la media de los ocho años anteriores, ha aumentado en razón de 13,3 por 100. Igual cosa ha sucedido desde 1854 á 1878: los atentados contra la vida dieron lugar, en el primer de dichos periodos, á un proceso por cada 34,508 habitantes; en el último, á uno por cada 26,756;» y lo que se dice de estos países, podría decirse de otros muchos. — Únicamente en Inglaterra es donde la criminalidad presenta un movimiento contrario, comprobado durante varios años. Por un

decrecimiento constante, la cifra media de los detenidos, que en 1878 era de 20,833 por día, ha descendido en 1886 hasta 15,375; y esto no obstante el *aumento extraordinario de la población y de los negocios de toda clase*.

¿Hemos de atribuir este fenómeno, como lo pretende Garófalo, al hecho de que las penas son más severas en dicho país que en otros, y en donde la de muerte especialmente, se aplica con más frecuencia? Seguramente, nó. Creemos que la eficacia de la represión severa del delito, es cosa aún muy problemática, tanto que su solución no pasa de ser un buen deseo todavía. Por nuestra parte pensamos que, en todos aquellos países, en que, como en Inglaterra, el desequilibrio entre los progresos morales y los progresos materiales es menor y menores las causas que generan la actividad criminal, menores deben ser, en consecuencia, los efectos de esta última. De ahí que, á medida que aquellas dos manifestaciones de la civilización tienden á igualarse y las causas del delito á disminuir, la criminalidad tendrá forzosamente que declinar á su vez. Por otra parte, que el sentido moral medio de la población inglesa sea más extendido y más superior que en otros países, es cosa que ya no se discute: á pasado á ser proverbial.

\*  
\* \*

Entre nosotros, en Buenos Aires, de una compilación del Señor Latzina, resulta que, de 1881 á 1886, el conjunto de delitos ha aumentado de 1766 á 1967; — si se atiende á hechos especiales, se observa: que los asesinatos y homicidios se han elevado de 22 á 37; las agresiones diversas á las personas, de 476 á 686; los delitos contra la honestidad de 4 á 27. Las cifras de los robos, hurtos y estafas han disminuido del 81 al 84; pero han crecido sensiblemente — de 958 á 1103 — desde este año al 86; — el valor de lo robado ha ascendido en 1883 á pesos moneda nacional 119,905 y en 1886 á 264,501 (1). Pero, como muy bien lo hace notar el doctor Piñero, (loc. cit.), el aumento ha de haber sido seguramente mayor que el indicado por las estadísticas policiales, *pues las causas del crimen* — son sus mismos términos — *se han acrecentado mucho y en proporciones muy superiores*, durante el periodo de tiempo aludido.

Para justificar este aserto, citaremos solo dos hechos: el crecimiento considerable de la población extranjera que, en el número total de criminales, contribuye con un 59 por 100 más ó menos, — y el desarrollo pasmoso de la riqueza mueble y de los valores de todo género, que ha multiplicado los estímulos y las ocasiones para delinquir.

Ahora bien, si se considera que los factores del crimen han debido acrecentarse en toda la República, porque en toda ella se han operado transformaciones de mayor ó menor importancia, — que han elevado el número de las ocasiones y de los incentivos para el delito, — puede concluirse con seguridad que en la nación entera ha recrudecido la delincuencia. (Piñero, loc. cit.).

Efectivamente, al llegar á esta conclusión, no se equivocaba el doctor Piñero.

Mejoradas en algo las estadísticas policiales, resulta que desde 1886 hasta el 31 de Diciembre del año próximo pasado (1898), la delincuencia ha seguido un curso ascendente verdaderamente alarmante en nuestro país. En 1886 hubo 72 delitos contra las personas; 1093 contra la propiedad; 27

(1) DR. FRANCISCO LATZINA. — *Procedimientos del Departamento Nacional de Estadística durante el año 1886*. — Buenos Aires 1887. — Por el mismo: *Censo Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*, año 1887. — tom. II p. 553 y siguientes.



contra la honestidad, y 106 contra las garantías individuales y orden público; total 1932 delitos. — En 1897, hubo 2779 delitos contra las personas; 4784 contra la propiedad, 3 contra la honestidad, y 547 contra las garantías individuales y orden público; total 8113 delitos. — En 1898, las cifras que nos consigna el Anuario (1) sobre la delincuencia, nos acusan un aumento de 183 casos sobre el año anterior; si bien este aumento no ha recaído sobre la faz más temible de la criminalidad, ó sea los atentados contra la vida y la propiedad de los habitantes, sino sobre el grupo de los delitos contra las garantías individuales y orden público. Durante dicho año, hubo 2740 delitos contra las personas; 4770 contra la propiedad; 6 contra la honestidad, y 780 contra las garantías individuales y el orden público.

Como se vé, pues, el aumento no puede ser más palmario. ¿Hemos de atribuirlo al aumento de la población?

Ya hemos demostrado en otro lugar, al tratar del aumento de la criminalidad que se advierte especialmente en Francia y en Italia, que dicho aumento *no tan sólo ha sido de una manera absoluta sino también en una proporción mayor que la de la población.*

Algo semejante ha pasado entre nosotros. Según el Anuario estadístico ya citado, y como hemos visto, hubo en el año 1897: — 2779 delitos contra las personas y 4784 contra la propiedad; cifras que nos acusan un alarmante aumento sobre las de 1896. Ahora bien, si se relaciona el número de delitos con la cifra de la población general, se vé que en 1897 cada 1000 habitantes dieron 6,4 delitos contra la propiedad, y 3,7 contra las personas. En 1896 estos guarismos fueron: 4,2 y 3,1 respectivamente. — Esto tomando en cuenta un tan corto lapso de tiempo; ¿qué se diría si tomáramos un periodo mayor, el de 1886 á 1898, por ejemplo?

\* \*

Y si ante los datos que nos proporcionan las estadísticas es un hecho incontestable que la criminalidad aumenta asombrosa y progresivamente, ¿qué habría de decirse respecto á este fenómeno que tanto contraste presenta con nuestra civilización, si las estadísticas nos acusaran, con la muda elocuencia de sus cifras, la verdadera criminalidad? aquélla criminalidad que no es del dominio público, que no se denuncia, ni se descubre, que escapa á toda sanción penal y que queda para siempre ignorada bajo el velo del misterio. «Sabido es, dice Garófalo (op. cit.), que la justicia no logra conocer ni aún la *tercera parte* de los delitos comprobados, los cuales, á su vez, no son más que una pequeña parte de los delitos que se cometen, pues la mayoría de éstos no se descubren ó ni aún siquiera se denuncian á la policía». — Este mismo autor hace subir á un 55 por 100 próximamente, el número de culpables que escapan en Italia á la acción de la justicia; comprendiendo en el cálculo los que son desconocidos desde el principio, aquellos contra quienes no han resultado cargos bastantes, y, por último, los que han sido absueltos.

Y el catálogo de esta criminalidad ignorada, en el que cabe todo lo grande como todo lo pequeño, es inmenso. — Los delitos domésticos; los adulterios; los golpeados en riña; los robos de los criados; los ultrajes al pudor; las apropiaciones indebidas bajo apariencias honestas; las expoliaciones bursátiles encubiertas bajo el irrisorio título de *juegos de bolsa*; las quiebras fraudulentas; las bancarrotas, sabia

y calculadamente preparadas, á objelo de enriquecerse con lo ajeno; los fraudes comerciales; las *liquidaciones* de fin de año de las casas comerciales por medio del incendio; las transmisiones concientes de ciertas enfermedades contagiosas; las injurias; las calumnias, mil veces más terribles que el puñal de un asesino; el envío de anónimos que van á frustrar, como tantas veces se ha repetido, una esperanza legítima, ó á traducirse en el descrédito de una familia; los asesinatos cometidos bajo la librea caballeresca del duelo; los delitos campestres; los cometidos por ciertas asociaciones de malhechores, y que no se denuncian merced el principio de solidaridad que reina entre ellos; los del fuero eclesiástico y militar; los de imprenta... Y dentro el campo abierto y dilatado de las convenciones «¿qué de contratos ilícitos, como dice Joly, qué de extorsiones hipócritas, que de lesiones, que de captaciones veladas, qué de tergiversaciones ocultas, qué de provechos indirectamente arrancados á la ignorancia ó á la simplicidad de las personas, qué de disimulaciones fructuosas para el uno, perjudiciales para el otro; qué de indelicadezas en fin que no caen bajo el imperio de la ley penal!» ¿Y se quieren más ejemplos?

Delitos semejantes, pasibles las más de las veces, de las penas más ejemplares, no se conocen, no se denuncian, ni se descubren; quedan ahogados en el cómputo de la inmensa criminalidad ignorada; huyen á las más minuciosas previsiones de la estadística; y quedan para siempre, y en la mayoría de los casos, en la impunidad más completa, por insuficiencia de las leyes represivas unas, por falta de previsión, otros, y los más, porque el misterio los cubre y la suerte los protege: impunidad tanto más lamentable, cuanto que, con ella, se acrecienta la audacia y la impulsividad de la parte criminal de las poblaciones y el desfreno de los instintos perversos.

En realidad, y aunque es doloroso manifestarlo, — ante estos hechos que pasan desapercibidos — hay que convenir que las fronteras del delito no están determinadas por una línea clara é inamovible; que no existe una línea de demarcación perfectamente establecida entre los criminales y los hombres honrados; lo que vale decir que entre las personas libres: — *no están todos los que son, ni son todos los que están*, dice el refrán — hay un gran número que huyen á la justicia y pasan por personas honestas y probas — como que la probidad, no es más que una presunción que hace suponer honrado y probó á todo individuo mientras no se pruebe lo contrario — aún cuando sea nota la irregularidad de su conducta, — «cuántas personas que pasan por honradas, exclama M. Corre, son infames que merecen el grillete mucho más que aquellos picaros á quienes ellos se lo han remachado» (1); — unos porque la ley no hiere, como debería, ciertos hechos que lejos están de formar parte de la actividad honesta, y otros porque la alta posición social que ocupan «en el escenario del mundo honrado y opulento» le sirve de escudo para defenderse de todo ataque que podría arrastrarlos á ocupar — como entre nosotros, por ejemplo — una celda en la Penitenciaría ó un palmo de tierra en la Isla de los Estados.

Tales son las fatales consecuencias que, emergiendo de un estado de cosas á todas luces anómalo y de una congerie de causas latentes que se compenetrán y entrelazan entre sí como en una red indisoluble, hacen que la sociedad, con todo al cortejo y la deslumbrante pompa de sus progresos y de su civilización, se encargue de formarnos sus delin-

(1) ALBERTO B. MARTINEZ. — Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires; año 1898.

(1) M. CORRE. — *Les criminels*, introducción. Paris, 1899.

cuentes todos suyos; de fabricarlos á su modo, «á su imagen y semejanza», como fabrica y forma á las infanticidas, á las prostitutas, á la juventud criminal y á otras miríadas de delinquentes de todas clases, de todos los sexos, de todas las edades, de todas las condiciones, que nos dejan la dolorosa duda de si fueron los victimarios ó las víctimas de ciertos errores y de ciertas preocupaciones sociales incompatibles con las tan pregonadas luces de nuestro siglo.

Estudiemos, profundicemos, escudriñemos las causas de todas estas anomalías que nos presenta esta civilización de que alardeamos, apliquémosle los correctivos que las ciencias aconsejan, y estemos seguros que podremos esperar un porvenir más risueño para esta humanidad raquítica y enfermiza que se agota lentamente como los últimos resplandores de un festín que acaba.

MIGUEL A. LANCELOTTI

## El prejuicio patriótico

### como fuente de delincuencia colectiva

El delito es universal: tan universal como puede serlo la luz. Las leyes apenas castigan una mínima parte de los que se cometen y prevén muchos menos.

El hombre que produce dolor, el tirador á la paloma ó el público que asiste á una plaza de toros, no da sino una baja medida moral de sí. ¡Cuántos no destruyen sin necesidad, por puro placer de destruir, las especies inofensivas! No faltan, por cierto, personas que visitando un jardín zoológico pinchan y golpean á los animales mansos, por el gusto de hacer mal (1).

Tales personas son seguramente casos de delincuencia cobarde, que se contienen en esos límites por numerosos motivos.

Los que llamaremos delitos legales, son, entretanto, aunque relativamente considerables en cantidad, demasiado escasos si se les compara con los que llamaremos delitos morales. Lo que hay es que el hombre vive acostumbrado á estos últimos; y así no le causa repugnancia afirmar, por ejemplo, una cosa que no le consta y que puede acarrear graves perjuicios á una persona ó á toda una familia; ó bien dar un informe falso ó emitir un juicio equívoco sobre una reputación, tendente á deprimirla.

El no considerarse en la actualidad bastantes acciones delictuosas con el carácter de tales, no significa que hayan de ser indiferentes en lo futuro y que el tipo del murmurador y otros mal-

vados activos, no lleguen á figurar en los códigos de la penalidad.

Ciertamente el criterio moral no está aún suficientemente desenvuelto; pero del mismo modo que hemos visto desaparecer del número de los delitos numerosos actos humanos, como observa el ilustre sociólogo Gabriel Tarde, la blasfemia, la práctica de las ciencias ocultas, etc., y vemos otros perder su gravedad y tender á la desaparición, así veremos surgir no sólo nuevos hechos delictuosos, pero asimismo nuevas puniciones para actos considerados al presente simplemente despreciables, ó acaso como meros defectos sin mayor importancia. Esto, si la penalidad no tiende, lo cual pudiera ocurrir, á mermar el número de las acciones pasibles de sanción penal.

De los antiguamente mirados como espantables crímenes, en algunos periodos históricos, y que han dejado de serlo en el terreno de la moral para la mayoría de las conciencias, á punto de ser penas muertas ó nominales las suyas, el más digno de atraer la atención es el duelo, esa ruda prueba ó juicio de Dios, cuya única defensa sea acaso conservar algo más de lo que sin ella sería, el respeto entre los hombres y el dirimir cuestiones para las cuales no se quiere ó no se puede sin escándalo, las más de las veces, hallar la solución legal.

Que el duelo ha perdido la extrema gravedad que le era atribuída, no lo ponen en duda ni los mismos creyentes de la Iglesia de Roma. El hombre que se bate no es de ningún modo nivelado con el violador de los sentimientos altruistas de otro orden, ni subleva los corazones, á menos de ser un espadachín ó de aprovecharse de ciertas ventajas,—duelos Cavallotti-Maccola, Paul y Angulo-Romero Giménez y alguno que otro ocurrido en el Río de la Plata,—no faltando quienes admiren de veras á aquéllos que más se baten. Y esto no por inconfesable sentimiento de temor, sino por la mayor altura á que parece colocarse el que no teme perder la vida si se le compara con quienes sienten por ella un apego demasiado vivo. A un duelista se le da la mano y no se le niega la amistad por el hecho de haberse batido. Con el ladrón, pongamos por caso, no sucede lo mismo. Verdad es que también personas de escaso sentido moral, ó privadas de sentido moral, comerciantes sin escrúpulos, industriales que falsifican ó adulteran productos, casi siempre con serios peligros para el consumidor, ricos egoístas, políticos venales, truhanes de toda especie, obtienen en ocasiones,

(1) En el Jardín Zoológico de Palermo han muerto tapires pinchados por el público con estoques de punta envenenada; loros y otras aves, han perecido intoxicados, y algunos brutos se han complacido en sacar los ojos á los soberbios reyes de los Andes, los cóndores cautivos.



y podría decirse que siempre, iguales ó mayores demostraciones de consideración. Pero si se analizan los sentimientos que mueven á algunas gentes y quizá no á la minoría de las gentes, á tratar con deferencia á aquéllas otras, se encontrará que lo hacen por motivos distintos de los que manifiestan, y que esas mismas gentes si se pusieran á considerar sus actos de acatamiento, respeto ó mera cortesía encontrarían reprobable su conducta, y un dejo de amargor, allá en el fondo de sus almas, por carecer de la valentía de la sinceridad.

Otro delito que se pierde, que se esfuma, en las repúblicas sobre todo, es el delito político, ya despojado de la repugnancia universal inspirada por todo acto ofensivo de los sentimientos de piedad y probidad. Y así, si las conspiraciones, los levantamientos en armas, los mismos motines, en contra de un gobierno establecido llevan el sello de delitos locales, ó son delitos según la ley del lugar donde se producen, ni para la ley ni para los sentimientos extraños conservan tal sello, á no ser que vayan acompañados de actos de delincuencia común.

El perdón otorgado tan repetidamente por los gobernantes de toda América á los prisioneros de revoluciones

ó simples motines, aun cuando acuse el reconocimiento, algunas veces, por parte de esos gobernantes, de la debilidad moral de sus causas, —la fraudulencia de su origen ó la violencia de su imposición, — y

aunque en otras ocasiones atestigüe el deseo de la popularidad por la clemencia, por lo general más bien interpreta la idea moderna de que las pasiones políticas suelen conducir fácilmente á la violencia á hombres que no forman en el ejército del crimen, y que en el peor de los casos dan muestras de extravío mental más bien que de tendencias antisociales (1).

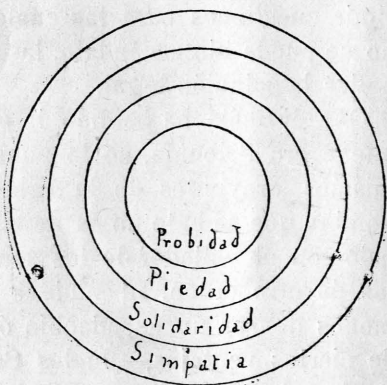
Son infinitas las formas de delincuencia no

(1) Los tiranos no conciben seguramente las revoluciones y confunden el delito político con el común. Esto explica en parte, en un Rozas las feroces crueldades, y en un autoritario cualquiera fusilamientos en masa de vencidos, mutilaciones y degüellos, como tantos de que conserva avergonzada múltiples recuerdos la historia de América.

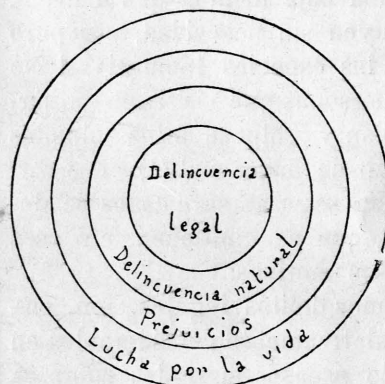
mencionadas por la ley. El hombre tiene entre tanto, dos derechos esenciales, uno al que se han consagrado millares de volúmenes, *el derecho á la vida*; otro, no mencionado que sepamos: *el derecho á la paz*.

Cuanto se oponga al ejercicio de ambos constituye un mal delictuoso, á menos de tratarse de una ciega epidemia, una inundación, un huracán, esos viejos castigos del cielo, ajenos á la voluntad de los humanos.

Que el hombre es fuente de delitos, sería tanto como afirmar que lo es asimismo de virtudes. Tiene la naturaleza humana anverso y reverso al modo de las medallas. Los sentimientos acendrados y definitivos, la parte estratificada, por decirlo así, lo que llamaremos á falta de otro nombre condensaciones psicológicas, ocupan un espacio menor y central, pero son indestructibles y poco modificables. Los sentimientos no fundamentales, á semejanza de los ramajes de un árbol, ocupan lo exterior y abarcan un espacio más dilatado. Dentro de esta manera de ver podemos representarnos gráficamente las tendencias sociales y antisociales. Los círculos concéntricos A. y B., darán idea de nuestra concepción.



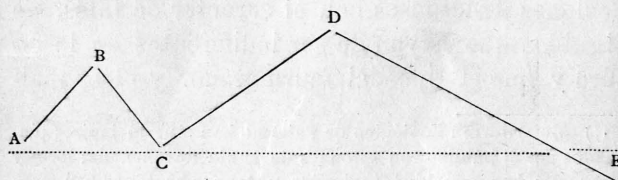
A



B

Indudablemente la simpatía es la primera fuerza social; la más extensa, pero también la más expuesta á debilitarse ó alterarse. La solidaridad, con su enorme carga de prejuicios, en cuanto abarca á la humanidad y com-

prende el sentimiento de la especie, aunque de formación probablemente más próxima, sigue á la simpatía en extensión. Es de observar que el sentimiento de la solidaridad, partiendo del individuo á la especie, sigue una línea ascendente-descendente, línea quebrada, de la que procuraremos dar una idea:



A. INDIVIDUO—B. FAMILIA—C. TRIBU—  
D. Patria—E. HUMANIDAD

En efecto, el sentimiento de solidaridad, á partir del individuo, no se detiene sino que avanza, ya ascendiendo, ya descendiendo. En la familia no se soporta la injuria hecha á los parientes de más próxima consanguinidad. En la tribu, origen de la patria, todos son responsables del delito de uno solo. Hasta aquí el sentimiento de solidaridad es muy fuerte, y además muy limitado en cuanto al espacio que abarca. A partir de la solidaridad tribal, el sentimiento se desenvuelve de un modo más variable. Pero, no siendo la patria otra cosa que el crecimiento de la tri-

bu, si aquel se complica en verdad, sigue en el fondo conservando una naturaleza semejante. La solidaridad, no es ya de un individuo á otro; es del individuo al conjunto, á la agrupación; á esta especie puede referirse la solidaridad de gremio, de corporación, de secta; por así decirlo la secta, forma una patria de creyentes; la corporación, una patria de mancomunidad varia; el gremio, una patria de identidad profesional. El marmolista tiene su orgullo de marmolista. No le digáis al ladrón que su profesión es indigna; ni insultéis los símbolos poéticos, la lira, la Musa, la fuente Castalia ó el Parnaso en presencia de un vate.

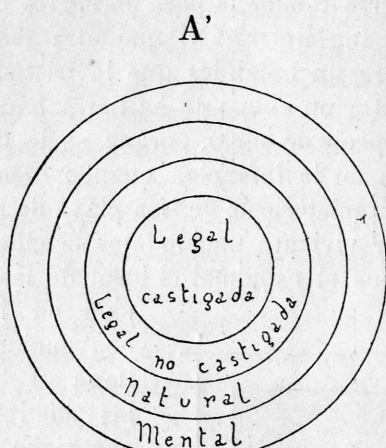
La solidaridad patriótica, se basa principalmente en una serie de prejuicios. Se ama á los héroes, á la manera que los chinos aman el alma de sus muertos. Los aliados, los amigos de la patria, son comprendidos en ese sentimiento.

En lo tocante á la solidaridad de la especie, ella es débil y sumamente extendida: podría dar una idea de ella una línea indefinida, sin término. ¿Consistirá el progreso en que la línea de la solidaridad se desenvuelva en un mismo plano? Es decir, en la fórmula de Jesús, considerando á los demás como á uno mismo? O será preciso llevar más lejos y poner más alto el Ideal para conseguir un mayor perfeccionamiento humano? En caso semejante la fórmula

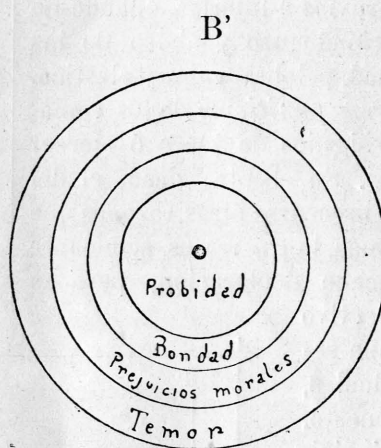
no podría ser otra que esta: ama á tu prójimo más que á tí mismo.

Formemos ahora otros esquemas para representarnos una de las fuerzas antisociales y las que en todo caso se le oponen.

Sean:



Delincuencia



Fuerzas contrarias al delito  
ó que lo contienen

Comprendemos bajo el nombre de delitos mentales, los planes ó maquinaciones que no pasan á la práctica, pero que si pasaran serían verdaderos delitos. Denotan una mentalidad perversa, prejuicios malsanos y en ocasiones perversidad de corazón. Las constituciones, por estar en-

radados en el fuero interno, los relegan al juicio de Dios.

Por delitos naturales entendemos todas las violaciones de los sentimientos de moralidad, no castigadas expresamente por las leyes.

El delito legal no castigado, como se comprende muy bien, es aquél que á pesar de figurar entre los actos punibles, escapa á la acción de la justicia, por fuga, por prescripción, por una hábil defensa, por las precauciones del criminal para no ser descubierto, por circunstancias encubridoras, etc.

No será necesario que nos detengamos en el estudio de los prejuicios, fundamento de tantas edificaciones mentales y morales de la especie. Bastante se ha escrito acerca de ellos. Baste decir que determinan tendencias; y que para el bien y para el mal dan su cosecha de virtudes y delitos.

La idea de la patria, excelente en varios sentidos, es causa de males sin cálculo; desde la emulación entre pueblo y pueblo, hasta la guerra, el choque sangriento y brutal, á la que se va por amor ciego á la paradigma arrobadora y estremecedora, al toque de clarines y bajo banderas ondulantes, la serie de actos antisociales que ella origina no es ciertamente la menos temible. Así como hay un comercio al por mayor y otro al por menor, existe también la de-



lincuencia mayorista de las batallas, por cuenta de las naciones; y existe la delincuencia minorista, la del individuo que ultima ó roba por su cuenta. La diferencia es enorme, sin duda. En un caso se invocan ideas, sentimientos, el honor, la gloria y otras palabras semejantes; las ofensas al honor nacional, la negativa á dar satisfacciones, los agravios é injurias, cuando no se va más lejos, haciendo uso y abuso de las nociones de humanidad, palabra vaga y elástica, ó el casi sagrado *bellum punitivum* de los romanos, para encubrir designios de lucro ó ejercer venganzas colectivas. En el otro caso, el del individuo, no pueden invocarse otras razones que las individuales. Además, la guerra es semejante al duelo cuando precede declaración, pero en realidad el duelo colectivo se descompone en una serie de actos individuales, de hostilidad por supuesto, entre personas que individualmente no tienen ofensas privadas que vengar, y ni siquiera se conocen.

Sólo una guerra justa existe y es la sugerida por los deseos de independencia: es la legítima defensa colectiva, ó aquella guerra por la cual los hombres buscan su integridad moral, el libre ejercicio de sus derechos, el de gobernarse, comerciar, ser soberanos en su país, que es el hogar de todo un pueblo, conjunto de hogares y de vínculos superior á toda concepción en contrario, á lo menos al presente.

Y esta misma, justificable y necesaria, lo es únicamente con respecto á los oprimidos ó amenazados de opresión, en un grado algo más alto si se quiere, que la legítima defensa individual. aun cuando á los ojos de los patriotas sea desmedidamente simpática y gloriosa, por mezclarse á esas luchas la idea altruista de constituir un patrimonio á los demás, en cierto modo hermanos (1), por la realidad atribuída á la metáfora según la cual la patria es una madre común, una mala madre en verdad, pero que la fantasía y la necesidad de creer en algo, eleva

(1) Que probablemente tomarán la patria como un medio, no como un fin; y en esto estriba la diferencia entre los patriotas y la mayoría de los políticos.

más allá de las nubes y hace que la tierra de Francia sea sagrada para los franceses, y sagrada la llanura por donde erró imaginariamente D. Quijote, para los españoles; y sagrada para los rusos la Rusia, «la estepa, una torre, el Zar»; y que se consideren los árboles patrios más altos, más sombríos, más floridos. ¿Qué tierra tan bella para un inglés como la neblinosa Inglaterra? ¿Ni qué otra más incomparable para un holandés que la tristísima Holanda?

De un chopo de su tierra hace el gallego una especie de ídolo, porque se le fijó en la memoria en la infancia, cuando todo es tan bello y tan misterioso; de una playa de la que cualquier ser viviente nacido lejos de ella procuraría huir, hace el esquimal el ideal de las playas. De ilu-

sión en ilusión y de un convencionalismo en otro, llega el hombre á fundir las distintas sensaciones que tiene del mundo y de los hechos realizados por sus semejantes, en el planeta, no para formarse una bella idea del Universo, sino una bella idea de su universo local, concurrendo todas las ya adquiridas á servirle de piedra de toque para mejor aferrarse al cariño animal que le inspiran los objetos que primero conmovieron su actividad afectiva, ó á veces sólo su memoria, ya en la forma de la nocturna luna en Oriente, ya de un pedazo



Victor Arreguine

de cielo, divisado en una ciudad entre dos hileras de casas. Uno se enamora de la patria como de una mujer. La embellece con su fantasía, la idealiza, la *dulcineiza*; si es posible el patriota no ama á la sociedad en que vive; pero se le hace creer que la patria está en peligro y allá va á matar enemigos, ó hacerse matar.

El corazón le clamorea no sé que voces de sirena, la sangre le hierve en las arterias, el redoble de un tambor lo transforma en un héroe en potencia propincua.

Bien mirado el amor de la patria así entendido, es en verdad un poco salvaje. Al fin y al cabo la patria no merece tan inmenso interés. El soldado que va á dejar sus huesos en un campo que se hará ó no célebre, no piensa en las bestias de engorde, llamadas á prosperar con su

sangre. No se imagina los políticos explotando su ofrenda, ni las clases ricas y comerciales empujándolo por la espalda á hacerse matar; y así entra en la noche sin astros de la muerte creyendo en la santidad de su holocausto. No piensa tampoco en el dolor y males irreparables causados por él á otros seres á él semejantes. La patria le manda matar y le manda morir, y él no desobedece la voz de la patria. Le parecería desdorado no caer en la primera fila, ó no exponerse á caer por lo menos, como en un verso de Tirteo. Y lo que más lejos está de imaginar es que matando ó haciéndose matar, en el noventa y nueve por ciento de los casos, es simplemente un delincuente sin conciencia de sus delitos. un violador de las leyes naturales, leyes de Dios y de vida.

¡Un campo de batalla! ¿Lo imagináis? Hijos de mujer, hombres como vosotros, destrozados por la metralla ó por el plomo, sangrando, caídos en medio de los pastos. Aquí salpicaduras de masa encefálica; allí, manchas de sangre; más allá, miembros mutilados. Diez mil, cien mil cadáveres después de la acción, todo eso por resolver una cuestión cualquiera, de solución fácil, mediante procedimientos más razonables que la lucha, aunque no fueran otros, en último término que los de los Horacios y Curiacios.

El patriotismo es un bello ideal en teoría; pero consideradlo en la práctica: los hombres mejores, la honra de la especie, casi siempre son en su patria ó postergados ó negados. Desde los hacedores de naciones, como Bolívar, ó San Martín, ó Artigas, influyentes y todopoderosos en ciertas horas de acción, hasta los que cultivan los ideales por los que nuestra estirpe se va separando de su pasado miserable, raro es, en efecto, el hombre de gran talento, de gran carácter ó de gran corazón que no sea negado en su patria. Se le declara guerra á muerte unas veces, por la sombra que puede hacer; se le desacredita otras; se le niega las más, ó se le hace la sorda «conspiración del silencio»; se conviene tácitamente en callar su nombre, en hacer que su nombre no salga de las fronteras; se pretende apagar el fuego de su espíritu con las cenizas de la envidia. Es el enemigo público. Frente á él se levantan por sus contemporáneos pedestales á ídolos grotescos.

Así á Shakespeare, en su tiempo se le ponían miseros poetillas de tres al cuarto por émulos; se quemaba incienso en las aras de diocesillos de barro, deleznales ídolos, cuyos versos hoy nadie recuerda, como nadie se detiene á pensar en los gusanos que los devoraron. Y era su patria la que así lo trataba. Así fué peormente tratado Dante Alighieri por la suya. Así Heine, atormentado, ni en vida ni en muerte recibió honores de Alemania, y, poeta inimitable y colosal que soñaba con puños de gigantes para que arrojaran su féretro al mar, Alemania lo rechaza

y no ha permitido que un blanco busto en su suelo perpetúe la memoria de tan grande ingenio y arroje dos metros de sombra sobre un camino solitario.

Recordar las ingratitudes de *las patrias*, fuera escribir la melancólica historia de los genios; fuera recordar á Jesús crucificado, fuera evocar á millares las sombras de los más famosos varones; fuera en fin, hacer el proceso de casi todas las injusticias y evidenciar, en cambio, qué inmensa multitud de malvados, qué inmenso presidio moral, ha dominado en las mil patrias que han visto los siglos.

La idea actual de la patria, de la patria gloriosa á costa de sus enemigos, contiene el germen de millares de delitos. Idea madre, lleva en gestación crímenes suficientes para horrorizar á una mejor posteridad. No somos socialistas ni nos parece que sea necesario serlo para decir estas cosas. Basta ser humanitaristas, y nada más.

Mientras la idea de la patria no pierda su carácter místico y persistan á ella adheridos los prejuicios de cien generaciones, así como á un viejo navío de tres puentes inmovilizado, la costra de moluscos adherida al casco, el orgullo colectivo, los odios, las antipatías, la guerra, y en su reemplazo la paz armada, no serán sustituidos por la cordial equidad. Sin embargo, la marea ascendente de las ideas y la mejor comprensión de nuestros destinos, podrán poner un día en movimiento al viejo navío de tres puentes inmovilizado. Y el navío se hundirá, ó echará á andar, por el esfuerzo de obreros sensatos, llevando al tope la enseña de la inmortal Justicia.

VÍCTOR ARREGUINE.

## Folletines judiciales

En una reciente información abierta por Federico Lolieé en la *Revue des Revues* (Octubre 99) sobre la industria de las novelas populares, me ha llamado la atención lo que uno de los consultados, Gabriel Seailles, dice de la literatura periodística corriente:

«¡No piensa Vd., dice, que la línea horizontal que separa la novela-folletín del resto del diario es una pura ficción y que aquel se trepa á las columnas superiores, las invade en formas diversas y acaba ocupándolas por entero? Porque yo pregunto ¿qué es la noticia policial sino un folletín en escorzo, con la trama que este desarrolla, con todos los crímenes, todos los robos y todos los atentados con que el folletín complacientemente adorna á sus héroes favoritos? Cuando se comete un *bello crimen*, es día de alegría: se lo anuncia en gruesos caracteres, se multiplica los detalles, se da el plano de los lugares, se cuenta la habilidad y la astucia del asesino, y se advierte á los que quisieran imitarle, los descuidos en que ha incurrido y que



le han hecho tomar preso. Para que no se pierda nada de ese drama real, vienen los periódicos ilustrados con sus figuras pintarrajeadas á exagerar la atrocidad de la escena, las condiciones de la víctima y el gesto del matador. Los criminalistas y los sociólogos dirán hasta que punto encierran peligro esas reseñas y exhibiciones. Dentro de cincuenta años, quizá dentro de ciento, si del exceso del mal brota el remedio, y así es como casi siempre se produce el progreso, del mismo modo como tenemos hoy ordenanzas de policía que reglamentan la extracción de las basuras y protegen al hombre contra el envenenamiento por sus propios residuos y excrementos, se prohibirá entonces bajo pena de multa, abrir y volcar en el corazón mismo de las ciudades la gran cloaca colectora de la sociedad moral humana. El hombre se envenena moral como físicamente por lo innoble que suda, espectora y expele y es un placer á fé mía, muy raro, el de recoger todo eso para servírselo á sí mismo y á los demás, como alimento».

Me amparo de la frase cruda y sincera del publicista francés para denunciar á la atención de los hombres de pensamiento de la República Argentina la extensión que entre nosotros vá tomando el mismo mal.

Si la literatura de folletín no hace grandes estragos entre nosotros, no á otra cosa se debe que á lo innecesario que ha resultado tal genero de literatura, desde que la vida real, en estas poblaciones mezcladas, ofrece día á día dramas más espeluznantes y tragicomedias más complicadas que las que pudiera imaginar el folletinista más empedernido.

Pero los efectos de semejantes folletines vividos son los mismos que se notan en Europa en cuanto á los folletines imaginados. Y es en primer lugar, que el procedimiento de sus autores y estoy por decir que su género de *talento* son sensiblemente idénticos. El secreto del folletín estriba en el cariño mal disimulado con que el novelista trata al pillo que toma por

protagonista de su relación; del mismo modo en las reseñas periodísticas al uso, el reporter no oculta su complacencia al reseñar las habilidades del falsificador ó la vehemencia del asesino pasional.

La honradez literaria de uno y otro escritor no tiene punto de comparación, pues el folletinista tiene (dentro del mal gusto de la profesión que ha elegido) el derecho de imaginar como mejor ó peor le place, al personaje que ha creado, mientras que el reporter policial procede—no menos imaginativamente—sobre una persona viva, cuyo nombre y domicilio dá y que cuando

sale de los diez días de incomunicación, es el primero en asombrarse de su propio retrato, tal como ha salido de las manos del periodista.

Todavía se complica más el asunto cuando se compara la influencia de los respectivos medios de colaboración del folletinista y del reporter.

El reporter que nunca procede solo, busca la colaboración del agente policial y en ocasiones (así se ha afirmado recientemente por abogados insospechables) de los mismos jueces. El pago de la colaboración es al contado y en forma de elogio descomunal y desmedido por cuya repetida virtud anda en boca de todos el nombre de funcionarios, oscuros de por sí y aun por el puesto que

ocupan, que por tales medios obtienen el olvido de faltas, descuidos y malos éxitos que abundantemente suelen cosechar como cualquier otro mortal.

El folletinista, pocas veces también, procede solo. Generalmente busca á un compañero de penas y fatigas al cual dá parte de la tarea con lo cual se llega á veces á las más extraordinarias combinaciones cómico-dramáticas.

Una vez, al que esto escribe le ha tocado colaborar en un folletín y gusta de contar aquí aquella notable aventura en que fué involuntario cómplice en un asesinato por mí cometido, un notable profesor español, afamado escritor de derecho penal, cuyo nombre he visto citado



Dr. Carlos Malagarriga

después repetidas veces en libros de Ferri y de Lombroso. Era entonces el tal, redactor traductor de un diario de Madrid que yo dirigía y que á la sazón publicaba en folletín una de las novelas más ñoñas y pacíficas del repertorio inglés para uso de institutrices aburridas ó imaginativas. Mi amigo el traductor, vertía diligentemente del inglés y por raciones diarias que enviaba á la imprenta, las aburridas peripecias de la condesa Tal y del Lord Cual, enredados hacia ya algunos folletines en el más soporífero de los flirts británicos cuando una noche se me avisa de la imprenta que faltaban dos columnas cortas del folletín. La hora era avanzada: no estaba el libro original en la redacción y el traductor que en el caso era doblemente *traditor* estaría durmiendo á pierna suelta. El conflicto era grave y traté de resolverlo. No leía yo la novela por lo cual tuve que darme cuenta de los últimos folletines publicados en que, como queda dicho, el Lord y la Condesa se habían trenzado en una de disquisiciones pseudo-psicológicas para uso de amadores platónicos (de guisos de liebre, sin liebre) que realmente enternece. La escena pasaba como es natural en la terraza de una villa situada en los alrededores de Niza, sobre aquella bendita cornisa en que el Mediterráneo se complace, etc., etc. (Véase una Guía Bedeker).

Decidido á continuar la novela, no me sentí con valor para proseguir haciendo equilibrios de frases dulzonas, (Bourget á la 6ª dilución homeopática) sino que, friamente, con toda la maldad de un criminal decidido á todo, procedí á matar á la Condesa.

Recuerdo que estaba esta enredada en no sé qué explicaciones sobre el amor á distancia, palmeras, estrellas, etc., etc., cuando de pronto hice que su almibarado interlocutor se levantara súbitamente y desenvainando un puñal atravesara con él la garganta de la Condesa.

Con cuya caída al suelo, gritos de los criados, fuga del matador y presentación de un médico búlgaro (?) rellené las dos columnas cortas de folletín que faltaban.

Supongo que los lectores del folletín se quedarían asombrados ante la explosión de salvajismo del Lord... y del autor. En cuanto al traductor hubo de pasarse una noche en vela para urdir no sé qué historias de curación lenta y casi milagrosa seguida de una sentimental convalecencia en que al final volvían á encontrarse el Lord y la Condesa en la misma terraza y reanudaban la antigua y aburrida conversación y con ella la trama de la novela si es que trama tenía, cosa que ya no me preocupaba y que no me curé de averiguar.

\* \*

No de modo más lógico proceden los autores de folletines y están en su derecho desde que el vulgo es necio y pues lo paga, es justo ha-

blarle en necio para darle gusto. Hablarle, sí, pero lealmente y diciéndole: esto es pura ficción.

¿Qué diremos en cambio de la novelaría corriente por los grandes diarios? Todos los días hay que dar algo á la fiera que pide pasto, y cuando no hay crimen sensacional se coje un aborto cualquiera, ó una pelea entre cuñados allá en los suburbios, y vengan títulos grandes y vengan capítulos y aparte y diálogos y lo que llaman en Francia *tout le tremblement*.

Los empleados de policía se prestan complacientemente á aparecer también con sus nombres y apellidos en esos folletines, *coté cour* por supuesto, lado de los personajes simpáticos á lo Rodolfo de *Los Misterios de París*.

Hemos llegado á esto: una pesquisa judicial se ha hecho con fotógrafo (al cual se ha nombrado por el juez como testigo del allanamiento de domicilio) y á los pocos días del *gran* descubrimiento de los *grandes* falsificadores, hemos contemplado con asombro en las revistas semanales las instantáneas del comisario y el bandido, aquel vestido de punta en blanco, de blanco y en su bicicleta y este con todas las agravantes de la ley, es decir despeinado, sin afeitar y sucio. ¡Claro, como no estaba en antecedentes de la visita!

\* \*

Estos días vuelve á hablarse del descrédito de la justicia de instrucción. Insisto en que el mal arranca de la colaboración de los reporters policiales en las tareas de la justicia y no digo de la de los funcionarios judiciales en las tareas de la prensa porque no creo en ella.

El día en que los jueces de instrucción se decidan á cerrar las puertas de sus despachos (no digo de sus oficinas, sino de sus despachos) á los reporters policiales, no desaparecerá la literatura policial pero perderá esta una colaboración eficaz.

Aquel día podrán los perjudicados por los con sabidos folletines reclamar á su vez y ante los mismos jueces de instrucción la debida reparación que hoy sería ridículo que se la pidieran.

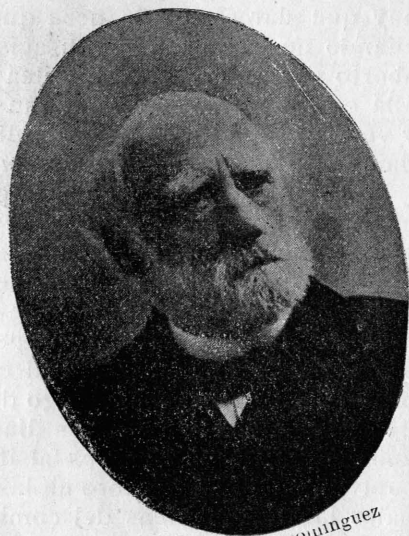
No con esto desaparecerá el mal de esa literatura: pero un mayor grado de elevación en las costumbres y una mayor educación del gusto estético de las multitudes podrán remediar lo que hoy parece irremediable.

Por de pronto cumpla cada cual con su deber y no vacile ante ninguna consideración de amistad ó de perjuicio propio y entrará la sociedad en vía de curación. Porque no se dude: el mal que causa la prensa es tan grande como el bien que pudiera hacer.

CARLOS MALAGARRIGA.



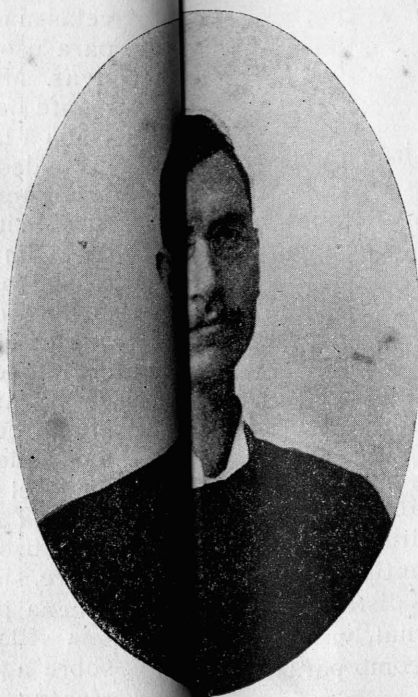
# Nuestros compañeros de trabajo



Dr. Jose Dominguez



Dr. Manuel Carles



Dr. G. Ferrero



Juan Vaccarich



Dr. Napoleon Colajanni



A. Hamon



Dr. Enrique Ferri



Bernard Lazard



Dr. Scipio Sighele



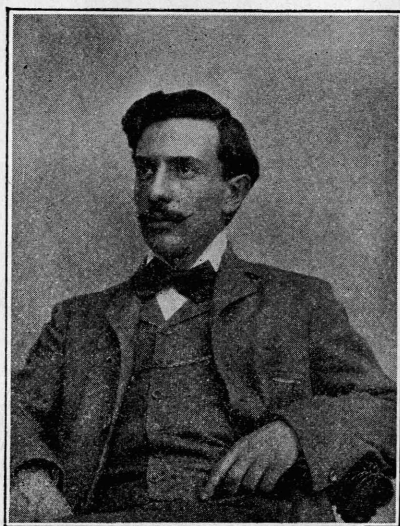
Dr. Melian Lafinur



# NUESTROS COMPAÑEROS DE TRABAJO

Nuestra mesa de redacción ha sido verdaderamente invadida, á último momento, por artículos, estudios, monografías especiales, enviados por antiguos y nuevos colaboradores de esta revista, para insertarse en el presente número extraordinario.

Entre los muchos nuevos compañeros de trabajo que han prometido una cooperación constante á nuestra publicación, citamos, en la República Argentina á los Drs. José M. Ramos Mejia, Jorge Argerich, Tomás de Veyga, Francisco de Veyga, Amadeo Gras Goyena y Sr.



D. C. del Campo

José S. Alvarez; en Francia, á Gabriel Tarde, Georges Saint Paul, M. Laupps y Maurice de Fleury; en Italia, Sergi y Mingazzini; y muchos otros escritores, abogados, médicos, magistrados, y eruditos en todos los ramos de las ciencias relacionadas con las materias que comprende el programa de nuestra publicación.

Lamentamos sobre manera no poder publicar en este número, para el cual no obstante no hemos ahorrado sacrificios, los brillantes trabajos que se nos han remitido desde Europa, América y aún de Australia, en cuyas Universidades tenemos ilustrados corresponsales, debido á la falta de tiempo y de espacio para su

inserción, y que por esta razón se irán publicando en los números sucesivos.

Lo mismo sucede con las fotografías de nuestros compañeros de trabajo, muchas de las cuales nos han llegado con retardo.

A este respecto; cúmplenos declarar que esta resolución de publicar en ocasión de nuestro primer aniversario, los retratos de cuantos han contribuido al éxito de esta Revista y de la bandera que ella ha enarbolado, no obedece á un espíritu de complacencia vulgar, sinó á la idea de simbolizar en un vínculo gráficamente eficaz esta nuestra convivencia espiritual en la obra de verdad que aproxima los continentes, las razas, los idiomas más lejanos y distintos, para fundirlos en un lenguaje fraternal, vasto como el mundo, que para la ciencia, como para el arte, no reconoce fronteras.

Este número no es más que un prospecto incompleto de lo que hemos de hacer en adelante, mejorando cada vez nuestro material y servicios si la fé y el apoyo del público que estudia y comprende, continúa como hasta hoy favorable á nuestra propaganda científica y humanitaria.

Entre las firmas que suscriben los trabajos recibidos que la falta de tiempo nos obliga á postergar para los números sucesivos, citaremos las de De Greef, Hamon, Sighele, Ferrero, Colajanni, de Fleury, etc. etc.

Los esfuerzos realizados y á realizarse aún á fin de llenar el vacío que ya se notaba en el país, por la carencia de una revista dedicada especialmente á esta clase de estudios, exigen la contribución de cuantos anhelan el progreso científico, y por ello no dudamos que «Criminología Moderna» dispondrá, como hasta hoy, de todos los datos y elementos que nuestros colaboradores han menester para la prosecución de la obra emprendida.

Reciban intertanto todos los cultores de la ciencia, tanto del país como del extranjero, que han aportado á esta obra su contributo, nuestro fraternal saludo.

LA DIRECCIÓN y LA REDACCIÓN.



## El saludo de un amigo

*Señor Director de CRIMINALOGÍA MODERNA.*

Con el número extraordinario que inicia su

darte del progreso jurídico de nuestro país en la prensa que difunde la ciencia y el amor por la verdad y la justicia.

La promesa que yo hago á mis compañeros de trabajo del país y del extranjero es la de



Dr. SERVANDO A. GALLEGOS

segundo año de vida, reciba CRIMINALOGIA MODERNA el saludo de un amigo sincero.

El recargo de trabajo en el Juzgado de Instrucción á mi cargo, me impide colaborar, como sería mi deseo, en la compilación de este número, que auguro resultará como fúlgido estan-

contribuir en la mejor forma que me sea posible á esta obra fraternal de lucha científica contra la delincuencia, lucha en la que se hallan ligados hombres de idioma y de nacionalidad diversa.

SERVANDO GALLEGOS.



## Criminología é higiene

La higiene y la criminología tienen más de un punto de contacto, aun prescindiendo de aquellos fenómenos sociales, tales como la prostitución y el alcoholismo, que son materia común de las investigaciones de las dos ciencias.

En el pasado, la medicina tenía por fin principal y casi exclusivo combatir las enfermedades cuando ya se habían desarrollado y amenazaban la integridad del organismo; así como hasta los últimos tiempos el único fin de las doctrinas criminales era el castigo del delito, cuando ya se había producido, sea que la pena saliera del concepto antihumano de la venganza social, sea que tuviera su fundamento en el más moderno de la defensa social. Hoy la medicina, ensanchando sus confines, tiende, cada día más á hacerse de curativa, profiláctica: é igualmente la criminología mas que de poblar las cárceles de delincuentes, trata de estudiar los orígenes del delito para enfrenar sus causas y prevenir su desarrollo.

Para las enfermedades como para los crímenes existe un conjunto de factores individuales y sociales, de causas endógenas y exógenas, que en muchos casos se confunden entre sí para unos y otros, de manera que la moralidad y la delincuencia resultan muchas veces producto de las mismas causas.

La hereñcia patológica puede influir igualmente sobre la enfermedad como sobre el crimen, siendo en muchos casos los dos hechos como los exponentes ó aun los equivalentes de un mismo orden de fenómenos, comprendidos bajo el nombre de degeneración. Turati ha insistido sobre la influencia que pueden ejercer bajo condiciones económicas de una población sobre el génesis de los crímenes; y la miseria es uno de los factores más importantes é incurables de las malas condiciones higiénicas, de la mayor predisposición á enfermarse y á morir. La teoría de Vaccaro que considera al criminal como un individuo que no se puede adaptar á las leyes que constituyen nuestro ambiente social, encuentra quizá un correspondiente en los fenómenos de aclimatación, por los cuales los diferentes individuos tienen en diverso grado el poder de adaptarse á nuevas condiciones cosmológicas, y muchos sucumben á las causas morbosas de un ambiente que no es el suyo.

Sin embargo la higiene derivando directamente de la medicina, como ciencia de experimento y de observación, ha podido recorrer rápidamente su camino y pasar de las investigaciones teóricas á las prácticas aplicaciones. En cambio la criminología, teniendo su origen primero en las ciencias morales y siendo considerada hasta los últimos tiempos como un ramo del derecho penal, tiene todavía que luchar contra los errores del pasado, contra las viejas teorías de la escuela clásica y del apriorismo metafísico. Conozco mas de un magistrado que presta una confianza ilimitada al médico cuando le habla del mundo de lo infinitamente pequeño que el nunca ha visto, y que desconfía ó se ríe del mismo sabio, cuando, como perito-médico legal, trata de aplicar á un delincuente los métodos de la antropología criminal. En el primer caso, tratándose de cosas que le son desconocidas, el magistrado está dispuesto á aceptar la opinión de quien sabe: mientras se niega á reconocer la misma autoridad, tratándose de argumentos que el cree reconocer.

Así se explica como la higiene y la criminología, teniendo muchos puntos de común en teoría, estén tan lejos

en la práctica; y como á la rápida y progresiva disminución de la mortalidad, que se verifica en todos los países civilizados, contrasta el espantoso incremento de la delincuencia. Un ejemplo vale para todos.

No cabe duda que como hay contagios de naturaleza física existen también contagios morales, tan peligrosos los unos como los otros.

Partiendo de los modernos conocimientos sobre la propagación de las enfermedades contagiosas en los últimos años, se ha modificado profundamente el régimen de los hospitales. A los grandes edificios que en sus vastas salas encierran toda clase de enfermedades, y ponen individuos afectados por padecimientos banales, fácilmente curables, al lado de otros que llevan en su organismo los gérmenes transmisibles de graves infecciones, se va sustituyendo el método racional de salas y pabellones distintos, según la clase de enfermedad, hasta separar en hospitales especiales algunos enfermos que pueden ser origen de contagio; siendo un precepto imprescindible de higiene hospitalaria, garantizar al enfermo que en el establecimiento en donde pide ser asistido de una enfermedad, no esté expuesto á contraer otra.

Semejantes principios, *mutatis mutandis*, deberían aplicarse á las cárceles: pero, ¿cuántas naciones, á pesar de los esfuerzos de los cultores de las doctrinas carcelarias, pueden alabarse de haber inscripto estas medidas en sus leyes, y lo que es más importante, de practicarlas? Cuántas veces en una misma pieza, en el obscuro calabozo de una cárcel, junto con los delincuentes natos ó habituales, se encierran delincuentes de pasión ó de ocasión es decir hombres relativamente honrados, á los cuales ha empujado al delito un simple instante de olvido de una ley moral superior, á la cual han obedecido por toda su existencia, ó se mezclan con los hombres que han recorrido toda la espantosa vía del crimen, los menores que podrían todavía corregirse de un primer error y á quienes la sociedad, antes que una vía de salvación y de emienda, proporciona una escuela de delito y expone á un continuo contagio moral, del cual difícilmente podrán salir inmunes.

Los *sustitutivos penales* son en el orden criminal lo mismo que las obras de saneamiento en el orden higiénico, tratando de sustituir un ambiente viciado en que la enfermedad ó el delito encuentran las circunstancias más favorables á su desarrollo y propagación, por otro más puro y vivificador, que permita al organismo su normal funcionamiento así físico como intelectual y moral. Y muchos de los *sustitutivos penales* concuerdan y son idénticos á las medidas que la higiene aconseja. Las leyes que tratan de reglamentar la fabricación de las bebidas alcohólicas ó de limitar su despacho, las que tienden á limitar la prostitución ó á vigilarla; todas las disposiciones que tienen por objeto asegurar á las clases menesterosas una alimentación mejor y más barata, valen igualmente para la profilaxia del crimen y de las enfermedades.

En un porvenir no lejano, en una sociedad mejor y más racionalmente organizada, higiene y criminología deberán darse la mano y acumular sus esfuerzos para disminuir igualmente las enfermedades y los delitos, reduciéndolos al mínimum de la morbilidad y de la delincuencia inevitable. ¡Y cuántos padecimientos y cuántos crímenes son evitables!

FERRUCCIO MERCANTI.



Dr. Ferruccio Mercanti



## Estudios Grafológicos

"La Graphologie peut devenir d'un grand secours aux magistrats, aux hommes".—*Un conseiller à la Cour d'appel de Bordeaux.*



### AUTÓGRAFO DE ALCIRA BONI

En el sensacional proceso que se le ha seguido, por asesinato á su amante Pedro Introwich, figura la carta que sigue escrita por ella y dirigida á su defensor el Dr. D. Marcelino Torino y que ha servido de base para el estudio grafológico.

*Distinguido.*

*Señor. Torino.*

*Perdóname Gabrielito que me  
torno para escribirte esto  
Señor porque lo amaba mucho..  
este por mi Pedro Juan Introwich  
lo hubiera... perdido mi vida y mi  
sangre... y también mi querido,  
padre... no quería que este por mi,  
fuera mi prometido..*

*Dios me quitó todo el sentimiento  
Deleprecuriño yá mi vida  
no me seclar cuenta como de  
Venuto Lammario y tiró el tiro  
yo esto no lo echo para matarlo  
si no para sustarlo. pero me  
hubiera querido que hubiera sido,  
muerto como mi querido y  
me dijo que esta barrunta,*





Adolfo Aldao

### Análisis

Líneas sinuosas .....	Flexibilidad de carácter.
—	—
Escritura totalmente compuesta de curvas, sin firmeza en los rasgos. Letras mal formadas, á menudo formadas á medias.	Apatía.
—	—
Altura diferente de las letras. Ninguna rigidez ni en el movimiento de la palabra ni en el movimiento de las líneas, pocos rasgos que concluyen en ángulo recto. Letras que varían completamente de altura en las palabras.....	Carácter caprichoso.
—	—
Gran desórden en la escritura, perdiéndose los finales, forma excentrica de ciertas letras.....	Carácter exaltado con tendencia á la locura.
—	—
Rayas á lo último de las <i>t</i> y en forma curva.....	Dominación y terquedad.
—	—
Márgenes irregulares .....	Falta de órden.
—	—
Movimiento descendente de las líneas de la escritura.....	Abatimiento.
—	—
Rebuscamiento de adornos superfluos en la escritura. Las cabezas de ciertas letras tienen un pequeño crochet en forma de vuelta, igualmente que algunos finales. Frecuentemente las letras están combinadas contrariamente á lo que indican las reglas caligráficas.....	Afectación.
—	—
Forma inarmónica de las letras. Las <i>b</i> con bucles grandes y contorneadas. Niaguna proporción preside á la formación de los caracteres. La página entera tiene un conjunto de mal gusto.....	Vulgaridad.

Adolfo Aldao.

Señor doctor Pedro Gori.

Mi distinguido colega:

He recibido una circular suscrita por Vd. y concebida en términos tan elogiosos para el destinatario, que es como para no darse por aludido.

Pero, prescindamos de la forma y vamos al fondo, lo que le será sumamente fácil al que no ha nadado jamás en el anchuroso piélago de la criminalología moderna.

Ante todo é inter nos: ¿es Vd. un convencido?

Cuando vino Vd., días pasados, á mi despacho, observé detenidamente su fisonomía en la que predominan, dentro de un marco de bondad, la fina ironía y el escepticismo profesional.

Formulé entonces este juicio: el Dr. Gori se ocupa de criminalología, como podría hacerlo de cualquier otra ciencia; es su distracción intelectual preferida; pero, ¿es, realmente, un apóstol? ¿pondría su mano al fuego por la verdad incontrovertible de las teorías que tan brillantemente sostiene?

Creo, estimado doctor, que en materia de derecho, nadie sería Scévola, por la sencilla razón de que, para ser buen jurista, es preciso, ante todo, no ser *manco*.

En cuanto á mí, declaro ingenuamente, que en la árdua ciencia nueva, mis dudas llegan hasta la incredulidad. Lo atribuyo á mi falta, casi absoluta, de preparación, y en segundo término, á un fracaso que conmovió mi fé de catecúmeno, en tiempos en que el syllabus me parecía la cosa más razonable del mundo.

Estudiaba derecho penal con un sectario acérrimo de Lombroso; y como los periódicos dieran cuenta de varios crímenes perpetrados por un sujeto, hijo, decíase, de un ilustre bandido, mi compañero obtuvo permiso para analizar antropológicamente al procesado, según las últimas indicaciones del maestro.

El preso fué sometido á un interrogatorio inquisitorial; remontamos á sus antecedentes *ab oro*; se le mensuró con una cinta de hilera, como no lo hubiera hecho mejor el grotesco Bertillon de Rennes. ¡Qué cráneo! observaba mi condiscípulo, ¡qué mandíbula! ¡qué frente! ¡qué pómulos! ¡toda

una herencia criminal que arrancaba desde el bisabuelo!

Escribió un folleto que aun debo conservar entre mis reliquias estudiantiles. En ese opúsculo Lombroso triunfaba en toda la línea ascendente y hasta en la colateral.

Pero... investigaciones más prolijas revelaron de una manera evidente, que aquel sujeto no era hijo del *pater quens nuptia demonstrat*, sino de un virtuoso sacerdote.

El autor recogió la edición, felizmente intacta en los estantes del librero, y convinimos en que, dada la promiscuidad en que viven los criminales, la teoría de la herencia reposa sobre una base insegura, como la de saber, á ciencia cierta, cual es el padre; problema que aún entre gente reputada honesta, suele ser de difícil solución.

De ahí, mis temores, mis vacilaciones que, desgraciadamente, se extienden á todo lo que no se impone á la razón de una manera evidente, triunfal, como la luz á los ojos.

He soñado siempre con una justicia sencilla, patriarcal, reducida á unas cuantas máximas de derecho, claras, concisas; una especie de evangelio del *suum cuique*, predicado por hombres rectos y de buen criterio.

Desgraciadamente, la jurisprudencia moderna es como la teología de la edad media. Me espanto, cuando al contemplar mi biblioteca, semi-virginal, pienso que todos esos volúmenes han sido creados contra la perversidad humana; y si me dedito á *vol d'oiseau* sobre las doctrinas de que soy colaborador... en las tapas de la Revista, suelo preguntarme cual sería el tipo lombrosiano de Adán, progenitor de todos los criminales natos, desde el Génesis, siendo así que el presunto padre de la humanidad fué hechura directa de Dios, como el delincuente de mi compañero de estudios, lo fué de uno de sus ministros sobre la tierra.

Por eso, me he permitido suponer que Vd. suscita como erudito, teorías que le sería muy fácil combatir victoriosamente; pero, que Vd. no lo hace, porque es bueno; porque es humano, porque es noble buscar una atenuación á la maldad universal, en causas heredadas y fatales.



Dr. A. M. Larroque.



Disculpe Vd., mi estimado doctor, estas líneas que constituirán para muchos una grave irreverencia en un libro en que ofician los grandes pontífices de la ciencia penal.

Al revés de los que aman las capciocidades de la jurisprudencia y se deleitan en su nebulosa exposición, yo rehuyo esos estudios que revelan nuestra pequeñez de razón y nuestro poder de sofisma.

Tan es así, que á cierto amigo que escribe con sólida erudición, una obra sobre «si la posesión es un hecho ó un derecho», le he cobrado cierto recelo invencible, y al verlo engolfado en el maremagnum de su material de consulta, es caso de averiguar si la posesión de sus facultades es un hecho... ó una hipótesis.

Pero, si dudo, si soy incrédulo en criminalología, en cambio, creo en su bello talento, y le rogaré que, á su vez, tenga Vd. plena fé en el aprecio de su afmo. colega

A. M. LARROQUE.

## El Jurado en materia criminal <sup>(1)</sup>

### Su implantación en la República Argentina

Freno para el crimen, seguridad para la inocencia, garantía para la sociedad, tales son las ventajas del procedimiento por jurados.

*Henrion de Pensey.*

El procedimiento por jurados constituye la línea que separa á una nación de esclavos de una nación de hombres libres.

*R. Phillips.*

Es fuera de duda, para los que han estudiado la institución del Jurado en su aplicación, que ella contribuye á formar el carácter independiente en los ciudadanos, y que su práctica es uno de los mejores medios para difundir la enseñanza de la moral y del derecho.

Además, de todos los procedimientos usados para la aplicación de las leyes penales, el que mejores resultados ha proporcionado á los pueblos es el juicio por jurados.

Sin embargo su adopción ha tenido adversarios, tanto en Europa, como en la América española: fanáticos algunos; pero al fin la institución ha triunfado, con la fuerza de la verdad, imponiéndose como indispensable para la buena administración de justicia en lo criminal en todos

los pueblos civilizados de Europa: la Turquía no tiene el jurado.

No es de sorprenderse.

Más tiempo demoró el cristianismo para abrirse paso entre los gentiles.

Actualmente, la mayor parte de los que han combatido esta institución, salvadora del derecho y de la libertad, reconocen sus beneficios, y la facilidad de implantarla, aun en pueblos de escasa civilización.

Hace más de cuarenta y cinco años que el Congreso Constituyente de la República dispuso que se establecería el juicio por jurado; y apesar de tantos años transcurridos, y de algunos proyectos presentados al Congreso Nacional, la Nación carece de tan importante institución.

El espíritu reaccionario y conservador ha prevalecido, deteniendo el progreso de nuestros procedimientos criminales, usando del argumento de que se valía don Juan Manuel de Rosas, para impedir que la República se diera su Constitución Política y la organización del Régimen Federativo: *el pueblo no está preparado.*

Así pensaba también el señor doctor Obarrio, al presentar el proyecto para el procedimiento criminal.

El pueblo que no ha estado en posesión de su libertad; el pueblo que ha vivido bajo la tutela del gobierno, como el pueblo romano de la época de los emperadores, por cierto que no está preparado para gobernarse con las instituciones más adelantadas; pero es cierto también que esa preparación no se adquiere sino con la práctica. El gobierno de sí mismo no es obra de la teoría. Jamás ningún pueblo ha aprendido á gobernarse y á defender sus libertades solo por la enseñanza de los libros, ó por la palabra de los maestros.

Los americanos del norte no habrían arrojado el té á la mar por solo escuchar los discursos de sus fogosos tribunos y oradores.

Lo hicieron porque habían heredado de sus padres los hábitos del gobierno propio.

Cuando en 1811 se estableció el jurado en la isla de Ceylam, aquella población estaba mucho más atrasada que la de los pueblos Argentinos: se componía de elementos heterogeneos, por su origen, y de creencias religiosas diferentes. Los Holandeses y los Portugueses, que hasta entonces habían gobernado allí, solo habían establecido el juicio criminal secreto de los tribunales impersonales en primer grado.

El Gobernador Inglés, en la fecha indicada, Sir Alexander Johnston, luego que se recibió de su alta investidura, estableció el juicio por Jurados; entrando á formarlo los naturales y los mestizos, y desde los primeros años dió excelentes resultados.

(1) V. núms. 1º y siguientes.

Informando al Gobierno Inglés, sobre los resultados de tan sabia innovación, decía lo siguiente:

« Todos los naturales que concurren á formar los tribunales adquieren por este ejercicio tales luces sobre el modo de proceder, y sobre las reglas para apreciar las pruebas, que desde el establecimiento del juicio por jurados, el gobierno ha hallado, entre los que sirven de jurados (tanto entre los mestizos como entre los naturales) algunos de los magistrados más espertos y más respetables del país.»

Después de haber demostrado que esta innovación importaba una gran economía para el Estado, continuaba diciendo en su Informe:

« El hecho de la inscripción del nombre de una persona en la lista de jurados, es una prueba de la integridad de su carácter, y el individuo apela á ella cuando su reputación es atacada, ó cuando solicita un empleo del gobierno. Como las listas son revisadas para cada sesión por la Corte Suprema, ellas obran como el móvil más poderoso sobre el espíritu del pueblo de las campañas, haciéndolo más atento y observador, que lo que antes lo había sido, para no apartarse de la verdad. El derecho de sentarse en los *jurys* ha dado á los naturales de Ceylan una estimación por su buen nombre, que jamás habían tenido, y ha mejorado de una manera muy notable sus sentimientos morales....»

Ocho años después de haberse establecido el jurado, el sucesor de Sir. A. Johnston atribuía á esta causa la disminución de los crímenes: «principalmente, y sobre todo, á la introducción de los juicios por jurados.»

Y no es este el único ejemplo, que con su elocuente realidad, basta para combatir el espíritu excesivamente conservador, de los que piensan, que el pueblo Argentino no está preparado para recibir tan benéfica institución.

Cuando en 1801 se aplicó en Escocia, para lo civil, encontró grandes resistencias su establecimiento: sus opositores predecían los peores resultados. Sin embargo el jurado en lo civil produjo en Escocia el mejor éxito.

Implantado en 1816 en la India Inglesa, dió también buenos resultados.

Establecido en Sierra Leona, en las costas de Africa, componiéndose de blancos y negros, el éxito fué satisfactorio.

El año 1829, la Inglaterra estableció el jurado en la isla de Malta, funcionando también con buen éxito. «En esta isla de Malta, mitad europea y mitad africana, en esta isla cuya población indígena había sido envilecida, embrutecida por la Orden de los caballeros de Malta, cuya nueva población se componía de una multitud de elementos diversos, en la

que no había ni instrucción, ni uniformidad de lenguaje, apesar de todas las dificultades, de todos los obstáculos imaginables, el jurado se ha establecido y funciona sin ningún inconveniente.» (Rossi, curso de Derecho Constitucional, tomo II, pág. 98).

En Italia, el jurado tuvo también sus opositores, fundados en consideraciones semejantes á las manifestadas por el señor doctor Obarrío; pero al fin triunfó la buena doctrina, y el jurado ha dado en todas las provincias italianas el mejor resultado. «No he creído, decía Napoleón, el 7 de Junio de 1805, al Cuerpo Legislativo, que las circunstancias en que se encuentra la Italia, me permitan pensar en el establecimiento del jurado.»

La misma teoría de don Juan Manuel de Rosas.

Para los déspotas jamás está el pueblo suficientemente preparado para gobernarse.

Como si el despotismo fuese buena escuela, para que el pueblo se eduque y aprenda á manejar las instituciones liberales del gobierno propio.

Cuando el gobierno italiano proyectó establecer el jurado en la provincia de Nápoles, el senador Vacca opinaba que aun no estaba preparado el pueblo: sesión del 14 de Enero de 1862.

Un año después, ocupando el alto puesto de procurador general, habíase convencido con la práctica de que su opinión no estaba en la verdad.

En una circular que, en el mes de Setiembre de 1863, dirigió á los Agentes del M. Público, en la misma provincia de Nápoles, les decía lo siguiente.

« Es digno de grandísimo aplauso el inteligente y celoso concurso que se nota diariamente en la obra de los jurados. Así es que bien puede afirmarse, que la nueva institución ha entrado ya en la conciencia pública.»

El renombrado criminalista Mittermayer, que en el año de 1847, hizo algunas objeciones contra el jurado, (que ya se trataba de establecer en algunos pueblos de Alemania), después de hacer un estudio detenido y nuevas observaciones, modificó sustancialmente su juicio.

« Elegido Relator de la Comisión compuesta de jurisconsultos de opiniones diversas, tuve ocasión (dijo posteriormente) de hacer nuevas investigaciones sobre el valor del jurado; me puse en correspondencia con algunos amigos de América, de Inglaterra, de Francia y de Bélgica y en una extensa memoria dirigida á la grande asamblea de Lubeca expresé la convicción, que el jurado oportunamente establecido, es el mejor medio para



« obtener, en materia criminal, decisiones que merezcan la confianza pública... El año de 1848 dió un poderoso impulso á tal aspiración de la ciencia; en 1849 fué establecido el jurado en la mayor parte de la Germania; y la opinión general está plenamente satisfecha de su acción.»

« De modo que hoy, escribía el jurisconsulto Francisco Saluto en 1877, no solo la Alemania y la Dinamarca, según su última constitución, sino que hasta el más absoluto Monarca de Europa, el autócrata de Rusia, ha introducido en su imperio la misma institución.»

Coment. al Cod. de Procedimiento italiano: tomo 1º pág. 17.

En la República Oriental se estableció el jurado por el decreto del 31 de Diciembre de 1878; y desde el mes de Mayo del año siguiente funciona con buen éxito.

En el Brasil hace algunos años que funciona el jurado, en las provincias y en la Unión Federal. El artículo 1º del decreto sobre consolidación de las leyes de la Justicia Federal, dispone:

« Art. 1º. La justicia de la Unión es administrada por los siguientes jueces y tribunales:  
« Supremo Tribunal Federal.

« Jueces Seccionales, Sustitutos y Suplentes.  
« Tribunales del Jurado.»

El Capítulo III, reglamenta la organización y procedimiento ante el jurado.

En España, poco después de la revolución liberal contra la reina Isabel, se estableció el juicio por jurados para lo criminal. En virtud del decreto firmado por el rey Amadeo, el 22 de Diciembre de 1872, debió empezar á regir desde el 15 de Enero del siguiente año 1873.

Desgraciadamente por no haberse organizado inmediatamente los tribunales llamados de Partido, la institución del jurado no entró inmediatamente en vigencia, y la restauración Borbónica de 1874 decretó la suspensión del juicio por jurados.

Sin embargo, por sobre la costumbre inveterada y las preocupaciones de la vieja escuela, el espíritu nuevo hizo camino y al fin funciona en España esa gran institución: que es á la vez fuente de enseñanza de la moral y del derecho, y el medio más eficaz de levantar el concepto de la dignidad personal en los que son llamados á desempeñar las sagradas funciones de jueces.

« Se explica, dice el señor doctor Obarrio, que el jurado en Inglaterra sea una gran institución. El carácter de este pueblo, sus costumbres, su educación, sus tradiciones, sus tendencias, lo colocan en condiciones especiales para hacer del jurado una verdadera

« garantía del recto discernimiento de la justicia. Pero en un país como el nuestro, que recién entra, puede decirse, en la práctica de las instituciones libres, que no tiene todavía el hábito, aunque sea doloroso confesarlo, del propio gobierno; en que los ciudadanos, lejos de abrigar inclinaciones por el desempeño de esta clase de cargos, lo miran no solo con indiferencia, sino con aversión, por los deberes que imponen y las responsabilidades que entrañan; en un país, en que el jurado, aun para los simples delitos de imprenta, no ha pasado de un ensayo sin resultados satisfactorios, no sería posible dar á esta institución una vida estable, conveniente y eficaz.»

Ya hemos visto que en pueblos de muy diferentes costumbres á las del pueblo inglés, se ha introducido el jurado, obteniendo éxito completamente satisfactorio. Ninguno de los pueblos del continente europeo, en que se ha establecido el jurado ha tenido más hábitos de gobierno propio, que en la República Argentina. La isla de Ceylan, la isla de Malta, en donde el jurado ha producido excelentes resultados desde el primer año de su introducción, no tenían hábitos del gobierno propio; ni su estado de cultura podía igualarse al que tienen actualmente las provincias argentinas.

El ensayo del jurado, que, para los delitos de imprenta, se ha hecho en algunas provincias argentinas desde 1828, no puede invocarse como un argumento para demorar el establecimiento de tan importante institución; puesto que, ninguna provincia, sin exceptuar ni la de Buenos Aires, ha tenido hasta hoy el jurado convenientemente establecido. Solo hemos tenido una caricatura del jurado, en vez de tener el verdadero jurado, que garante la pronta y recta administración de justicia, independiente de toda influencia nociva.

Por otra parte, la historia del pueblo inglés nos enseña que una de las instituciones fundamentales, que más han contribuido á formar la energía en el carácter de los ciudadanos ingleses, y arraigar allí el sentimiento de la justicia, ha sido la práctica del jurado, en la que los ciudadanos son los mismos magistrados, que aplican el castigo á los que perturban el orden público con sus delitos, ó injurian el derecho y la libertad de los demás. «La institución del jurado permanece popular desde el establecimiento de los anglo-sajones; se la considera como uno de los fundamentos de su constitución social»: F. Le Play, La Const. de Ingl., tomo 2º, pág. 28.

¿Cuál era el estado de cultura en Inglaterra en esa época?

Los ingleses no tenían entonces los hábitos del gobierno propio.

David Hume describe las costumbres de los anglos-sajones, en los primeros tiempos de su conquista, en el siguiente párrafo:

« Por lo que hace á las costumbres de los anglos-sajones, todo lo que de ellos sabemos es que el pueblo era, en general, grosero, tosco, sin ningún conocimiento literario, inhábil en las artes mecánicas, indócil á las leyes y al gobierno, cuyo yugo no estaba acostumbrado á sobrellevar; en fin dado á la destemplanza, á los vicios y al desórden: su mejor prenda era el valor militar, no regido por disciplina alguna. La lealtad de los anglos-sajones á sus príncipes ó á cualquiera que se fiaba de ellos, se hallaba probada en la historia de sus últimos tiempos, y su falta de humanidad en toda su historia: aun los mismos historiadores normandos, á pesar del atraso de las artes en su propio país, no hablan de los anglos-sajones más que como de una nación bárbara, cuando cuentan la invasión en ella del duque de Normandía. Aquella conquista puso al pueblo en estado de ir recibiendo de fuera lentamente las primeras nociones de la ciencia, y de suavizar poco á poco sus feroces y corrompidas costumbres. » (Historia de Inglaterra, tomo I página 168.) En la página 149 nos dice lo siguiente:

« En un pueblo turbulento, militar, tan enemigo del comercio y de las artes, tan poco acostumbrado á los trabajos de la industria, la justicia generalmente se administraba muy mal, y parece que la violencia y la opresión reinaban sin impedimento alguno. El excesivo poder de la aristocracia agrababa aquellos desórdenes, que por su parte contribuían á aumentar aquel. Los ciudadanos no osaban contar con la protección de las leyes, se veían reducidos á consagrarse al servicio de algún *chieftain*, cuyas ordenes seguían, aun cuando les mandasen trastornar el gobierno y molestar á sus paisanos; en recompensa, aquellos patronos los protegían de los insultos ó las injusticias de los extranjeros. »

Tal estado de cultura y civilización no es por cierto superior al de las provincias argentinas.

Cierto es que durante muchos años el jurado inglés no marchó con la regularidad que marcha actualmente; pero es indudable que desde los primeros tiempos dió allí muy buenos resultados; por eso es que los ingleses lo han considerado siempre como el mejor procedimiento para la aplicación de las leyes penales.

## II.

En Italia y en Francia el jurado ha ofrecido en su primer tiempo algunos casos de verdadero escándalo judicial; pero son muy nu-

meros los que podríamos citar dados por nuestros jueces del crimen y nuestros jueces correccionales. Voy á recordar uno entre muchos.

En una de las provincias argentinas, era el año 1876, existía un batallón de línea (contra el espíritu y la letra de la Constitución Nacional), y para el juzgamiento de los oficiales y soldados que componían el batallón, se había creado un tribunal compuesto de oficiales del mismo batallón, con las atribuciones de un Consejo de Guerra. Ante ese Consejo ó comisión especial fueron juzgados dos ciudadanos, que no formaban parte del batallón, por *tentativa de conspiración*, y sin que se hubiesen defendido, de ninguna manera (porque los defensores de los dos reos presentaron escritos declinando de jurisdicción y patentizando lo inconstitucional de tal tribunal), fueron condenados á *tres años de trabajos* forzados. El Tribunal Superior de Justicia de la Provincia, compuesto de tres abogados, ante el cual se interpuso el recurso de nulidad y apelación, declaró por unanimidad de votos, que no había nulidad en el fallo recurrido, confirmando por considerarlo justo. Vive aun el defensor de uno de los reos, y es actualmente redactor de un diario.

¿Qué error de mayor calibre puede cometer un jurado de legos?

Traigo este penoso recuerdo como una réplica al argumento, que hacen los opositores al jurado sobre el peligro de que un tribunal de legos está expuesto á cometer graves errores.

Es de advertir que el escrito sobre declinatoria de jurisdicción, se había agregado al proceso sin ninguna providencia. Y al día siguiente de presentado se dictó esa sentencia brutal.

Y no es este el único ejemplo, que podemos presentar, de sentencias dictadas por jueces de derecho, dignos de figurar con ventaja al lado de la que condenó á Cristo.

Tal objeción en contra del establecimiento del jurado, ha sido victoriosamente contestada, no solo en los parlamentos en que se han discutido las leyes sobre la instalación, sino también en los varios tratados que preconizan las ventajas indiscutibles del juicio por jurados.

« Adversiones hipotéticas, suposiciones atrevidas, y conclusiones sin valor, ha dicho el jurisconsulto Masson, hé ahí á lo que se reducen todas esas alegaciones desfavorables al jurado. »

Y luego agrega:

« Todo alegación contra el jurado, toda crítica contra los resultados de su práctica, no puede ser mas que un acto de oposición sis-



« temada y de calculada malevolencia, ó bien  
 « de ligereza y presunción... Si una sospecha  
 « puede hoy daros el derecho de decir, que tal  
 « veredicto ha infringido el artículo 342 del Có-  
 « digo de instrucción criminal; es decir, que los  
 « jurados han sido influenciados por la consi-  
 « deración de la pena: mañana podréis, en vir-  
 « tud del mismo derecho, imputarles que han  
 « absuelto al acusado por ineptitud, ligereza ó  
 « corrupción.»

Consideraciones sobre el respeto debido á las declaraciones del jurado, pág. 79.

Ninguno de los partidarios del jurado pretende que sus veredictos sean infalibles. Lo que sostenemos es que ofrece incomparables ventajas y beneficios sobre el sistema de los juzgados impersonales y llamados de derecho.

Resistir una reforma preceptuada en la Constitución Nacional, porque está expuesta á peligros, es aferrarse á preocupaciones que cierran la puerta al progreso: es oponer una valla al cumplimiento de un mandato constitucional, reiterado en casi todas nuestras leyes fundamentales.

### III.

Al presentar su proyecto de Código de Procedimientos en materia criminal el distinguido jurisconsulto doctor Obarrio, dijo en su nota informativa: «ninguno de los poderes públicos  
 « ha creído que hubiere llegado el momento de  
 « sancionar el establecimiento del jurado para  
 « los juicios criminales.

« Este hecho, que no puede considerarse como el resultado de una inacción culpable,  
 « importa la manifestación de una opinión uni-  
 « forme y conciente, respecto de la inoportu-  
 « nidad de radicar todavía entre nosotros una  
 « institución de este género.»

Hay en esto una apreciación equivocada.

El proyecto estableciendo el juicio por jurados fué redactado por los doctores don Victorino de la Plaza y don Florentino Gonzalez, en virtud de comisión dada por el presidente de la república, en cumplimiento de una ley del Congreso de 1871; y si el proyecto no entró á discusión en la Cámara de Diputados, á cuyo estudio lo pasó el P. E. en 1873, no fué porque se considerase inoportuno. Fueron razones de orden muy diferente las que decidieron á la Comisión de la Cámara de Diputados á aconsejar su aplazamiento. Tuve el honor de formar parte de esa comisión, y á su nombre pedí el aplazamiento de ese importante proyecto.

Formaba parte de la misma Comisión el actual ministro de relaciones exteriores, doctor don Almancio Alcorta.

Se había encomendado á una comisión de jurisconsultos la misión de presentar un proyecto de Código Penal para toda la República, por no haberse aceptado el que había presentado el señor doctor Tejedor. Formaba parte de esa comisión el doctor don Sixto Villegas, con quien cambiamos ideas varias veces, tanto sobre el proyecto de la ley de fondo que él y sus colegas debían presentar, como sobre el proyecto organizando el jurado y estableciendo el procedimiento respectivo, presentado por los doctores Gonzalez y de la Plaza.

El doctor Villegas era de opinión que debía sancionarse primero el Código Penal, y que el proyecto de ley para el jurado debía modificarse substancialmente; estableciendo solo el jurado de juicio, como lo tienen los países del continente europeo.

Estudiando el proyecto de la Comisión de la Cámara de Diputados, aceptó ese temperamento; y fué encargado de informar á su nombre.

Ninguno de los miembros de la comisión fué de opinión, que el país no estuviese preparado para el establecimiento de tan importante institución; por el contrario, el proyecto presentado por los doctores de la Plaza y Gonzalez solo comprendía los hechos correspondientes á la jurisdicción federal de acuerdo con el decreto de su nombramiento; y la mayoría de la comisión opinaba que debía hacerse extensivo á todos los delitos de carácter grave, sin limitarlo á la jurisdicción nacional, para cumplir así el artículo de la Constitución de la República, antes mencionado.

Suponiendo que el inciso 11 del artículo 67 de la Constitución pudiera dejar duda, sobre si la ley del juicio por jurados debe abrazar todos los delitos de carácter grave, que se cometan en la República, ó si debiera limitarse únicamente á los de la jurisdicción nacional; el artículo 102 establece expresamente, que la ley debe comprender todos los juicios criminales ordinarios, sin limitar su competencia á los de la jurisdicción nacional; y mucho menos á los que se cometan en la Capital de la República, como lo proyectó el señor Dominguez en su importante trabajo de 1884.

El establecimiento del juicio por jurados ha sido una aspiración de nuestros principales estadistas, manifestada desde los primeros años de nuestra guerra con España; clara y oficialmente consignada en proyectos de ley y en las constituciones nacionales. En el proyecto de la comisión nombrada en Diciembre de 1812 para proponer la Constitución se lee el artículo siguiente: el proceso criminal se hará por jurados y será público, (art. 22, cap. 21. El artículo 113 de la Constitución de 1819 dispuso:

« Es del interés y del derecho de todos los miembros del Estado el ser juzgados por jueces lo más libres, independientes é imparciales que sea dado á la condición de las cosas humanas. El cuerpo Legislativo cuidará de reparar y poner en planta el establecimiento del juicio por jurados en cuanto lo permitan las circunstancias. » Este artículo fué sancionado sin ninguna modificación. Igual disposición se estableció en la Constitución de 1826.

La Constitución de 1853 estableció en su artículo 64, inciso 11, que el Congreso debía dictar la ley del juicio por jurados; y la parte del artículo que á esto se refiere no fué objetada por ninguno de los señores diputados.

Al proponer las reformas de 1860, la Asamblea de la provincia de Buenos Aires dejó subsistente la misma disposición.

Estos antecedentes son bastantes para afirmar, que el establecimiento del juicio por jurados en materia criminal ha sido una aspiración constante de los más notables estadistas argentinos.

Al establecer entre las atribuciones del Congreso la facultad de dictar la ley que requiere el establecimiento del juicio por jurados, de seguro que los constituyentes no se imaginaron, que transcurrirían más de cuarenta años sin que se reglamentara esa obligación impuesta á la representación nacional.

En nombre de la prudencia se resiste el cumplimiento de ese artículo de la Constitución; pero aceptando semejante teoría el cumplimiento de la Constitución y el cumplimiento de las leyes estaría librado al criterio de los *prudentes*, aunque la prudencia solo se funde en suposiciones contrarias al criterio de los legisladores claramente expresado en los preceptos de la ley. Esa fué la teoría de Rosas para demorar indefinidamente la Constitución y la organización definitiva de la República.

« La oportunidad de una reforma, ha dicho con razón M. Ch. Beudint, no es un negocio de intuición. Las instituciones sociales solo deben juzgarse por el resultado de cada día, porque la experiencia no concluye sino de lo particular á lo general; y desde el momento que se admite la posibilidad de una reforma, ó de una abrogación eventual, es necesario dejar á los inconvenientes y á los abusos una vía para manifestarse. De dos cosas una: ó el jurado es infalible, y entonces no es necesario prever que sea insuficiente para la manifestación de la verdad; ó no lo es, y entonces debe permitirse apreciar su influencia sobre la administración de la justicia. »

MARTIN RUÍZ MORENO.

## Psicología

### La voz en los niños y la degeneración

Sabido es que el mecanismo de la voz en los mamíferos comprende tres partes: Un aparato motor, compuesto por los pulmones, el tórax y la tráquea; un aparato vibrante compuesto por los ligamentos vocales y la laringe; un aparato de resonancia, constituido por la faringe, la cavidad vocal, etc.

La potencia de la voz depende de la amplitud de las vibraciones; por consiguiente, del desarrollo de los pulmones y su estado de conservación.

La altura de la voz es correlativa con el número de vibraciones que pueden dar en un segundo los ligamentos vocales. La tensión larga y gruesa, determina un sonido agudo ó grave y el máximo ó minimum de estas tres cualidades combinadas caracterizan la extensión.

Para los sonidos bajos, los ligamentos se mantienen gruesos; para los medianos, delgados y tendidos; para los muy altos en mayor tensión.

Un niño normalmente organizado, de voz cultivada durante uno ó dos años, edad 11 años, puede abarcar una extensión de octava y media.

La edad influye no poco. La voz aumenta ó disminuye según las variantes de aquélla, aunque no del mismo modo en todos los niños.

El timbre responde á las condiciones que reviste el tubo vocal.

La entonación es cualidad principal en la voz, aunque depende más de un buen oído que de la perfección del aparato productor.

Un conveniente ejercicio desarrolla esa cualidad en diversos grados, según las aptitudes del órgano.

Esta breve exposición será un importante auxilio para el estudio que nos proponemos, con los elementos que nos suministra la observación de 200 casos en la Escuela Normal.

Durante el mes de Junio fué examinada, con el cuidado requerido y en grupos de dos y tres, la voz de 200 niños cuya edad variaba entre 6 y 15 años, pertenecientes al 1º grado inferior, 1º superior, 2º, 3º, 4º y 5º.

Se adoptó un término de clasificación desde 0 á 10; la voz desentonada, de timbre grueso, sin potencia ni extensión, fué clasificada con 0 ó 1; la de entonación en las primeras notas, con timbre grueso y sin emisión clara del sonido, á pesar del esfuerzo por parte del alumno, con 2 ó 3; con 4, la que con timbre más



natural y sonido casi claro, entona de do á sol; con 5, la que entona de si á la con timbre y potencia natural; con 6, la que entona algo más que la anterior, pero con timbre fino y débil fuerza; con 7, la que entona todos los sonidos naturales á una voz infantil (de si á re), con potencia común y leve desafinación en algunas notas; con 8 la que entona la misma extensión de notas que la anterior, pero más claridad y potencia; con 9 la voz clara, potente y débil desafinación en las notas altas; con 10 la voz clara, afinada y potente en toda la extensión que puede corresponder á un niño; timbre simpático.

El ejercicio á que fueron sometidos, consistió en el solfeo de escalas que no bajaron de *si* ni pasaron de *mi* y en cantos que ya conocían.

Esta experiencia puso de manifiesto que las notas más fáciles de emitir son: *re*, *mi* y *fa*.

En la claridad del sonido influye el mayor ó menor tiempo transcurrido entre la última comida y el momento en que se canta, como así mismo el estado atmosférico. En tal concepto, las horas de experiencia fueron de 10 á 11 a. m. y de 4 á 5 p. m.; y los días, aquellos de cielo despejado y atmósfera nítida.

El primer cálculo que nos permite verificar los datos que la experiencia nos suministra, pone de manifiesto que la voz en el niño, respecto a su afinación, extensión, potencia y timbre, sigue una progresión ascendente del 1º al 3º grado, y descendente del 3º al 5º, siendo causa de este último fenómeno, en los niños normales, el aumento sucesivo de la edad.

Cálculos que haremos más adelante, confirmarán este hecho:

*Voz media y edad media de cada grado (1)*

Grados	Voz media, calificación	Años de cultivos	Edad media
1º Infantil.....	5.4	0.5	6.6
1º Superior.....	6.3	1.5	8.8
2º » .....	6.9	2.5	10.
3º » .....	7.06	3.5	11.1
4º » .....	7.	4.8	11.2
5º » .....	5.5	5.5	14.

A los 11 años de edad es cuando la voz infantil alcanza mayor volúmen, extensión, claridad y potencia. Por consiguiente, la característica á un niño normal de esa edad, sería aquella calificada con 7, es decir, la que abarca la extensión natural de *si* á *re*; registro delgado, afinada y regular potencia y claridad.

Los órganos productores del sonido estarán suficientemente ejercitados, cuando se consiga de un niño obtener una voz en las condiciones referidas.

El mejoramiento sucesivo de la voz hasta los 11 años, obedece, primero á la edad y luego al cultivo.

Los niños de 11 años tienen, por lo menos, cuatro de ejercicio regular.

Hemos observado que 6 niños, que hasta dicha edad no habían tenido educación musical, en seis meses de ejercicio, dos alcanzaron la media normal.

El ejercicio contribuye á la aptitud del oído en la percepción de los sonidos y á dar más extensión á la voz. Su falta, por un tiempo, hace que la extensión y claridad disminuya; pero vuelven á adquirirse con ejercitarse algunos días.

Al pasar de 11 años, la media disminuye á medida que la edad aumenta, hasta los 15, y probablemente los 16, para volver con otro registro á un aumento definitivo. Pero nuestra experiencia no alcanza hasta allí. Este fenómeno se debe á un desarrollo repentino, á una revolución que se efectúa en el aparato vocal (que, por otra parte, es común al organismo todo) que comienza á los 11 años y termina á los 15 ó 16.

Mientras dura esta crisis, las cualidades de la voz van siendo menos definidas, hasta llegar á una media de 6 para los niños de 14 años, dato que se especificará más en los cálculos sucesivos.

Esta crisis afecta á la inteligencia misma; crisis intelectual, idiotismo transitorio. Las facultades se entumescen, el joven se muestra taciturno, busca la soledad, todo lo distingue confusamente, el trabajo le fastidia... en fin, los caracteres de un sér especial, de una variedad humana.

Desde 6 años, y podríamos decir, desde uno hasta los 11, el cultivo y la edad contribuyen á un mejoramiento lento pero constante de la voz, correspondiente á un desarrollo progresivo de los órganos que la producen.

La calificación de la voz parece guardar más relación con la edad que con el tiempo de cultivo.

Así las razones 5, 4: 6, 3: 6, 9: .06: 7: 6, 2, armonizan más con las razones 6, 6: 8, 8: 10: 11, 1: 11, 2: 14 que con las razones 0, 15: 1, 5: 2, 5: 3, 5: 4, 5: 5, 5, y, posible es, que en estos datos, tengamos el fundamento de dos progresiones

(1) No se olvide la calificación de 0 á 10.

paralelas, cuyos términos varían por causas puramente accidentales.

Haciendo abstracción del grado que cursan, y considerando solo la edad, hemos obtenido los siguientes datos (1):

#### Niños de 6 años

Voz calificada con	Número de niños	Voz calificada con	Número de niños
0	2	7	3
1	2	8	1
2	2	9	1
4	1	10	1
5	3		

Total de examinados: 16; voz media 4.5.

#### Niños de 7 años

3	3	7	1
4	4	8	7
5	4	10	1
6	1		

Total de examinados 21; voz media 5.9.

#### Niños de 8 años

1	1	6	4
2	1	7	2
3	3	8	3
4	1	9	2
5	1		

Total de examinados 18; voz media 5.6.

#### Niños de 9 años

2		6	2
3		7	6
4		8	5
5		9	4
		10	2

Total de examinados 25; voz media 7.

#### Niños de 10 años

3	1	7	4
4	1	8	4
5	4	9	5
6	4	10	4

Total de examinados 27; voz media 7.2.

#### Niños de 11 años

2	7	7	4
4	2	8	6
5	1	9	4
6	5	10	4

Total de examinados 27; voz media 7.3.

#### Niños de 12 años

1	1	7	5
3	1	8	6
4	1	9	3
5	5	10	3
6	1		

Total de examinados 26; voz media 6.9.

#### Niños de 13 años

Voz calificada con	Número de niños	Voz calificada con	Número de niños
3	3	8	4
5	1	9	2
6	3	10	2
7	4		

Total de examinados 19; voz media 6.8.

#### Niños de 14 años

2	1	7	3
4	3	9	2

Total de examinados 9; voz media 5.99.

#### Niños de 15 años

2	1	7	2
3	2	6	1

Total de examinados 6; voz media 5.1.

Reasumiendo tenemos:

Número de examinados	A edad de años	Voz correspondiente
16	6	4.5
21	7	5.9
19	8	5.2
25	9	7
27	10	7.2
27	11	7.3
26	12	6.9
19	13	6.8
9	14	5.99
6	15	5.1

Estos datos ratifican lo que expresamos en la parte III.

En los niños cuya edad era de 8 años, en vez de obtener una cantidad comprendida entre 5.9 y 7, obtuvimos 5.2. Esta regresión aparente es debida, probablemente, al hecho de que han sido computadas las calificaciones de un número mayor de anormales que en los de otra edad; ocho anormales sobre 18. Descontándolos, se obtiene una media de 6.1.

Tienen respectivamente seis meses, 1.5; 2.5; 3.5; 4.5 y 5.5 años de estudios; pero algunos cursaban grados que no correspondían con el tiempo de la escuela. Niños de 10 años, por ejemplo, se encontraban en 2º ó 1º grado.

Empero, no siempre el desarrollo intelectual es paralelo al desarrollo de las facultades vocales, porque en nuestra escuela hemos observado un número de niños con 3 ó 4 años de clase, excelente voz, y cursan, sin embargo, el 1º ó 2º grado. Pero estos niños tienen viveza.

El hecho constatado por los psicólogos, de que ciertas facultades vienen naturalmente mejor predispuestas para funciones, en detrimento de otras, puede explicar estos fenómenos y con más razón cuanto que las facultades estéticas

(1) En estos cálculos se cuentan normales y anormales, lo que indudablemente ha de influir en las resultantes, máxime cuando en cada cómputo no figuran en la misma proporción.



traen aparejado como ningún otro grupo, la debilidad, el atrofiamiento casi, de las demás.

Pablo Berutti, notable pianista y compositor argentino, repitió varias veces el 1º año del Colegio Nacional, y por fin tuvo que abandonarlo porque no adelantaba en las ciencias.

Castelar, célebre orador español, era inepto para los cálculos de matemáticas....

Queda siempre establecido que la voz infantil adquiere su mayor amplitud y desarrollo á los 11 años, siendo el ascenso como el descenso, no brusco sino suave.

Nuestras observaciones nos dan calificados:

Con	Por ojo	Con	Por ojo
0	1	6	11
1	2	7	17
2	4	8	18
3	7	9	12
4	8	10	9
5	11		

Distribuyéndose por edad.

Con años	ojo	Con años	ojo
6	9	11	13
7	11	12	15
8	8	13	8
9	11	14	5
10	17	15	3

Lo que dá una voz general de 6.45 para una edad media general de 10,06.

En una escuela regularmente organizada, donde á la educación del aparato vocal se presta la atención debida y donde se admiten niños de 6 á 15 años en la proporción indicada, debería darnos el resultado que se expresa en la segunda columna de números.

Las voces calificadas con 7 y 8 son las que se encuentran en mayor número.

Los extremos se expresan por las menores cifras, y, por lo tanto, los niños que comprenden salen del orden regular de lo común, individualmete considerados.

En la marcha de estos hechos parécenos observar una semejanza con la ley parabólica del progreso, cuyo descubrimiento pretende Garófalo.

Se nos presenta la ocasión de comparar niños cuya organización corresponde á diversas razas.

Hemos considerado tres grupos: el 1º grupo, comprende aquellos niños que, habiendo nacido aquí como sus padres, tienen, sin embargo, antecedentes europeos, particularmente españoles, tanto por la línea masculina como femenina; la accion transformadora es adaptativa; la del cli-

ma y el suelo; el 2º grupo, comprende los de padres europeos; el 3º grupo, los que han heredado los caracteres de la raza indígena, por pertenecer uno ó ambos padres á ella.

Hé aquí el resultado del examen verificado en 93, 28 y 56 niños respectivamente:

Padres	Núm. de examinados	Voz media
1.º grupo	93	6.2
2.º grupo	28	7.2
3.º grupo	56	5.8

Estos datos ponen de manifiesto que los niños cuyos padres son europeos, poseen una voz de cualidad muy superior á la de niños de sangre indígena.

La causa de este fenómeno es de carácter puramente étnico.

El europeo pertenece á una raza superior y más perfecta que la indígena. Los órganos vocales del uno presentan más desarrollo y flexibilidad innata que los del otro, cuya imperfección los aproxima á razas inferiores, de evolución retardada por causas diversas.

La media del 1º grupo es inferior á la del 2º.

Descendiendo, aunque por lejanos antepasados, de europeos, la inferioridad sólo puede ser debida á la adaptación de un siglo ó más, á un nuevo país y nuevo clima.

Pero el punto se presenta complicado.

Esta regresión, ¿será de carácter atávico ó degenerativo?

Por una parte tenemos á un suelo árido, con poca vegetación y sin panorama de vista alegre; clima seco y atmósfera impura; siendo su temperatura, en estío, como la de las latitudes tropicales.

Por otra, á niños de familias burguesas que no se dedican á las rudas faenas del campo, cuya vida es sedentaria, de comodidad y placeres, á veces de vicio, de ese vicio característico á la sociedad que domina y que le sirve aún de distintivo.

El postulado pudiera resolverse si dispusiéramos de más elementos, v. g.: del estudio verificado en 200 niños, cuya adaptación sea la de un clima húmedo y suelo fértil, subsistiendo las mismas condiciones orgánicas y sociales.

Es probable que ambas causas sean concomitantes, pero más enérgica la que proviene del suelo y del clima.

Las voces del primer grupo, son, por lo general, afinadas; tienen bastante extensión, pero delgadas, sin potencia, como si este fenómeno dependiera de un deficiente desarrollo pulmo-

nar; no pasa lo mismo con las del segundo grupo, caracterizadas por su potencia y claridad, aunque á veces desafinadas, debido más á deficiencias del oído que á anomalías en el aparato emisor de la voz.

Los del 3<sup>er</sup> grupo, que llegan á tener una voz afinada, alcanzan notas muy altas y con voz delgada, siendo esfuerzo de garganta y no de pecho, como en los dos anteriores; la voz es poco sonora y siempre forzada. El timbre de la voz se asemeja al de tiple. No hay entre ellos registro grave ni mediano.

Solo en el segundo grupo se encuentran voces de los tres registros, dominando las del mediano y superior. No poseemos datos precisos para deducir la relación en que se encuentran las voces distribuidas de ese modo.

En los mamíferos de especie inferior al hombre, la voz producida por el aparato vocal es ronca, estridente, de timbre desagradable siempre. Los sonidos nunca abarcan una extensión mayor de cuatro notas.

Cuando son bajos carecen de claridad; cuando agudos, son finos y delgados.

Las cuerdas vocales carecen de la elasticidad necesaria para variar los sonidos, y los pulmones de suficiente desarrollo y conservación para imprimir diversos grados de potencia.

La especie humana nos ofrece casos, que, sin ser iguales á los de otra especie, sin embargo se le aproximan á tal grado, que, con seguridad, pueden atribuirse á manifestaciones atávicas, un carácter atávico del individuo, equiparable con el mismo fenómeno observado en los rezagados.

Aún más: niños cuya voz tiene este carácter, poseen, anatómicamente considerados, rasgos anómalos que la escuela italiana, presidida por Lombroso, los dá como manifestación de un retceso atavístico.

En los degenerados, la voz es débil y fina, antes que de poca extensión, desafinada y gruesa.

De cualquier modo, es la voz anómala, es decir, la calificada con menos de 4, indicio de atavismo ó degeneración, porque la encontramos sobre 200, en 16 niños anormales y 8 normales (8 % y 4 % respectivamente) es decir, que no tienen estos últimos los estigmas físicos, condiciones y caracteres psíquicos señalados por los criminalistas italianos para los anormales.

Pero si de los normales descontamos el 2, 6 y 8, que tuvieron buena voz cuando de menos edad, entonces tendremos el 2, 5 % que es la verdadera proporción.

En 200 examinados, 28 son anormales, es decir, el 14 %; pero no damos este dato por rigurosamente exacto, sino como aproximado á la verdad.

De estos 28 anormales, 16, el 8 % tienen voz calificada de 1 á 3, la que consideramos realmente anómala y 12 ó sean el 6 % voz de 5 á 10, habiendo 4 calificados con 5; con 6, 3; con 7, 3; con 8, 1; con 10, 1.

Por tanto, de 100 anormales, el 57, 2 % tienen voz anómala y 42, 8 % voz natural.

### Anormales

Núm. de orden	Niños	Tiempo que estudian	Edad	Clasificación
1	A. V.....	7 meses	6	0
2	J. V.....	7 »	7	0
3	C. L.....	7 »	6	1
4	C. R.....	2 años	8	1
5	A. C.....	4 »	11	2
6	C. M.....	2 »	7	2
7	C. L.....	2 »	8	2
8	L. L.....	5 »	12	2
9	A. S.....	1.5 »	7	3
10	J. C.....	2 »	8	3
11	S. M.....	1.5 »	7	3
12	C. C.....	2 »	8	3
13	C. B.....	5 »	11	3
14	U. L.....	4 »	9	2
15	F. M.....	2 »	9	3
16	M. L.....	5 »	12	3
17	M. C.....	2 »	7	5
18	G. M.....	6 meses	6	5
19	S. M.....	4 años	10	5
20	C. B.....	4 »	12	5
21	A. D.....	3 »	8	6
22	J. G.....	3.5 »	9	6
23	J. M.....	2 »	8	6
24	R. M.....	2 »	9	7
25	Cl. N.....	6 »	14	7
26	C. C.....	1 »	7	7
27	M. G.....	4 »	12	8
28	J. B.....	3 »	12	10
1	T. A.....	1 año	7	2
2	M. B.....	7 años	14	2
3	A. D.....	1 »	8	3
4	J. D.....	1.5 »	8	3
5	J. C.....	2 »	10	3
6	L. V.....	6 »	13	3
7	M. D.....	4 »	10	3
8	A. V.....	6 »	14	3

El cuadro nos demuestra que la educación consigue modificar, aunque en un grado muy lento, anomalías de esta especie.

Los anormales que tienen mayor tiempo de estudio, presentan una media superior á los que tienen menos.

N.º 1.—Hijo de argentinos, trococéfalo; dientes largos; ojos pequeños y vivos; boca grande; padre de voz ronca y acatarrada.

N.º 2.—Hidrocéfalo, orejas en asa; aspecto de imbécil; inteligencia tardía; pómulos algo salientes. Padres argentinos.



N.º 3.—Hidrocéfalo; orejas grandes; manifestaciones de cretino; facultades embotadas; frecuentes cefalalgias. Padres: español y argentina.

N.º 4.—Grandes orejas; braquicéfalos; ojos muy movibles; mentiroso; inquieto; hipócrita; grandes arcos superciliares; estatura baja; padres argentinos. Padre impulsivo y asesino.

N.º 5.—Cabeza grande; ojos cerúleos y de movimiento pesado; inteligencia embotada; frente estrecha; trococéfalos; boca grande y dientes muy desarrollados. Tiene sangre indígena.

N.º 6.—Hijo de padres argentinos. Muy nervioso; color blanco; á menudo enfermo; dientes largos; mentiroso é hipócrita, inquieto; parece no comprender las observaciones que se le hacen.

N.º 7.—Hidrocéfalo; desarrollo intelectual tardío; camorrero; prognatismo; orejas grandes; su adelanto en la escuela es apenas notable.

N.º 8.—Hermano del anterior. Las mismas manifestaciones; embotamiento intelectual; se enferma á menudo; neuralgias frecuentes.

N.º 9.—Prognóstico pronunciado; ojos grandes; frente estrecha; oxicéfalos; orejas en forma de asa; dientes muy desarrollados; atolondrado. Pega á sus compañeros; es muy mentiroso. No llora ni siente cuando se le reprende.

N.º 10.—Hipócrita; muy vergonzoso; llora fácilmente por hábito; hace la mosca muerta; prognóstico; hijo de padres acomodados; se enferma á menudo.

N.º 11.—Semi-imbécil; padre loco; boca siempre entreabierta; ojos grandes y redondos.

N.º 12.—Hidrocéfalos; grandes orejas; padre asmático; desarrollo intelectual muy tardío; embotamiento general de las facultades.

N.º 13.—De origen indígena, aunque facciones regulares. Mucha ceja; cabello lacio y tupido; ojos negros y vivos; borrona cuanto cuaderno cae en sus manos, por instinto; escribe de las palabras siempre la mitad; muy distraído. Facultades: desarrollo tardío. Mentiroso y hábil para las picardías. Los padres, parientes entre sí en segundo grado.

N.º 14.—Hermano del núm. 3. En cuatro años de clase no sabe aún leer. Mismos caracteres aunque más imbecil.

N.º 15.—Tiene malas tendencias, aunque aparezca quieto y atento; aprende poco; ojos grandes y redondos; escafocéfalos. Nariz aguilena.

N.º 16.—Hermano del núm. 14.

N.º 17.—Hidrocéfalos; boca grande; frente estrecha; inteligencia tardía. Padre asmático y vizco.

N.º 18.—Orejas en asa; trocéfalos; piel oscura; boca grande; ojos negros y redondos; pómulos salientes; Padres italianos y buenas personas.

N.º 19.—Oxicefalia muy pronunciada; frente chata; ojos cerúleos y fijos; hijo natural; color cobrizo; comete faltas y perturba á hurtadillas á sus compañeros.

N.º 20.—Hermano del núm. 13.

N.º 21.—Braquicéfalos; padre muy mentiroso; distraído en sumo grado; no puede fijar la atención sino con procedimientos objetivos; mentiroso; ojos grandes y redondos poco movibles; color cobrizo; es inconsciente de las amonestaciones que se le hacen; comete la falta cuando se le ocurre; tardío desarrollo intelectual.

N.º 22.—Prognatismo pronunciadísimo; orejas pequeñas; raquítico; dientes desarrollados y ojos pequeños y muy activos. Es sumamente inquieto en clase. Algo alocado, pega é incomoda á sus compañeros de un modo fastidioso.

N.º 23.—Degenerado; sexdigita, como el padre. Tardío desarrollo. Inteligencia poco activa. Nariz delgada terminando en punta.

N.º 24.—Hermano del anterior, con la misma degeneración.

N.º 25.—Hijo natural; madre india. Braquicéfalos; hipócrita; mosca muerta; nariz corta; pómulos salientes.

N.º 26.—Padre jugador, alcoholista y suicida. Poco desarrollo; muy nervioso. Regular inteligencia, vivo, y comete faltas sin darse cuenta de ellas.

N.º 27.—Padre: salteador de caminos; madre histérica. Tendencias hereditarias semejantes al padre, mezcladas con rasgos nobles y sentimentales. Pelo lacio y duro.

N.º 28.—Hijo natural de padre atrabiliario é incestuoso; de madre exaltada y malas tendencias. Ladrón; comete las faltas y por ellas no siente cuando se le acusa.

Del estudio que acabamos de hacer, á pesar de sus deficiencias, podemos deducir las siguientes conclusiones:

1.<sup>a</sup> Cuando el niño tenga la edad de 13, 14 y 15 años no debe cantar.

2.<sup>a</sup> No tanto influye la educación como la edad, en el desarrollo de la voz.

3.<sup>a</sup> La educación consigue refinar las cualidades de la voz, pero no cambiarla, y esto, en un período de tiempo relativamente corto.

4.<sup>a</sup> Probablemente existe una progresión paralela entre la edad y el desarrollo gradual de la voz, en niños normales.

5.<sup>a</sup> A los once años alcanza la voz infantil

su mayor desarrollo, produciéndose luego la crisis transitoria, debido á una evolución general que se produce en el organismo.

6.<sup>a</sup> Los hijos de europeos poseen mejor voz que los argentinos, y éstos mejor que los de sangre indígena.

7.<sup>a</sup> La voz anormal es un signo de atavismo ó degeneración, pudiendo ser un estigma de tanto valor en las apreciaciones de un individuo, como las anomalías del cráneo, el desarrollo excesivo de las mandíbulas, la frente estrecha, la asimetría facial.

V. MERCANTI.

## Jurisprudencia criminal

### Carácter del sobreseimiento provisorio

En un caso registrado en uno de los últimos tomos publicados de sentencias de la E. Cámara de Apelaciones (69-180) el Juez de Instrucción Dr. Navarro denegó la excarcelación provisional bajo fianza de un procesado, por entender que importaba reincidencia la existencia de anteriores procesos aunque terminados por sobreseimiento provisional.

Este sobreseimiento decía el juez, deja el juicio abierto hasta la aparición de nuevos datos ó comprobantes, encontrándose procesado por lo tanto el inculpado mientras dure tal estado del sumario. Unicamente la sentencia, el sobreseimiento definitivo ó la prescripción dan término completo á un proceso por delitos públicos.

La E. Cámara entendió por el contrario que terminados los anteriores procesos por sobreseimiento provisional, no puede sostenerse que el reo continúe sometido á ellos. La circunstancia de que el sumario puede reabrirse no puede modificar la anterior conclusión, 1º porque hasta que esto suceda no hay procedimiento alguno contra el reo, 2º porque el sumario por sí solo no constituye un proceso contra determinada persona, ya que uno de sus objetos principales es descubrir á los autores del delito y 3º porque en el caso de reabrirse el sumario y seguirse el proceso, siempre podrían suspenderse los efectos de la excarcelación desde que esta puede revocarse de oficio en cualquier estado del juicio.

Reina realmente cierta confusión en la jurisprudencia respecto del carácter del sobreseimiento

provisorio y ello puede muy bien deberse á la falta de distinción entre sobreseimientos reales y personales.

La ley (art. 433 del C. de P.) solo distingue el definitivo del provisional, el total del parcial, pero al enumerar los casos en que procede el definitivo, cabe muy bien separar el 3º, que se refiere á las personas, del 1º y 2º que se refieren á los hechos. Del mismo modo los descargos que el artículo 435 aprecia como de sobreseimiento provisional deben distinguirse por su carácter: real en el 1º—cuando los medios de justificación no sean suficientes para demostrar la perpetración del delito—personal en el 2º—cuando comprobado el hecho criminal, no puedan determinarse los agentes del mismo.

En los casos de sobreseimiento definitivo real (art. 436) el es definitivo y absoluto: en el personal solo respecto de los procesados á cuyo favor se decretare.

Esta sabia previsión de la ley no es tenida en cuenta respecto de los sobreseimientos provisorios en los cuales no se distingue el real del personal. Mucho menos se prevé la combinación de las dos categorías de sobreseimiento.

Entre tanto es evidente que el caso, á que nos referimos al principio, hubiese sido más claro si el sobreseimiento hubiese sido decretado provisionalmente respecto del delito y definitivamente respecto de la persona.

Hoy no se procede así: los sobreseimientos provisionales se decretan sin la conveniente distinción entre la existencia del delito y el descubrimiento de sus autores, por lo cual muchas veces siendo los acusados completamente inocentes no se sobresee definitivamente á su respecto por estar comprobada la existencia de un hecho delictuoso.

Ampliando la jurisprudencia en la forma que decimos, podría asegurarse que los males que produce el sobreseimiento provisional se aminorarían.

Son los males que hoy se notan menores que los producidos por el sistema anterior de la simple absolución de la instancia y la sentencia, al principio citada, de la E. Cámara que acaba de distanciar el sistema vigente del anterior, liberalizando, por decirlo así, el sobreseimiento provisional; pero hace falta ir más allá, abundar un tanto, á efecto de dejar el equívoco sobreseimiento provisional reducido á los casos más precisos.

C. MALAGARRIGA.



## Notas Bibliográficas

### Libros

*Contribución al estudio de la etiología de la rabia—Tesis presentada á la Facultad de Medicina, por Aloís Buchmann—1899*—Bajo el modesto título con que encabezamos estas líneas, el Dr. Aloís Buchmann ha presentado á la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, un notable trabajo, digno de llamar seriamente la atención de los que siguen con interés el desarrollo de nuestra cultura científica.

Después de dos años de paciente labor y después de haber efectuado seiscientas y tantas observaciones experimentales, el Dr. Buchmann ha conseguido aislar un micro-organismo (*micrococcus*) que se encuentra siempre en la médula espinal de los animales atacados de hidrofobia y que solo se encuentra en ellos; que inoculado en animales sanos produce una enfermedad semejante en su sintomatología y lesiones anatómo-patológicas á la rabia; que puede aislarse nuevamente de estos últimos y que respecta á los animales inmunizados por el virus fijo, siguiendo el método de Pasteur.

El autor, en sus conclusiones, no asevera categóricamente que el micro-organismo, descubierto por él, sea el agente específico, productor de la enfermedad que nos ocupa, tal vez por un exceso de honradez científica que le hace honor, pues habiendo llenado los enunciados del postulado de Koch, está en el derecho, bajo la responsabilidad del Maestro, de hacer la afirmación sin titubiar. Sin embargo el Dr. Buchmann espera, para pronunciarse definitivamente, conseguir la vacunación de los animales por medio del microco ó sus productos y aún la obtención de la antitoxina, para lo cual sigue con el mismo ardor sus investigaciones. Nosotros estamos en el deber de respetar las reservas del autor.

«Criminalología Moderna» haciendo como siempre honor al mérito, se complace en felicitar ardientemente al joven sábio, quien después de haberse distinguido como estudiante por sus condiciones relevantes de inteligencia y contracción, se inicia en su carrera por donde otros (los ménos) la terminan: haciéndose un nombre ilustre.

Bachmann es discípulo del Dr. Wernicke y se ha formado á su lado.

C. DEL CAMPO.

**Curso de Ciencia Criminal.**— Su autor, el distinguido catedrático de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de Córdoba Doctor C. MOYANO GACITÚA, nos ha sorprendido esta vez con una obra verdaderamente recomendable por más de un concepto:— sobre todo por la exposición clara y sencilla de los principios científicos que en ella se sostienen; lo que no deja de ser un gran mérito, por cuanto los hace accesibles á todas las inteligencias.

Esto como obra didáctica. Como obra científica, su mérito no es menor;— pero para ello es necesario que se le estudie bajo el punto de vista de la escuela crítica del derecho penal; más aún: de la escuela clásica, que son, á nuestro modo de ver, las dos escuelas cuyas tendencias sigue el Doctor Gacitúa.

De ahí el porque, muchas de las conclusiones á que arriba en su obra— que dicho sea de paso conceptuamos como el fruto de una inteligencia sólidamente preparada y no común, y de quien mucho bueno puede esperarse para bien de la ciencia que con tanto amor y empeño cultiva— distan mucho de concordar con nuestra manera de ver y de estudiar los grandes como dificultosos problemas que nos presenta, la ciencia del derecho criminal, sobre el tapete de las discusiones y de las polémicas;— pero esto no quita, como muy bien dice su distinguido prologuista el Doctor Osvaldo M. Piñero, que la obra del Doctor Gacitúa tenga el alto mérito de reflejar el esfuerzo empeñoso de nuestro presente científico, y de traducir, por lo menos, esa fiebre de investigación exacta que está acumulando en el seno del misterio de este pesado invierno de la inteligencia, la savia nutricia, con que alimentará las fuentes de la nueva vida primaveral del espíritu, en el curso del nuevo siglo.

He aquí las materias sobre que versa la obra que dejamos reseñada:— El delito en sus distintos períodos; las escuelas penales; derecho y ley penal; acepción sociológica del delito; acepción legal; los factores del delito; génesis del delito y tentativa; el tipo criminal; la culpa ó imprudencia; coparticipación criminal; la prevención; la pena y su fundamento sociológico; distintas clases de penas; muerte y reclusión; colonias penales; deportación y servicio militar; duración de las penas, libertad condicional y penas suspensivas; prisión, arresto, destierro, confinamiento, inhabilitación y multa; resarcimiento de daños; modalidades de la responsabilidad, circunstancias eximentes; atenuantes y agravantes; reiteración y reincidencia; extinción de las acciones y de las penas.

M. A. LANCELOTTI.

# Notas Bibliográficas

## Libros

*Contribución al estudio de la etiología de la rabia—Tesis presentada á la Facultad de Medicina, por Aloís Bachmann—1899—*Bajo el modesto título con que encabezamos estas líneas, el Dr. Aloís Bachmann ha presentado á la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, un notable trabajo, digno de llamar seriamente la atención de los que siguen con interés el desarrollo de nuestra cultura científica.

Después de dos años de paciente labor y después de haber efectuado seiscientas y tantas observaciones experimentales, el Dr. Bachmann ha conseguido aislar un micro-organismo (micrococcus) que se encuentra siempre en la médula espinal de los animales atacados de hidrofobia y que solo se encuentra en ellos; que inoculado en animales sanos produce una enfermedad semejante en su sintomatología y lesiones anatomo-patológicas á la rabia; que puede aislarse nuevamente de estos últimos y que respeta á los animales inmunizados por el virus fijo, siguiendo el método de Pasteur.

El autor, en sus conclusiones, no asevera categóricamente que el micro-organismo, descubierto por él, sea el agente específico, productor de la enfermedad que nos ocupa, tal vez por un exceso de honradez científica que le hace honor, pues habiendo llenado los enunciados del postulado de Koch, está en el derecho, bajo la responsabilidad del Maestro, de hacer la afirmación sin titubiar. Sin embargo el Dr. Bachmann espera, para pronunciarse definitivamente, conseguir la vacunación de los animales por medio del microco ó sus productos y aún la obtención de la antitoxina, para lo cual sigue con el mismo ardor sus investigaciones. Nosotros estamos en el deber de respetar las reservas del autor.

«Criminalología Moderna» haciendo como siempre honor al mérito, se complace en felicitar ardientemente al joven sábio, quien después de haberse distinguido como estudiante por sus condiciones relevantes de inteligencia y contracción, se inicia en su carrera por donde otros (los menos) la terminan: haciéndose un nombre ilustre.

Bachmann es discípulo del Dr. Wernicke y se ha formado á su lado.

C. DEL CAMPO.

**Curso de Ciencia Criminal.** — Su autor, el distinguido catedrático de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, de Córdoba Doctor C. MOYANO GACITÚA, nos ha sorprendido esta vez con una obra verdaderamente recomendable por más de un concepto: — sobre todo por la exposición clara y sencilla de los principios científicos que en ella se sostienen; lo que no deja de ser un gran mérito, por cuanto los hace accesibles á todas las inteligencias.

Esto como obra didáctica. Como obra científica, su mérito no es menor; — pero para ello es necesario que se le estudie bajo el punto de vista de la escuela crítica del derecho penal; más aún: de la escuela clásica, que son, á nuestro modo de ver, las dos escuelas cuyas tendencias sigue el Doctor Gacitúa.

De ahí el porque, muchas de las conclusiones á que arriba en su obra — que dicho sea de paso conceptuamos como el fruto de una inteligencia sólidamente preparada y no común, y de quien mucho bueno puede esperarse para bien de la ciencia que con tanto amor y empeño cultiva — distan mucho de concordar con nuestra manera de ver y de estudiar los grandes como dificultosos problemas que nos presenta, la ciencia del derecho criminal, sobre el tapete de las discusiones y de las polémicas; — pero esto no quita, como muy bien dice su distinguido prologuista el Doctor Osvaldo M. Piñero, que la obra del Doctor Gacitúa tenga el alto mérito de reflejar el esfuerzo empeñoso de nuestro presente científico, y de traducir, por lo menos, esa fiebre de investigación exacta que está acumulando en el seno del misterio de este pesado invierno de la inteligencia, la savia nutricia con que alimentará las fuentes de la nueva vida primaveral del espíritu, en el curso del nuevo siglo.

He aquí las materias sobre que versa la obra que dejamos reseñada: — El delito en sus distintos períodos; las escuelas penales; derecho y ley penal; acepción sociológica del delito; acepción legal; los factores del delito; génesis del delito y tentativa; el tipo criminal; la culpa ó imprudencia; coparticipación criminal; la prevención; la pena y su fundamento sociológico; distintas clases de penas; muerte y reclusión; colonias penales; deportación y servicio militar; duración de las penas, libertad condicional y penas suspensivas; prisión, arresto, destierro, confinamiento, inhabilitación y multa; resarcimiento de daños; modalidades de la responsabilidad, circunstancias eximentes; atenuantes y agravantes; reiteración y reincidencia; extinción de las acciones y de las penas.

M. A. LANCELOTTI.



**Arü é Italicci**—*Sergi*—Turin 1899—Buenos Aires—Librería Cantiello.

El libro es importante porque constituye una crítica acerba del método adoptado por los arqueólogos, que sin meditar sobre los caracteres físicos de las poblaciones á quienes atribuyen sus datos arqueológicos, se dan á la etnología, ó mejor dicho, á la antropología. De ahí, como es natural, surge un caos inextricable é infinitas discusiones entre los doctos, porque una ciencia no puede dar más de lo que ella investiga, ni la lingüística puede, por sí sola hacer etnología, como tampoco puede la arqueología hacer antropología.

Es, pues, necesario que cada una de estas ciencias se sirva de las otras y quizá así muchos errores se podrían evitar.

El autor, con los datos antropológicos en la mano, hace una nueva reconstrucción de los tiempos prehistóricos en Italia, demostrando el error de las teorías hasta entonces sostenidas por los arqueólogos, que pueden reasumirse así:

Que un solo pueblo de origen ariano, ha formado la prehistoria italiana, pasando por formas diversas de civilización y progreso.

Sosteniendo que no es con las medidas que se puede conocer las diferentes formas de cráneo y combatiendo, por lo tanto, el valor absoluto de los índices cefálicos, dice el autor que las formas del cráneo, tanto de la parte cerebral como de la facial, tienen un gran valor, por ser persistentes á través de los tiempos.

El ha encontrado en las tumbas de incineraciones, un solo tipo de cráneo: el dolicocefalo, con las formas secundarias elipsoidales, ovoidales, pentagonales; en las tumbas de rito mixto, es decir de incineración é inhumación, encontró, además del tipo dolicocefalo, el tipo braquiocéfalo, con las formas secundarias, platicéfálicas, esfenoidales y esferoidales.

Pero el primer tipo, es decir, el característico de un gran pueblo conocido bajo el nombre de mediterráneo; el segundo tipo, es decir, el braquiocéfalo es característico del gran pueblo áreo.

Son, pues, arios los itálicos? Hé aquí la cuestión que se presenta espontáneamente.

Sí, han respondido la mayor parte de los arqueólogos. Nó, responde Sergi, y lo demuestra. El ha hallado el primer tipo en las tumbas más antiguas.

De aquí concluye el autor que los itálicos no son arios, sinó que pertenecen á una estirpe diferente.

Pero en sus tumbas se ha encontrado crá-

neos del tipo mediterráneo, lo que fácilmente se explica si se considera el íntimo contacto que existió entre el pueblo etrusco (mediterráneo) y el mubro.

JOSÉ CENSI.

**La Genesi Sociale del Fenomeno Scientifico.**—*Alejandro Groppali.*—Ed. Flli. Bocca. Turin.

Es un precioso estudio destinado á servir de introducción á una historia crítica de la sociología contemporánea. El autor, con una completa posesión del tema que aborda y con una copiosa é inteligente erudición, trata de demostrar que la ciencia es un fenómeno de índole social, cimentando su tesis en la moderna concepción científica determinista de la historia, genialmente formulada por Carlos Marx.

La historia del desenvolvimiento científico no sigue un curso caprichoso, sino que es la resultante de determinadas condiciones de integración progresiva que, en armonía con las condiciones reales y objetivas de la evolución del ambiente, engendran el pensamiento científico lo mismo que los demás fenómenos é instituciones del mundo superorgánico.

El autor presenta su interpretación del concepto marxista histórico, sosteniendo que por su intermedio se explica la historia, no aislando los elementos y disponiéndolos en series de causas y efectos como hace la sociología spenceriana, sino interpretándola en su totalidad y unidad, resolviéndola en el flujo de un proceso vivo y orgánico.

Con ese criterio general aplicado á la ciencia social, evidencia que el desenvolvimiento contemporáneo de la sociología encuentra sus condiciones determinantes en las condiciones mismas de vida de las sociedades modernas; el fenómeno intelectual no sería más que el reflejo en la psiquis social de las condiciones de hecho del ambiente social.

Tal la doctrina sustentada en este libro, pequeño de páginas, pero profundo por la intensidad de las concepciones y por la brillantez de la evidenciación.

«Es así, dice el autor, que, habiendo demostrado analíticamente el origen social del fenómeno científico; habiendo explicado sintéticamente las razones de la constitución y difusión de los sistemas y doctrinas, y habiendo hablado del nacimiento de la sociología, nosotros terminamos la primera parte introductiva y preliminar de nuestro trabajo, que mejor dilucidaremos y consolidaremos con pruebas de peso

mediante el exámen crítico de las teorías sociológicas contemporáneas».

Esperamos, pues, con el mayor interés la publicación de la obra del joven sociólogo italiano, plenamente convencidos de que ella será fecunda en concepciones claras, en ideas brillantes, en criterios científicos orientados según las más atrevidas tendencias del pensamiento contemporáneo.

La tesis especial que persigue el autor, tiende á poner de relieve cómo á la par de todas las demás ciencias, la sociología es un producto de las causas premencionadas, y solo surge cuando la vida humana se complica hasta proponer los mismos problemas de que ella precisamente se ocupa; es decir cuando con el descenso del mercantilismo y el nacimiento de la manufactura evolucionada á la gran industria, la unidad del movimiento social, halló en este mismo hecho la genial intuición de los grandes.

Quetelet fué el primero que comprendió la síntesis científica de los elementos obtenidos ya por la elaboración social alrededor del gran problema, confirmándose el fenómeno de que los individuos de genio solo pueden dar la intensidad, la dirección y la forma del movimiento, pero no el contenido ni los fines ó efectos mediatos ó inmediatos.

Sigue al trabajo un apéndice en que el autor combate un artículo del ilustre economista Pantaleoni que, partiendo de la premisa de que «la historia de las doctrinas económicas debe limitarse á la historia de las verdades económicas», niega todo poder al medio ambiente, sobre la cualidad del producto intelectual, concediéndole tan solo la demanda, y niega también, por consiguiente, toda importancia á la historia genética de las ciencias económicas.

Entre los puntos que pueden dejar dudas en el ánimo del lector, se halla la absoluta aquiescencia del autor á la teoría de Kautthes que declara reconocer fuerza á los diversos elementos, pero siendo solo los *factores económicos mutables* los que tienen valor cuando de ellos dependen la mutabilidad de los demás.

El trabajo es sin embargo precioso y aún cuando á primera vista pueda parecer complejo y presuponer un profundo conocimiento del gran problema, no es en realidad más que un paseo á través del vasto campo, y además de dirigir á un estudio predilecto, marca el camino y el método que debe seguirse.

**La Reforma Judicial**, por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1899.

Con motivo de la publicación hecha por este escritor de su trabajo *El Derecho de Gracia* del que nos hemos ocupado en el número anterior, la Exma Cámara de Apelaciones juzgó oportuno apereibir al doctor Quesada por la actitud asumida en el desempeño de sus funciones de Fiscal. En este nuevo folleto el apereibido responde brillantemente á sus apereibidores, demostrando que su conducta se ha limitado estrictamente al cumplimiento de su deber; al mismo tiempo apunta algunos defectos de nuestros métodos judiciales que, en su concepto, exigen una pronta y radical reforma. En lo que convenimos plenamente con el autor.

JOSÉ INGEGNIEROS.

## García Moreno

En el artículo de Victor Arreguine que bajo el rubro de *García Moreno* publicamos en el número anterior y que fué transcrito por «El Nacional», se han deslizado numerosos errores tipográficos, debidos á un empastelamiento parcial producido á última hora y que no fué posible reparar.

Como algunos de ellos afectan el sentido de los conceptos vertidos por el autor, nos apresuramos á rectificarlos

De aquí, pues, la fe de erratas respectiva:

Donde dice:	léase
	PAG. 365
senatoriano	ecuatoriano
temible	terrible
y esto sin	y esto con
	PAG. 366
El medio nos obliga	El medio no nos obliga
Concretamente	Correctamente
Juan	Yvan
	PAG. 367
no tenemos esa fé los	no tenemos esa fe en las
detestado	desterrado
	PAG. 368
Cabeza de sentido	Cabeza de partido

La frase: *dar tantos adarmes de razón á los otros*, léase: *dar tantos adarmes de razón á unos y tantos adarmes de razón á otros* (pag. 365).

Suprimase la palabra: *nuevas*, en la expresión: *las razas nuevas y sus orígenes*. (pág. 367).

En el período: *á trueque de que peligrara la tica*, sustitúyase la última pseudo-palabra, por el término: *religión* y antepóngase al período que sigue, las palabras siguientes: *¿Ponía la política*. (Pag. 369).

N. de la R.



# CUADROS DEMOSTRATIVOS

del movimiento carcelario y de la delincuencia, en el Municipio de la Capital, durante el mes de Setiembre de 1899

\*

## MOVIMIENTO DE CARCELES

MOVIMIENTO	Cárcel Penitenciaria				Cárcel Correccional de Mujeres y Menores				Casa de Corrección de Menores Varones de la Capital			
	Menores	Con-denados	Encausa-dos	Total	Con-denadas	Encausa-das	Menores enviados por la de-fensoria	Total	Con-denados	Encausa-dos	Menores enviados por la defensoria	Total
Existencia el 31 de Agosto 1899....	—	633	759	1392	39	26	221	286	13	127	146	286
Entradas.....	—	34	304	338	3	31	68	102	32	55	3	90
Totales.....	—	667	1063	1730	42	57	289	388	45	182	149	376
Salidas .....	—	33	363	396	6	27	74	107	35	63	8	106
Existencia el 30 de Setiembre 1899	—	634	700	1334	36	30	215	281	10	119	141	270

## ESTADÍSTICA POLICIAL

Delitos		Contravenciones				Accidentes			Suicidios y tentativas			
NATURALEZA	Número de delitos	CAUSAS	Individuos entrados		TOTAL	Accidentes	Víctimas		RESULTADO	Varones	Mujeres	Total
			En el Departamento	En las Comisarias		149	151					
Contra las personas.....	196	Ebriedad .....	1639	107	1746	Incendios			Suicidios...	4	1	5
Contra la propiedad.....	342	Desorden.....	248	91	339	Incen- dios	Pérdidas \$ m/n	Valores asegurados	Tentativas.	4	4	8
Contra la honestidad.....	—	Uso de armas y otras con- travenciones .....	259	396	655	11	46.410	84.400	Totales...	8	5	13
Contra las garantías individua- les y el orden público.....	51	Totales.....	2146	594	2740							
Total.....	589											

# LA REFORMA JUDICIAL

El referendum jurídico sobre la reforma judicial abierto por CRIMINALOGÍA MODERNA ha suscitado entre los cultores de derecho penal, abogados, magistrados, catedráticos un vivo interés y la convicción que nuestra iniciativa podrá aportar un contributo eficaz á la compilación legislativa de las reformas anunciadas por el señor Ministro de Justicia.

En los pueblos democráticos modernos la legislación del derecho público, especialmente la que se refiere á la delicada y grave materia de los delitos y de las penas, no puede y no debe ser la simple emancipación de las ideas y de las opiniones de uno ó de diversos hombres por más cultos ó ilustrados que sean, llamados á las reparticiones públicas.

La reforma de este terrible y delicado mecanismo de la defensa social contra el delito no puede ser más que el producto de una vasta y compleja elaboración colectiva á la cual deben contribuir todas las inteligencias que se han aplicado al estudio de los graves problemas de la vida social en relación á la delincuencia.

El fenómeno aterrador de la criminalidad, como casi en todos los países, aumenta también en la Argentina, sinó en gravedad en intensidad, y esto es un síntoma del profundo malestar económico y moral que aflige al país.

Contra las causas de este morbo, el sociólogo propone-aún no escuchado suficien-

temente las medidas preventivas de mejoramiento social.

Así el sociólogo criminalista ante aquella parte de la legislación que contiene no solo la defensa de los derechos contra los delitos sinó también la garantía de los derechos del acusado inocente ó culpable, debe procurar imbuir todos los adelantos de la ciencia, y cuanto ha enseñado la experiencia de los hechos.

Para poner y para presentar esta base de observación y de constatación, y de cuanto sugiere el estudio de los cuerpos legislativos cuando dos proyectos del ministro Dr. Magnasco sean puestos en tela de discusión, CRIMINALOGÍA MODERNA, recogerá en un volumen el material ya abundante de las respuestas dadas al cuestionario que les ha sido ya enviado y que seguiremos enviando.

La dirección y la redacción ruegan encarecidamente á los que han recibido la hoja suelta del *referendum* y no hubiesen aun enviado su contestación, quieran efectuarlo lo más pronto posible aún cuando sea monosilíbicamente, ya sea motivando las opiniones, remitiéndolas á la dirección de esta Revista.

Este no es un experimento de simple curiosidad—estadística; es un verdadero plebiscito de inteligencias idóneas ejercitando un deber cívico ante la ciencia y ante la sociedad.

LA DIRECCIÓN Y REDACCIÓN.